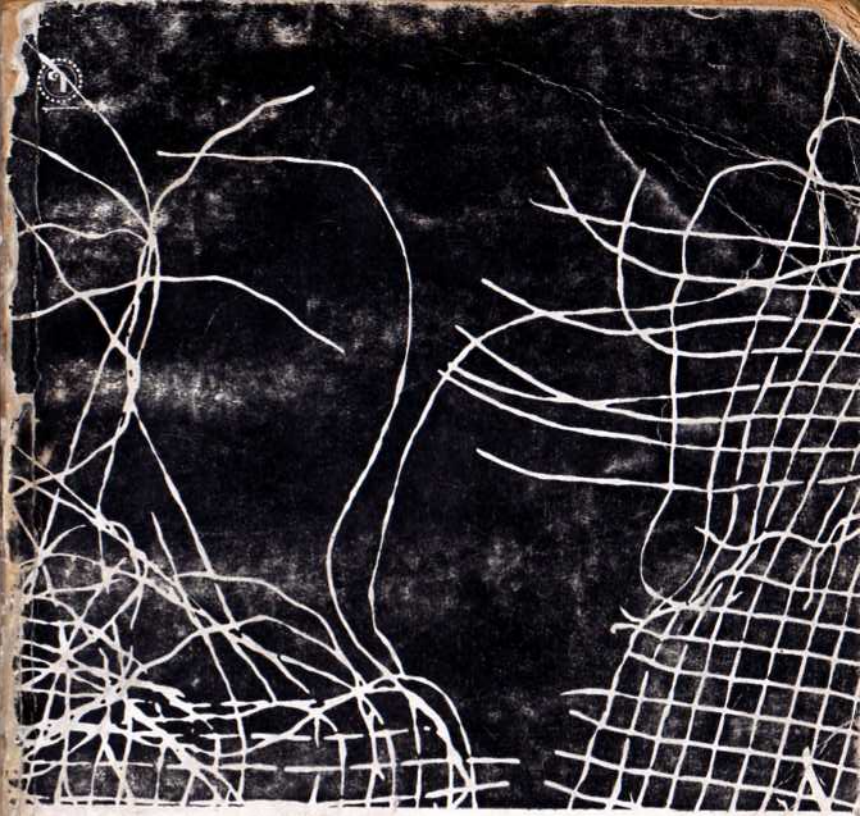

JULIUS FUCIK

REPORTAJE AL PIE DEL PATIBULO

Reportaje al pie del *PATIBULO*

JULIUS FUCIK

r. 39316.
EMPRESA EDITORA NACIONAL QUIMANTU LIMITADA,
Av. Santa María 076, Casilla 10155, Santiago de Chile.
Primera Edición, 1972.
Director División Editorial: Joaquín Gutiérrez M.
Jefe Departamento Editorial: Luciano Rodrigo C.
Proyectó la Edición: Pedro Parra S.
Diseñó la Portada: María Angélica Pizarro.

PROLOGO

EL TRIUNFO DE JULIUS FUCIK

"Y lo repito una vez más: he vivido por la alegría. Por la alegría he ido al combate y por la alegría muero. Que la tristeza no sea unida nunca a mi nombre."

Así escribe desde una celda de la Gestapo, poco antes de su ejecución, el gran escritor checo Julius Fucik. Es la despedida de un hombre limpio y entero, de un enamorado de la vida, de un combatiente.

Y así —como él quería— merece ser recordado. Con esa sonrisa clara que solía inundar su rostro atezado, con ese su optimismo aguerrido que nada, ni su terrible drama personal, pudo disminuir. En la ruda prueba final se afirmaron en él sus más altas calidades humanas y artísticas. Por eso pudo darnos su libro postrero, escrito a escondidas en la celda, en los minutos robados a la tortura, a la vigilancia, a la agonía.

El lo tituló, modestamente, *Reportaje al Pie del Patíbulo*. Y estas páginas redactadas de prisa, en espera del nudo corredizo, constituyen sin embargo un cálido y luminoso mensaje de amor a la vida y a los hombres, a los que hasta en la última línea del libro reclamó confianza y coraje:

"¡Hombres! Yo os amé. ¡Velad!"

Ya desde la Edad Media, la cultura checa afirma tenazmente su orientación humanista y liberal. La larga lucha que debió afrontar ese pueblo para defender su independencia, encontró siempre un eco directo en su literatura. Los escritores supieron recoger sutilmente las ansias nacionales en obras de sabor realista y popular. Tras la Primera Gran Guerra, se obtuvo por fin la ansiada liberación nacional. Pero entonces se hizo visible que —como apunta el crítico Karel Polak— aquélla "debía ser completada por una liberación social y una transformación económica del país". Los intelectuales más valiosos no permanecieron ajenos a este esfuerzo en pro de la renovación checoslovaca. Luego, cuando se produjo la invasión nazi, muchos pasaron naturalmente a militar en la Resistencia. Algunos de los más destacados debían pagar con sus vidas. El brillante Karel Capek ya había muerto poco antes de la guerra. Su hermano, Joseph Capek, iba a morir también en un campo de concentración, en vísperas de la victoria. Entre los fusilados figuran Kurt Konrad, Stanislav Brunclik, Jean Krejci y otros. Una pérdida muy dolorosa fue la de Vladislav Vancura, aquel "que había revolucionado la prosa", detenido mientras dirigía la actividad ilegal de los escritores, y al que los nazis ejecutan durante las represalias de 1942, a raíz del exitoso atentado contra el verdugo de Bohemia y Moravia, Heydrich.

Así también, en pleno combate, cae Julius Fucik.

Las líneas del drama son simples y severas: un hombre está sólo, inerme, frente a

los encarnizados verdugos. Pero no tan inerme, porque lo asiste su firmeza. Pero no tan solo, porque siente junto a sí la presencia compacta de innumerables rostros, rostros conocidos o anónimos, pero igualmente queridos. El no se pregunta si puede ceder o no. No se lo pregunta a su cuerpo martirizado. Simplemente, sabe que no puede elegir. Después de torturarlo durante largo tiempo, lo dan por muerto. Es un pingajo humano, al que deben arrastrar en una camilla para nuevos "interrogatorios". Y sin embargo su espíritu no conoce la derrota, no flaquea.

A pesar de todo, vive. Deberá soportar la prisión y los frecuentes vejámenes durante más de un año. Tras la acostumbrada parodia de proceso, ya en Berlín, lo condenan a muerte. Quince días después el hacha —y no la soga, como él había supuesto— cae bruscamente sobre su cabeza con un resplandor que anuncia la próxima llegada de la justicia...

Fucik nació en 1903 y lo asesinaron en 1943. Fueron cuarenta años vividos plenamente, resueltamente; una existencia fructífera que se clausuró con una victoria. Porque cuando su cabeza caía bajo el hacha en la cárcel alemana, era él —sin paradoja alguna— quien triunfaba sobre sus enemigos, los enemigos del hombre.

El lo sabía. Y en su recio *Reportaje* lo predijo.

Como si hubiera adivinado su más urgente deseo, cierto día alguien le desliza en la mano un papel y un trozo de lápiz. Es un guardián: en realidad, un camarada, que ha tomado ese puesto para ayudar a los suyos. Así se inicia la singular historia de este libro.

Fucik comienza a escribir sus impresiones de la cárcel, su propia peripecia y la de quienes lo rodean. Víctimas y verdugos son presentados con trazos breves y definidores. El revela la alianza fraternal de los prisioneros, "expuesta aquí a una presión que la condensa, la fortifica y la vuelve aún más sensible". Si los recluidos pueden soportar hasta lo insoportable, es gracias "a esa fraternidad sangrante e irresistible". La prisión palpita bajo su mano experta. Otros sólo notarían el carácter sombrío de esa antecámara de la muerte. Pero Fucik ve allí el último reducto de los combatientes, la última trinchera donde aún se puede pelear, donde aún se vence.

El escritor se alza en medio del torbellino para expresarse con un estilo límpido y denso de sugerencias. La poesía vuela a través de sus frases concisas. El condenado a muerte sabe que no tiene tiempo que perder. Ni papel...

Es un testimonio lúcido y severo donde resalta la sensibilidad alerta de Fucik, su ternura por los hombres.

Y así, el *Reportaje* se convierte en uno de los más valiosos documentos humanos que se conozcan.

Ajeno a cualquier esperanza de salvar su vida, Fucik ahonda con lucidez en su destino, unido estrechamente al destino de millones de seres. ("¿Qué vendrá primero: la muerte del fascismo o mi propia muerte?")

La victoria de Stalingrado confirma sus suposiciones. Prevé el avance soviético y la consiguiente liberación de su patria, el alzamiento irresistible de los pueblos. Falta poco, muy poco. Pero antes, él caerá. "Yo he pensado siempre en lo triste que resulta ser el último soldado herido en el corazón por la última bala y en el último segundo. Pero alguien tiene que ser este último. Si supiera que puedo ser yo, querría serlo aun ahora."

Esta relación viva y estrecha de Fucik con el mundo, con el pueblo, es lo que da una carnadura tan recia a su obra literaria. Y que lo diferencia de esos otros desencantados que cultivan la literatura de la angustia y la desesperación; de los que, traicionando su misión de artistas, se aferran al orden viejo que se derrumba, dando la espalda a las nuevas formas de vida que crean las masas revolucionarias.

Por eso es falso cualquier parentesco que quisiera encontrarse al *Reportaje* con *El Tiempo del Desprecio*. A pesar de sus superficiales analogías, el sentido de ambas obras es diametralmente distinto. Y no sólo porque la de Fucik se basa en una desgarrante experiencia real.

"En su prisión —hace notar Roger Garaudy, comentando esta novela de Malraux—, el héroe comunista, Kassner, no es sostenido por la certidumbre de ningún ideal, de ninguna 'fraternidad viril' del combate. Lo que Malraux llama así falsamente no es sino el eco de otras desesperaciones. En esta soledad desesperada, 'su coraje había tomado la forma de la muerte', 'aun la esperanza era una forma del dolor'..."

Kassner es el héroe aislado y en definitiva —como acontece siempre a los personajes centrales en las novelas de Malraux y en la vida real a él mismo— se siente más oprimido por su angustia metafísica que por sus cadenas reales. Pero Fucik no es el de-

sesperado que busca la tragedia como una forma de afirmar su "yo" y escapar así a la angustia del "néant". Si acepta la muerte con serenidad, es porque resulta la única manera de seguir viviendo, de reafirmar los ideales que inspiraron su existencia. Aquí el héroe se yergue sobre su catástrofe individual porque participa del destacamento combatiente y sabe que, aunque él caiga, los otros siguen y tienen la batalla ganada. Su optimismo nace precisamente de su vinculación con el resto de los luchadores, con el ejército infinito de los obreros, de todos los hombres que en todos los países sostienen la misma lucha por el porvenir.

Mientras Fucik lo escribe, el libro continúa su aventura. Una hoja de papel, una simple hojita arrugada, sale de la celda, atraviesa los vigilados corredores y cruza la puerta principal de la cárcel escondida entre las ropas del guardián cómplice. Si lo revisaran, esa hojita le costaría la vida. Pero él no vacila y la lleva a una casa donde queda escondida. Días después, otras carillas también numeradas la siguen, o van a parar a otros hogares.

El que escribe, el que transporta y los que esconden, están unidos por una misma rotunda confianza en el futuro. L i b e r a d a Checoslovaquia, alguien irá recogiendo amorosamente las cuartillas para devolverles su unidad y permitir que el libro sea publicado.

Ese alguien es la misma mujer de Fucik.

"Cuánta fuerza hay oculta en esta criatura delgada, de rasgos firmemente tallados, con grandes ojos infantiles, henchidos de una tal ternura..."

Las palabras con que él la definiera en el *Reportaje* acuden a mi memoria mientras converso con Gusta Fuciková en su oficina de la Editorial Svoboda. Fuera, la nieve cae sobre esta ciudad de Praga tan íntima, delicada y recia a la vez. Gusta habla poco de sí misma. Prefiere quedar en la sombra para ocuparse de Julius.

Pero también ella pasó por una dura pesadilla. Detenida poco después que su marido, la recluyen en la misma cárcel de Pankrác. Están bajo el mismo techo, sin verse. Pero ¡tantas veces han debido vivir el uno lejos del otro! "La lucha, la separación continua, han hecho de nosotros eternos amantes..."

Todas las noches y todas las mañanas, el moribundo hace un esfuerzo volviéndose de costado en su mísero lecho de paja "para cantar a mi Gusta sus canciones preferidas". El las musita apenas, pero sabe que ella lo escucha, porque a través de las celdas el canto vuela y hace vibrar la prisión, transmitiendo a la compañera su amor y su confianza.

Nada más doloroso y tocante que este idilio renovado a la sombra de la muerte, nada más hermoso también. El romance de dos combatientes, cuya mutua firmeza les inyecta nuevos alientos para despreciar las desgracias, para mantener incólume su amor.

Pero también les arrebatan el goce de saberse próximos. Un día, ella es trasladada a Polonia, al campo de concentración de Ravensbruk. Fucik piensa que, como tantos otros, ya no volverá. Cuando incluye en el *Reportaje* su testamento literario, señala

cuáles de sus trabajos deben ser escogidos y editados después de la victoria. "Yo esperaba —apunta melancólicamente— que Gusta los recogería. Pocas esperanzas."

Pero contra lo que podía esperarse, Gusta figura entre los sobrevivientes. Desde hace cinco años, está cumpliendo la tarea que le confiara Fucik. Uno de los mejores amigos de éste, el profesor Ladislav Stoll, colabora con fervor; y a él le pertenece el comprensivo estudio que prologa la edición francesa de *Reportaje al Pie del Patíbulo.*

Aquellas hojitas garabateadas por un moribundo en la cárcel de Pankrác ya han dado la vuelta al mundo. Las ediciones se multiplican. Hoy se leen en treinta idiomas...

Así, la voz de Fucik sigue llegando a millones de seres, forticando su fe en la vida, enseñándoles a resistir la opresión, a defender ese ardiente anhelo de la humanidad que es la paz. Es lo que reconocieron los dos mil delegados que en nombre de ochenta y un países participaron en el II Congreso Mundial por la Paz —realizado en Varsovia en noviembre de 1950—, al acordar al *Reportaje* una altísima distinción, la más honrosa que podría desear hoy un intelectual progresista: el Premio de Honor por la Paz.

El Fucik que nos revelan sus fotografías corresponde exactamente al que permite adivinar este libro: un muchacho grande, robusto, de aspecto deportivo; unos destellos luminosos en sus ojos indagadores y en la boca una sonrisa franca. Su rostro destila optimismo, confianza y una contagiosa sensación de juventud.

Quienes lo trataron agregan una semblanza moral no menos coincidente: "Julius Fucik —dice Ladislav Stoll— era el personaje típico del renacimiento checo. Nunca jugaba el papel de un espíritu encerrado en sí mismo: estaba pletórico de alegría, de vitalidad positiva, de una actividad creadora y despierta... Amaba la vida como un niño, despreciaba la muerte como un hombre... Tras su humor y su delicadeza habitual se percibía una fidelidad seria e implacable a su doctrina... Amaba a sus amigos y sus amigos eran todos aquellos que como él amaban al pueblo y al hombre".

Algunos prisioneros que compartieran sus últimos días, allá en la cárcel berlinesa, han aportado con sus recuerdos lo que podría ser el epílogo del *Reportaje.* El 25 de agosto de 1943, Fucik declaró ante los jueces nazis: "Sé que seré condenado y que mi vida llega a su fin, pero también sé que hice lo que pude por nuestra victoria. Estoy seguro de que seremos los vencedores. Nosotros morimos, pero otros vendrán a continuar nuestra obra".

Al regresar a la prisión después de oír serenamente su sentencia de muerte, pidió a un camarada que cantasen en coro y pronto se les unieron los otros presos. En vísperas de la ejecución alentaba a sus compañeros de martirio, insuflando coraje a los vacilantes. Cantaba a menudo... "Se conducía —relata otro de los condenados, que logró salvarse— como si aún tuviera ante él una larga vida por vivir."

Hasta el último momento rechazó a "el ángel de la tristeza"...

—Cumpliendo el testamento de Julius —me dice Gusta Fucíková—, estamos editan-

do una cuidadosa selección de sus trabajos. Ya han aparecido varios volúmenes...

También estos libros tienen una historia. Detengámonos brevemente a relatarla.

En 1930 se produce un acontecimiento que habría de influenciar profundamente la vida de Fucik: su primer viaje a la URSS. Curioso, dinámico, recorre distintas regiones, desde Leningrado hasta el Cáucaso. Contempla con avidez ese nuevo mundo que surge con ímpetu y a los hombres y mujeres que lo van formando entre privaciones y alegrías. La fe de Fucik en el socialismo se afirma allí, en ese país joven que crea afiebradamente. Regresa ansioso por referir lo que ha visto. Poseído de un ardor incansable, no se limita a sus artículos, al "gran reportaje", sino que recorre ciudades y aldeas pronunciando conferencias. Por ese motivo conoce la cárcel una y otra vez. Estas detenciones perturban el trabajo al que está entregado y que termina en 1931. Es un libro sobre sus experiencias en la URSS al que titula significativamente: *En el País donde Nuestro Mañana ya Significa Ayer*.

En 1934, para substraerse a las persecuciones, se dirige nuevamente a la Unión Soviética como corresponsal del *Rude Pravo*. Han transcurrido cuatro años, y Fucik puede hacer comparaciones y comprobar los adelantos producidos en ese período. Cuando vuelve a Praga, dos años después, declara emocionado: "He visto edificar el socialismo en carne y hueso". Trae bajo el brazo los voluminosos apuntes que luego se convertirán en otro libro: *En el País bien Querido*.

De esa comprobación de lo que puede realizar un pueblo liberado, emana la sólida

confianza de Fucik en el futuro de la humanidad que tan calurosamente se refleja en *Reportaje al Pie del Patíbulo*. Pero el firme internacionalista que hay en él convive, como es lógico, con el vehemente defensor de las mejores tradiciones y del porvenir de Checoslovaquia. "Su relación fraternal con otros pueblos —confirma Stoll— no le impedía seguir siendo un altivo patriota checo, consciente de pertenecer al pueblo de Jan Hus y Komensky."

Así, fue arraigándose en su espíritu el proyecto de estudiar críticamente la literatura checa. Quería bucear en su rico historial para poner en evidencia el legado democrático y el espíritu verdaderamente popular de los mejores escritores de su país. Es sugestivo que haya comenzado esta tarea cuando Checoslovaquia estaba sojuzgada por los alemanes, en los momentos que le dejaba libre su actividad clandestina. Justamente en tan difíciles circunstancias, era oportuna esta empresa de revisión histórica. "El bebía allí su fuerza en la lucha desigual contra el régimen inhumano de la ocupación."

La serie —que debió quedar trunca— iba a titularse *Los Olvidados y los Obligados a Callarse*. Comenzó con Bozena Nemvová, escritora que en el siglo XIX compuso los mejores cuentos populares checos. La siguieron otras monografías sobre Julius Zeyer, escritor épico, romántico, y Karel Sabina, que traicionó a su pueblo.

Otro de sus trabajos, tal vez el más profundo, está dedicado al que fuera su gran amor literario, el famoso poeta y cuentista del siglo pasado Jan Neruda. No pudo concluirlo; pero allí, como en sus otros ensayos,

Fucik sentó las bases de una nueva crítica que recogía en nombre de los sectores revolucionarios los aportes más valiosos del pasado nacional, y que levantaba una de las premisas fundamentales de la estética marxista al afirmar la necesidad de considerar el valor de una obra basándose, sobre todo, en su contenido popular.

El día que los nazis invadieron su patria, Fucik comenzó una novela en la que proyectaba abarcar la odisea de su generación. Le servía de prefacio la carta dirigida "a un niño aún no nacido", transmitiéndole en herencia los tiempos mejores conquistados a través de tan arduas luchas. Mientras conspiraba contra el opresor, pudo escribir algunos capítulos. Después... "He visto algunos manuscritos en los sumarios de la Gestapo", cuenta él.

La condición del escritor, sobre todo en nuestro tiempo, presupone la del combatiente por la libertad y por la paz. Los que esquivan este carácter indispensable de su misión podrán ahorrarse dificultades, pero a la vez renuncian a su parte en las miserias y grandezas de la vida, empobrecen su experiencia, adulteran su capacidad creadora y debilitan por lo tanto la fuerza de su mensaje. Al mutilar al hombre, hieren de rebote al escritor. La vida de Julius Fucik ratifica leal y ardientemente sus convicciones, hasta constituirse en un ejemplo insoslayable para los artistas de hoy.

Esta "gran esperanza de la literatura checa" debió dejar su obra interrumpida. Los amplios trozos que han quedado acreditan su manejo fácil y armonioso de la prosa, su

estilo claro y pujante, en el que las ideas relampaguean. Sin limitarse al reportaje, al que dio categoría artística, había trabajado en el ensayo crítico y en la novela. ¿Qué jerarquía hubiera alcanzado su obra, de sobrevivir al vendaval nazi?

El había dicho: "El árbol que nosotros hemos hecho brotar aportará sus frutos: madurarán generaciones de h o m b r e s nuevos generaciones socialistas de obreros, de poetas y también de hombres de letras que dirán tal vez más tarde, pero en revancha mejor que yo, lo que no tuve tiempo de decir". Su profecía se está cumpliendo. En 1949 asistí al Congreso de Escritores Checoslovacos. Allí pude ver cómo el recuerdo de Fucik inspira a sus colegas sobrevivientes. Son cada vez más numerosos los que tienden a crear una literatura vigorosa y realista, entroncada con los anhelos y las realizaciones de su pueblo. Julius Fucik, s o l d a d o caído "en el último segundo", no ha podido ver a su patria encaminándose decididamente hacia el socialismo. Pero él lo previó. La nueva Checoslovaquia ha sido posible por la acción abnegada de seres como Fucik. Y la alegría que palpé durante mis visitas a ese país está formada por millares de sonrisas radiantes como las que vivían en el rostro y en el corazón de Julius Fucik.

ALFREDÓ VARELA.

INTRODUCCION

En el campo de concentración de Ravensbruk, mis compañeros de prisión me comunicaron que mi marido, Julius Fucik, había sido condenado a muerte el 25 de agosto de 1943 por el tribunal nazi de Berlín.

Las preguntas referentes a su suerte ulterior han resonado como un eco vano a lo largo de los altos muros del campo.

Después de la derrota de la Alemania hitlerista, en mayo de 1945, fueron liberados de las prisiones y de los campos de concentración los prisioneros que los fascistas no tuvieron tiempo de matar o de torturar hasta la muerte. He tenido la suerte de contarme entre los liberados. He vuelto a mi patria libre. He buscado los rastros de mi marido. He hecho como otros miles y miles que buscaban y buscan aún al marido, a la mujer, a los hijos, a los padres y madres deportados por los ocupantes alemanes a alguno de sus innumerables lugares de tortura.

Supe que Julius Fucik había sido ejecutado en Berlín el 8 de septiembre de 1943, quince días después de ser condenado.

Supe también que Julius Fucik había escrito en la prisión de Pankrác. Fue su guardián A. Kolinsky, quien le facilitó los medios de hacerlo, llevándole a la celda el papel y lápiz necesarios. Es él también el que se llevó

a escondidas las hojas del manuscrito redactado en la prisión.

Tuve una entrevista con ese guardián. Poco a poco recibí todo lo que Julius Fucik escribió en su celda de Pankrác. Las hojas, numeradas, estaban ocultas en casas de distintas personas y en diferentes lugares; las he reunido y hoy las presento al lector. Es la última obra de Julius Fucik.

GUSTA FUCIKOVÁ.

ESCRITO EN LA PRISION DE LA GESTAPO, EN PANKRAC, DURANTE LA PRIMAVERA DE 1943

Estar sentado en posición de firme, el cuerpo tenso, inmóvil, las manos pegadas a las rodillas, los ojos fijos hasta la ceguera sobre la pared amarillenta del depósito, en el Palacio Petschek, de Praga, no es seguramente la postura más favorable para reflexionar. ¿Quién podría, entonces, forzar a una idea a permanecer así, sentada, en posición de firme?

Tal vez nunca sabremos a quién, y cuándo, se le ocurrió denominar el "cine" a este depósito del Palacio Petschek; he ahí una idea genial. Una sala espaciosa, seis largos bancos en filas apretadas, ocupados por los cuerpos inmóviles de los reos y frente a ellos la pared limpia como una pantalla de cinematógrafo. Ni las productoras de todo el mundo han podido rodar tantos filmes como los proyectados por los ojos de los reos sobre el muro, mientras esperaban un nuevo interrogatorio, o la tortura, o la muerte. Los filmes de la vida entera y no los de los pequeños detalles de la vida; los de la madre, de la mujer, de los hijos, del hogar destruido, de la existencia perdida; el filme de un camarada valiente y de la traición; el filme de ese a quien yo di aquel volante, de la sangre que correrá aún, de un fuerte apretón de manos, garantía de fidelidad. Filmes colmados de terror y de

resolución, de odio y de amor, de angustia y de esperanza. Cada uno de espaldas a la vida, muere aquí antes sus propios ojos. Pero no todos renacen.

He visto cien veces mi propio filme, mil veces sus detalles. Ahora trataré de contarlo. Si el nudo corredizo aprieta mi cuello antes de llegar al final, aún quedarán millones para terminar este filme con un *happy end*.[1]

[1]Final feliz. (En inglés en el original.)

CAPITULO I

VEINTICUATRO HORAS

Dentro de cinco minutos el péndulo del reloj marcará las diez; es una fresca y hermosa noche de primavera, exactamente el 24 de abril de 1942.

Me apuro —dentro de los límites de mis posibilidades, las de un señor de edad que cojea— para llegar a casa de los Jelinek antes de que cierren la puerta de calle. Mi ayudante, Mirek, me espera. Sé que no tiene nada importante que decirme, ni tampoco yo a él. Pero faltar a una cita podría provocar pánico y, precisamente, es necesario evitar inquietudes inútiles a las dos buenas almas que nos acogen.

Me reciben con una taza de té. Mirek ya espera; además, está el matrimonio Fried. Una imprudencia más.

—Tengo mucho gusto de veros, camaradas, pero no así, juntos. Este es el camino más seguro para la prisión y la muerte. O respetan las reglas de la conspiración o dejan de trabajar, porque se exponen y exponen a los demás, ¿comprenden?

—Comprendido.

—¿Qué me han traído?

—El número del 1.º de Mayo del *Rude Pravo*.

—Muy bien. ¿Y tú, Mirek?

—Bien; nada nuevo, el trabajo marcha.

—Listo, nos volveremos a encontrar después

del 1.º de Mayo; les dejaré algo dicho. ¡Hasta la vista!

—Otra taza de té, patrón.

—Pero no, no, señora Jelinek, ¡somos demasiados!

—Al menos una tacita, se lo ruego.

El vapor se eleva del té recién servido. Alguien llama. ¿De noche, a esta hora? ¿Quién podrá ser?

Los visitantes son impacientes. Golpes en la puerta.

—¡Abran; policía!

—¡Rápido, a las ventanas, huyan! ¡Tengo revólveres, protegeré vuestra huida!

Demasiado tarde. La Gestapo ya está bajo las ventanas, apuntándonos con las pistolas. Forzando las puertas, atravesando el pasillo, los esbirros entran rápidamente a la cocina, y de allí al cuarto. Uno, dos, tres, nueve hombres. No me ven, porque estoy a sus espaldas, detrás de la puerta que han abierto. Puedo, pues, disparar a gusto, pero sus nueve pistolas apuntan a dos mujeres y a tres hombres desarmados. Si tiro primero, caerán antes que yo, y hasta si tirara contra mí mismo comenzaría el tiroteo y serían las primeras víctimas. Si no tiro, se les encerrará por seis meses, por un año tal vez, y la revolución los libertará. Sólo Mirek y yo estamos condenados; nos torturarán. De mí no sacarán nada. ¿Y de Mirek?

El hombre que combatió en la España republicana, que vivió dos años en un campo de concentración en Francia y que en plena guerra pasó sin autorización de Francia a Praga, no, ese hombre no traicionará. Tengo dos segundos para reflexionar. ¿O serán tres segundos?

Si tiro, no salvaré nada; me libraré de la tortura, pero sacrificaré inútilmente la vida de cuatro camaradas. ¿No es así? Así es.

Estoy decidido.

Salgo de mi escondite.

—¡Ah! Aquí hay otro.

Primer golpe en la cara; quizás quieren ponerme *knock out*.

—*Hände auf*. (Arriba las manos.)

Segundo, tercer golpe.

Lo que me había imaginado.

Del ordenado departamento no queda más que un barullo de muebles rotos y de vajilla quebrada.

Nuevos puñetazos y patadas.

—*Marsch!* (¡Camine!)

Me han hecho entrar en el coche, apuntándome siempre. Durante el viaje empieza el interrogatorio.

—¿Quién eres?

—El profesor Horak.

—¡Mientes!

Alzo los hombros.

—¡Siéntate o disparo!

—Tiren.

Pero en lugar de una bala, un puñetazo.

Pasamos al lado de un tranvía y me parece coronado de flores blancas. ¿Un tranvía de boda ahora en plena noche? Creo que empiezo a delirar.

El Palacio Petschek, al que nunca había esperado entrar vivo; y ahora, ¡al galope hasta el cuarto piso! ¡Ah!, la harto famosa oficina II A I, la sección anticomunista. Me parece que hasta siento cierta curiosidad.

El alto y escuálido comisario que ha dirigido el procedimiento contra nosotros, mete su revólver en el bolsillo y me hace entrar con él a la oficina. Me enciende un cigarrillo.

—¿Quién eres?

—El profesor Horak.

—¡Mientes!

Su reloj de pulsera marca las once.

—Revísenlo.

Empiezan a revisarme; me desnudan.

—Tiene documentos.

—¿Con qué nombre?

—Profesor Horak.

—Averigüen.

El teléfono suena.

—Evidentemente, no está registrado; los papeles son falsos.

—¿Quién te los dio?

—La Jefatura de Policía.

Primer palo. Segundo. Tercero. ¿Debo contarlos? ¡Muchacho, tú no publicarás esta estadística en ninguna parte!

—¿Tú nombre? ¡Habla! ¿Tu dirección? ¡Habla! ¿Con quién tienes relaciones? ¡Habla! ¿Los domicilios? ¡Habla! ¡Habla! ¡O te golpearemos hasta matarte!

¿Cuántos golpes puede soportar un hombre sano?

Dan la medianoche en la radio; los cafés se cierran; los últimos clientes se retiran a sus casas; los enamorados dan vueltas frente a las puertas y no se deciden a despedirse.

El comisario alto y flaco entra en el cuarto sonriendo alegremente.

—¿Qué tal, señor periodista?

¿Quién le habrá dicho esto? ¿Jelinek? ¿Los Fried? Pero no saben mi nombre.

—¡Ya ves que lo sabemos todo! ¡Habla! Sé inteligente.

¡Qué razonamiento! Ser inteligente: traicionar.

No soy inteligente.

—Amárrenlo y denle más.

La una; los últimos tranvías entran a la estación.

Las calles quedan solitarias, la radio da las buenas noches a sus más fieles auditores.

—¿Quiénes son los otros miembros del Comité Central? ¿Dónde están las emisoras? ¿Dónde están las imprentas? ¡Habla, habla, habla!

Ahora puedo contar los golpes más tranquilamente; el único dolor que siento es en los labios que muerden mis dientes.

—¡Descálcenlo!

Es verdad, la planta de los pies aún es sensible. Lo advierto ahora.

Cinco, seis, siete; y ahora, uno que siento como si el garrote me atravesara hasta el cerebro.

Las dos; Praga duerme; tal vez en alguna parte gimotea un niño; o un hombre acaricia las caderas de su mujer.

—¡Habla! ¡Habla!

Me paso la lengua por las encías y trato de contar los dientes rotos. No puedo terminar el cálculo. ¿Doce, quince, diecisiete? No, ése es el número de los comisarios que ahora "me interrogan". Algunos están visiblemente fatigados, pero la muerte no viene todavía.

Las tres. Las primeras luces de la mañana llegan desde la calle. Los vendedores de legumbres se acercan al mercado y los basureros se desparraman por las calles. Quizá llegue a vivir lo suficiente para ver otra mañana. Traen a mi mujer.

—¿Lo conoce?

Me trago la sangre para que ella no la vea... Lo que seguramente es bastante tonto, porque la sangre corre de cada poro de mi cara y hasta de la punta de mis dedos.

—¿Lo conoce?

—No lo conozco.

Dijo eso sin que siquiera su mirada traicionase su horror. Ha respetado nuestro acuerdo, de no confesar nunca que me conoce, por más que

ahora eso ya sea inútil. ¿Quién, pues, les habrá dado mi nombre? Se la llevaron; le dije adiós con la mirada más alegre de que aún era capaz; quizá no fuera alegre, no lo sé.

Las cuatro de la madrugada. ¿Estará aclarando o no? Las ventanas, camufladas, no responden. Y la muerte que no llega. ¿Debo ir a su encuentro? ¿Cómo?

He golpeado a alguien y caí. Me dan de patadas, caminan sobre mí. Bueno, ahora el fin será rápido. El comisario moreno me levanta por la barba y ríe contento, mostrándome sus manos llenas de pelos arrancados. Verdaderamente, es cómico. Y ahora ya no siento dolor.

Son las cinco, las seis, las siete, las diez, mediodía. Los obreros han tomado el trabajo y lo han abandonado. Los niños han ido a la escuela y están de vuelta. Se vende en los negocios y en las casas se prepara la comida; quizá en este momento mi madre me recuerda, quizá los camaradas ya saben que me han detenido y extreman las precauciones...

Con todo, si hablara... No, no temáis, no hablaré, creedme. Y, además, la muerte no debe estar muy lejos. Ahora es sólo un sueño, una febril pesadilla; caen los golpes, luego me tiran agua, y otra vez los golpes y de nuevo: "¡Habla! ¡Habla! ¡Habla!", y más golpes; la muerte no llega. Madre, padre, ¿por qué me habéis hecho tan fuerte?

Las cinco de la tarde. Todo el mundo está cansado ya, los golpes no caen ahora sino de tanto en tanto, tras largos intervalos; sólo resta la fuerza de la inercia. Y de repente escucho desde lejos, desde muy lejos, una voz apacible, dulce, tierna como una caricia:

—*Er hat schon genug.* (Ya tiene bastante.)

Un rato después me encuentro sentado frente a una mesa que sube y baja ante mis ojos, alguien

me da de beber, otro me ofrece un cigarrillo, que no puedo sostener, y otro trata de ponerme los zapatos y dice que no es posible hacerlo; en seguida me llevan medio alzado por una escalera. Bajamos; en el coche en que vamos alguien me apunta con el revólver, lo que me da risa; dejamos atrás un tranvía coronado de flores blancas, es el tranvía de bodas, pero quizá todo sea una pesadilla, o la fiebre, o la agonía, o, en fin, la misma muerte. Sin embargo, la agonía es tan difícil; pero esto no es nada difícil, es vago e informe, liviano como una pluma; un suspiro todavía y todo habrá terminado.

¿Todo, verdaderamente? ¿Para siempre? Todavía no. En este mismo momento me pongo de pie, realmente de pie, solo, sin el apoyo de nadie, y cerca de mí se extiende una pared de un amarillo sucio salpicado de algo. ¿Por qué? Me parece que es sangre; sí, es sangre; levanto un dedo y trato de extenderla; sí, está fresca, es la mía...

Alguien que está detrás de mí me golpea en la cabeza y me ordena levantar las manos y hacer genuflexiones; a la tercera me caigo... Un alto SS se me viene encima y me da puntapiés para forzarme a que me levante, pero es inútil; otra vez me mojan. Estoy sentado, y una mujer cualquiera me da un medicamento y me pregunta dónde me duele, y a mí me parece que todo mi dolor está en el corazón.

—Tú no tienes corazón —me dice el alto SS.

—Pues, lo tengo —le respondo. Y de pronto me siento muy orgulloso, porque aún he sido capaz de tomar la defensa de mi corazón.

Pero luego todo se desvanece ante mis ojos, hasta el muro, hasta la mujer del medicamento, hasta el SS...

La puerta de un calabozo se abre ante mí, y un gordo SS me arrastra hacia adentro. Retira los

jirones de mi camisa, me pone sobre un jergón, tantea la hinchazón de mi cuerpo y ordena que me pongan compresas.

—Mire —dice a su compañero, y menea la cabeza—. Fíjese bien lo que ellos son capaces de hacer.

Y otra vez desde lejos, desde muy lejos, escucho la voz apacible y dulce, tierna como una caricia:

—No verá la mañana.

Dentro de cinco minutos los relojes darán las diez. Es una noche hermosa y fresca de primavera: el 25 de abril de 1942.

CAPITULO II

LA AGONIA

Cuando la luz del sol y el brillo de las estrellas se apagan para nosotros..., se apagan para nosotros...

Dos hombres, inclinados, con las manos juntas, caminan con paso pesado y lento bajo la cripta blanca, siempre en círculo, cantando en voz alta, discordante, una salmodia triste y religiosa.

...Es dulce a las almas
elevarse al cielo..., elevarse al cielo.

Alguien ha muerto, ¿quién? Trato de volver el rostro; quizá alcance a ver el ataúd y el difunto y los dos erguidos cirios en la cabecera.

Donde la noche no existe,
donde siempre es aurora.

He conseguido abrir los ojos, y no he visto a nadie; no hay nadie, solamente ellos dos y yo. ¿Por quién cantan los salmos?

Esa estrella que brilla siempre
es Jesús, es Jesús.

Es la ceremonia fúnebre, seguramente el en-

tierro; pero ¿a quién entierran? ¿Quién está aquí? Sólo ellos dos y yo. ¿Será mi entierro? Pero escuchen, amigos míos, es un error, se engañan, no estoy muerto, estoy vivo; bien ven que los miro, que les hablo; deténganse, no me entierren.

Cuando alguien nos dice adiós
para siempre, para siempre.

No oyen. ¿Serán sordos? ¿Acaso no hablo bastante fuerte? ¿O estaré verdaderamente muerto, y no pueden oír mi voz sin cuerpo? ¿Acostado sobre el vientre, asistiré a mi propio entierro? ¡Muy cómico!

El vuelve su piadosa mirada
hacia el cielo, hacia el cielo.

Recuerdo: alguien me recogió con dificultad, me vistió y me llevó en la parihuela de los muertos; los pasos metálicos resonaron en el pasillo, y luego... Eso es todo, no sé más, no sé más nada.

...donde siempre es aurora.

¡Pero todo esto es un disparate! ¡Yo vivo! Siento un dolor lejano y tengo sed.

Y los muertos no tienen sed. Concentro todas mis fuerzas tratando de mover la mano, y una voz extraña, que no me pertenece, sale de mi garganta:

—¡Agua!

Por fin. Los dos hombres han cesado de caminar en círculo. Ahora se inclinan hacia mí, y uno de ellos me levanta la cabeza y me da de beber en un cubilete.

—Debes comer algo, muchacho; desde hace dos días estás bebiendo, bebiendo siempre.

—¿Qué me dices? ¿Dos días, ya? ¿En qué día estamos?

—Lunes.

Lunes. Y fui detenido el viernes. ¡Cómo me pesa la cabeza! ¡Y cómo refresca el agua!

¡Dormir! ¡Déjenme dormir!

Una gota de agua rompe la lisa superficie del manantial. Es una fuente en el valle, en medio de montañas; me acuerdo, está al lado de la casa de los guardabosques, al pie del monte Rokland, y una lluvia fina e incesante rumorea sobre las copas de los árboles... Es dulce dormir... Y cuando me despierto de nuevo es martes. Ante mí hay un perro. Es mi perro lobo. Me mira, examinándome con sus hermosos ojos sabios, y pregunta:

—¿Dónde vivías?

¡Oh, no! No es el perro, esa voz es de otro. Sí, aquí hay alguien; veo unas grandes botas, otras más, y también pantalones militares, pero ya no veo nada, caigo en el vértigo cuando trato de mirar, y poco me importa; déjenme dormir...

Miércoles. Los dos hombres que cantaban los salmos están sentados a una mesa y comen en una escudilla de barro. Los reconozco ya. Uno de ellos es joven. El otro, de más edad. No tienen aire de monjes. Y la cripta no es en realidad una cripta, es la celda común de una prisión; veo las ranuras concéntricas del piso, que parten de mis ojos para terminar en una puerta pesada y negra...

Rechinan las llaves en la cerradura; los dos hombres saltan, en posición de firmes, y otros dos, con uniforme de SS, entran y dan orden de vestirme. Hasta ahora yo ignoraba cuántos dolores pueden esconderse en cada pierna del pantalón, en cada manga.

Me suben a una camilla, y por una larga escalera me llevan abajo. Las botas herradas resuenan a todo lo largo del pasillo... ¿Es, pues, el mismo

camino por el que me llevaron y trajeron luego sin conocimiento? ¿Adónde lleva? ¿En qué infierno terminará?

En el oscuro y desagradable despacho de la *Polizei-Gefangnis* (prisión de la policía alemana en Pankrác); me depositan en el suelo, y la áspera voz de un pobre hombre checo me traduce la pregunta escupida con furia por una voz alemana:

—¿La conoces?

Sostengo mi mentón en la mano. Ante mi camilla veo a una joven de gruesos mofletes; está parada y mantiene alta la cabeza altiva, no con obstinación, pero sí con dignidad; la mirada algo baja, exactamente lo necesario para poder verme y saludarme.

—No la conozco.

Recuerdo haberla visto quizá una vez, un momento, durante aquella salvaje noche del Palacio Petschek. Esta es la segunda vez, y desgraciadamente no habrá jamás una tercera; hubiera querido estrecharle la mano por la dignidad de su conducta. Era la mujer de Arnost Lorenz, y fue ejecutada el primer día del estado de sitio del año 1942.

—Pero seguramente conocerás a ésta.

Anicka Jirascová. ¡Pero, por Dios, Anicka! ¿Cómo estás aquí? Jamás he pronunciado tu nombre, no tengo nada de común contigo, no te conozco, compréndelo, no te conozco.

—No la conozco.

—Sé juicioso, viejo.

—No la conozco.

—Es inútil, Julius —dice Anicka, y sólo la ligera presión de sus dedos en el pañuelo indica su emoción—. Es inútil. He sido denunciada.

—¿Por quién?

—¡Cállense! —Alguien ataja su respuesta y la

empuja brutalmente hacia atrás cuando se inclina para darme la mano.

Anicka.

No oigo más preguntas, y como desde lejos, ligeramente y sin dolor, como si fuera mi propio espectador, siento que dos SS me devuelven a la celda, balanceando brutalmente la camilla, y que, riendo en forma grosera, me preguntan si no preferiría balancearme por el cuello.

Jueves. Ya comienzo a fijarme en uno de mis compañeros de celda. El más joven se llama Carlos, y llama "Padre" al de más edad. Ellos me cuentan su historia, pero en mi cabeza todo es confusión. Hay ahí una mina y niños sentados en bancos; oigo una campana, hay fuego en alguna parte. Parece que el médico, el SS, viene a verme todos los días. Mi estado no es tan grave, y creen que pronto me repondré. Es el Padre quien lo dice, y lo dice con tanta insistencia, y Carlos lo aprueba con tal convicción, que a pesar de mi estado comprendo que es una piadosa mentira. ¡Qué buenos muchachos, cómo siento no poder creerles!

La tarde. La puerta de la celda se abre, y silenciosamente, pisando apenas, se precipita un perro. Se detiene junto a mi cabeza y de nuevo me mira con atención; luego dos pares de grandes botas —ahora lo sé: un par pertenece al dueño del perro, al director de la prisión de Pankrác; el segundo par, al jefe de la sección anticomunista de la Gestapo, que presidió mi interrogatorio nocturno—, y luego los pantalones civiles. Los recorro con la vista de abajo hacia arriba. Sí, conozco eso, éste es el comisario alto y flaco que dirigió el procedimiento contra nosotros. Se sienta en una silla, y el interrogatorio comienza:

—¡Has perdido! Salva al menos tu cabeza. ¡Habla!

Me ofrece un cigarrillo. Lo rehúso. No podría sostenerlo.

—¿Cuánto tiempo has vivido en casa de los Baxá?

¡En casa de los Baxá! ¡También esto! ¿Quién se lo habrá dichō?

—Ya lo ves, sabemos todo. ¡Habla!

Si lo saben todo, ¿para qué hablar? No he vivido en vano, no he llevado una vida estéril, ni tengo por qué estropear mi fin.

El interrogatorio dura una hora. No gritan, repiten pacientemente las preguntas que quedan sin contestación; hacen una segunda, una tercera, una décima.

—¿Es que no comprendes? Es el fin, ¿entiendes? Todo está perdido.

—Sólo yo estoy perdido.

—Entonces, ¿crees aún en la victoria del comunismo?

—Evidentemente.

—¿Lo cree? —pregunta el jefe, en alemán, y el comisario alto traduce.

—¿Crees todavía en la victoria de Rusia?

—Naturalmente. Eso no puede concluir de otra manera.

Estoy cansado. He concentrado todas mis fuerzas para esquivar sus preguntas, pero ahora mi conciencia huye rápidamente, como la sangre que mana de una herida honda. Siento todavía que me dan la mano, quizá leen el signo de la muerte sobre mi frente. Parece que en algunos países el verdugo tiene la costumbre de besar al condenado antes de ejecutarlo.

La noche. Dos hombres, inclinados, con las manos juntas, vuelven a caminar en círculo, uno detrás del otro, cantando con voz alargada y discordante una salmodia triste:

Cuando la luz del sol y el brillo de las estrellas se apagan para nosotros...

¡Oh, deténganse, amigos míos! Quizá sea una hermosa canción, pero hoy estamos en vísperas del 1.º de Mayo, la más bella y alegre fiesta del hombre...

Trato de cantar algo alegre, pero debe sonar aun más tristemente, porque Carlos vuelve la cabeza y el Padre se enjuga los ojos. No importa, no me amilano, sigo cantando, y poco a poco juntan sus voces a la mía. Me duermo contento.

Al alba del 1.º de Mayo. El reloj de la pequeña torre de la prisión da tres campanadas. Es la primera vez que las oigo claramente. Por primera vez desde que me apresaron tengo todo mi conocimiento. Siento la frescura del aire que pasa por la abierta ventana y se cuela bajo la manta; siento las pajitas que se incrustan en mi pecho y mi vientre; cada pequeña partícula de mi cuerpo me duele con mil dolores, y respiro con dificultad. Y de golpe, como si abriera una ventana, veo claramente: es el fin. Estoy en agonía.

Has tardado mucho en llegar, muerte. Y pese a todo, yo tenía la esperanza de conocerte más tarde, de aquí a muchos años. Había esperado poder vivir aún la vida de un hombre libre, poder trabajar mucho, y amar mucho y cantar y recorrer el mundo. Justamente estaba en mi madurez, y todavía tenía muchas fuerzas. Ya no las tengo, se están extinguiendo en mí. Amaba la vida por su belleza, y he ido al campo de batalla. Os he querido, hombres, y era feliz cuando sentíais mi amor, y sufría cuando no me comprendíais. Aquel a quien hice daño que me perdone, y al que consolé que me olvide. Que la tristeza no sea unida nunca a mi nombre. Este es mi testamento para ustedes, padre, madre y hermanas; para ti, mi Gusta, y para

ustedes, camaradas, para todos aquellos que he querido. Si creen que las lágrimas borrarán el triste torbellino de la pena, lloren un momento. Pero no se lamenten. He vivido por la alegría, y por la alegría muero, y sería un agravio poner sobre mi tumba el ángel de la tristeza.

¡1.º de Mayo! Antes, a esta misma hora estábamos ya de pie en las afueras de la ciudad y preparábamos las banderas; a esta misma hora, en las calles de Moscú se ponían en marcha los primeros grupos para participar en el desfile; y también hoy a la misma hora millones de hombres combaten por la última batalla de la libertad humana, y miles y miles caen en este combate. Soy uno de ellos. Y ser uno de ellos, uno de los combatientes de la última batalla, es hermoso. Pero la agonía no es hermosa... Me ahogo, no puedo respirar, de mi garganta sale un r o n q u i d o. Tengo miedo de despertar a mis compañeros de celda; tal vez si tuviera la garganta menos seca... Pero toda el agua del cántaro se ha consumido ya. Sólo a tres pasos de aquí, en la letrina, hay de sobra. Si tuviera fuerzas para llegar hasta allí.

Me arrastro suavemente sobre el vientre, muy suavemente, como si toda la gloria de la muerte consistiese en no despertar a nadie; he llegado, por fin, y bebo con glotonería el agua del fondo de la letrina. No sé cuánto tiempo ha durado eso, no sé cuánto necesitaré para volver, arrastrándome, a mi lugar. Vuelvo a perder el conocimiento, busco el pulso en mi muñeca; no siento nada, el corazón me llega a la boca y vuelve a bajar. Caigo con él. Caigo por largo rato. Durante mi trayecto aún oigo la voz de Carlos:

—Padre, oye, oye... ¡Se está muriendo, el desdichado!

.....

El médico vino por la mañana.

Pero todo esto lo supe mucho más tarde.

Llegó, me auscultó y sacudió la cabeza. Luego volvió a la enfermería, rompió la partida de defunción con mi nombre hecha la víspera, y dijo (elogio de especialista):

—¡Qué naturaleza de caballo!

CAPITULO III

CELDA 267

Siete pasos desde la puerta a la ventana, siete pasos de la ventana a la puerta.

Conozco esto.

¡Cuántas veces he recorrido este espacio sobre el piso de abeto, en mi celda de Pankrác! Y quizá ésta es la misma celda donde estuve antes por el delito de haber visto con demasiada claridad las consecuencias que acarrearía al pueblo la peligrosa política de los burgueses checos. Ahora están crucificando a mi pueblo. Los guardianes alemanes se pasean frente a mi celda, y afuera, en alguna parte, las Parcas, políticos ciegos, vuelven a tejer el hilo de la traición. ¿Cuántos siglos serán necesarios para que el hombre vea claro, por fin? ¿Cuántas celdas ha debido soportar el hombre para poder ir hacia adelante? ¡Oh! Niño Jesús de Neruda, el fin del camino de salvación de la humanidad aún está lejos de ser alcanzado. Pero no hay que dormirse, no hay que dormirse.

Siete pasos adelante, siete pasos atrás. En una de las paredes hay un camastro de madera. En otra, un armarito de un marrón sombrío, donde se guardan nuestras escudillas de tierra cocida. Sí, conozco esto. Ahora aquí todo está un poco mecanizado: hay calefacción central, el balde ha sido reemplazado por una letrina, y ante todo están mecanizados los hombres. Como autómatas. Toca

el timbre, es decir, haz un pequeño ruido con la llave en la cerradura de la puerta o abre la mirilla, y los prisioneros se sobresaltarán, poniéndose firmes, sin cuidarse de lo que estaban haciendo; abre la puerta, y el jefe de la celda gritará, sin tomar aliento:

—Achtung celecvôzibnzechzikbegtmittrajmanalesinordnung!

En alemán: ¡Atención, celda doscientos sesenta y siete, ocupada por tres hombres, todo en orden!

He aquí: 267. Es nuestra celda. Pero en esta celda el automatismo no funciona del todo bien. Sólo dos prisioneros se sobresaltan. Yo continúo acostado sobre el vientre, en mi jergón, bajo la ventana, una semana, quince días, un mes, seis semanas. Y luego resucito; ya puedo volver la cabeza, puedo levantar la mano, logro levantarme sobre los codos, y hasta he tratado de volverme de espaldas... Realmente, esto se escribe con más rapidez de lo que se vive.

. Y también la celda ve cambios. En la puerta han escrito *dos* en lugar de *tres*. Carlos, el más joven de los hombres que me habían enterrado con sus tristes salmos, ha partido; sólo ha quedado el recuerdo de su buen corazón. En realidad mi recuerdo de él es borroso y sólo abarca los dos últimos días que pasó con nosotros. Pacientemente volvía a contarme su historia, y yo volvía a dormirme en mitad de la misma.

Se llama Carlos Malik, es un mecánico, y trabajaba en el ascensor de una mina situada cerca de Hudlik, de donde extrajo explosivos para la resistencia. Fue detenido hace cerca de dos años; ahora debe presentarse ante el tribunal, quizá en Berlín; pertenece a un grupo importante. ¡Quién sabe cómo terminará este asunto! Tiene mujer y dos hijos, los quiere, los quiere mucho...

("Pero era mi deber, ¿sabes? No he podido hacer otra cosa.")

Se queda sentado a mi lado largo rato, forzándome a comer. No puedo. El sábado —¿ya hace ocho días que estoy aquí?— se decide a emplear la violencia: le avisa al *Polizeimeister* (guardián enfermero) que no he comido nada desde que llegué. El *Polizeimeister*, un enfermero de prisión siempre en movimiento, con uniforme SS, sin el permiso del cual el médico checo no puede recetar ni una aspirina, me trae personalmente una sopa de régimen y me observa mientras tomo hasta la última gota. Carlos está contentísimo del éxito de su intervención, y al día siguiente es él mismo quien me obliga a beber la taza de sopa del domingo.

Pero es bien poco lo que se adelanta. Mis encías, rotas, no pueden masticar ni siquiera las papas deshechas del guiso del domingo, y mi garganta, cerrada, no deja pasar ningún bocado medianamente sólido.

—No quiere guiso —se lamenta Carlos, y menea con pena la cabeza por encima de mí.

Y luego, con glotonería, empieza a comer mi ración, que comparte honradamente con el Padre.

¡Ah, vosotros que no habéis vivido durante el año 1942 en la prisión de Pankrác, no sabéis, no podéis saber todo lo que es un guiso! Regularmente, aun en los peores tiempos, cuando el estómago mugía de hambre, cuando bajo las duchas aparecían esqueletos cubiertos de piel humana, cuando un camarada robaba a otro, al menos con la mirada, los bocados de su ración; cuando hasta la asquerosa sopa de legumbres secas diluidas en una cucharada de extracto de tomate aparecía como una delicia largo tiempo esperada; aun en los tiempos más duros, dos veces por semana, con toda regularidad, los jueves y los domingos, los prisioneros de servicio vertieron en mi escudilla un

cucharón de papas, regándolas con una cucharada de jugo en el que flotaban algunos hilos de carne.

Era maravillosamente apetitoso, sí, era más que apetitoso, un recuerdo material de la vida humana, algo de la vida civil, algo normal en la cruel anormalidad de la prisión de la Gestapo, una cosa de la que se hablaba dulce y voluptuosamente. Ah, ¡quién podrá comprender el inmenso valor que puede tener una cucharada de buen jugo sazonado por el terror de una desnutrición perpetua! Han pasado dos meses, y por mí mismo he podido comprender el asombro de Carlos. Yo no había querido ni siquiera el guiso; y ninguna otra cosa pudo convencerlo de mi muerte cercana tan claramente como ese hecho.

La noche siguiente, a eso de las dos de la mañana, despertaron a Carlos. En cinco minutos debía estar listo para el transporte, como si se tratara de una corta salida; no como si se abriera ante él un camino que lo conduciría a terminar su vida en la nueva prisión, en el nuevo campo de concentración, en el lugar de las ejecuciones, sabe Dios dónde.

Arrodillado a mi cabecera y tomando en sus manos mi cabeza, la besó (del pasillo nos llega el grito ronco de un cerdo con u n i f o r m e, que nos recuerda que los sentimientos no tienen nada que ver con la prisión de Pankrác). Carlos atravesó la puerta corriendo. La llave dio vuelta en la cerradura...

...Y sólo quedamos dos en la celda.

¿Volveremos a vernos, muchacho?

Y el próximo adiós, ¿cuándo llegará? ¿Cuál de los dos se irá primero? ¿Y adónde? ¿Y quién lo llamará? ¿Un guardián con uniforme SS? ¿O la muerte, que no tiene uniforme?

Lo que estoy escribiendo no es más que el eco de los pensamientos que me acompañaron después de su partida. Ha pasado un año, y los pensamientos que acompañaron al camarada se han repetido a menudo con mayor o menor insistencia.

El número dos, colgado de la puerta de la celda, se cambia de nuevo por un tres, y de nuevo en dos y de nuevo en tres, dos, tres, dos; nuevos detenidos han llegado y vuelto a partir. Sólo dos que habían quedado en la celda 267 permanecen fielmente juntos.

El Padre y yo.

. . . . . .

El Padre... es el maestro Josef Pesek, de sesenta años, presidente del comité de maestros, detenido ochenta y cinco días antes que yo, porque mientras preparaba un proyecto tendiente a reformar las escuelas libres checas tramó un complot contra el Reich alemán.

El Padre es...

¿Cómo es posible describir todo esto, mis amigos? Sería un trabajo difícil. ¡Dos, una celda y un año!

Durante ese tiempo las comillas que rodeaban el nombre de Padre han desaparecido; durante ese tiempo los dos detenidos, de edad distinta, se han vuelto verdaderamente padre e hijo; durante ese tiempo han cambiado mutuamente los hábitos, las maneras de expresarse y hasta la entonación de la voz. Trata, si puedes, de reconocer hoy lo que es propio de mí y lo que es del Padre, y lo que fue introducido primero en la celda por él o por mí.

Noche tras noche permaneció a mi lado, de pie, y con compresas húmedas espantó a la muerte que se acercaba. Valientemente limpió el pus de mis heridas, y jamás manifestó repugnancia por el olor a podrido que se desprendía de mi jergón.

Lavó y cosió los miserables restos de mi camisa, que junto conmigo había sido víctima del primer interrogatorio, y cuando ya no sirvieron para nada

me puso su propia ropa. Fue él quien me trajo una margarita y un poquito de hierba verde que se arriesgó a arrancar del patio de la prisión durante el "paseo" de media hora. Me seguía con ojos tiernos cuando salía para nuevos interrogatorios, y volvía a poner compresas sobre las nuevas heridas que traía. Cuando los interrogatorios eran nocturnos, no se dormía hasta verme de vuelta y acostarme en mi jergón bajo las mantas.

Tales fueron nuestros comienzos, y lo que luego vivimos juntos no los ha traicionado ni cuando yo pude levantarme y pagar mis deudas de hijo.

Pero todo esto no puede ser escrito así de un tirón, muchacho. La celda 267 tuvo ese año una vida intensa, y todo lo que ella vivió el Padre lo vivió también, a su manera. Esto debe ser contado; pero la historia no ha sido terminada aún. (Lo que también suena a esperanza.)

. . . . . .

La celda 267 tuvo una vida rica. Cada hora, más o menos, se abría la puerta y pasaba la inspección. Era un control especialmente recomendado para el terrible criminal comunista, pero quizá también fuera simple curiosidad. A menudo moría gente que no debía morir, pero raramente se vio que no muriese aquel de cuya muerte todo el mundo estaba persuadido. Hasta los guardianes de los otros corredores venían y comenzaban a hablar y levantaban mis mantas en silencio, apreciaban mis heridas como conocedores, y luego, según su carácter, hacían bromas cínicas o me trataban más amistosamente. Uno de ellos, a quien llamábamos "El Botarate", venía más a menudo que los otros y preguntaba sonriendo si el diablo rojo necesitaba algo. No, gracias, no necesitaba nada. Pasados algunos días, "El Botarate" descubrió que el diablo rojo tenía necesidad de algo: ser afeitado; y trajo a un peluquero.

Es el primer prisionero, fuera de mi celda, a quien conozco, el camarada Bocek. La amable atención de "El Botarate" resultó un flaco servicio: el Padre me tiene la cabeza, y el camarada Bocek, arrodillado al costado de mi jergón, trata, con una hoja mal afilada, de penetrar en la maraña de mi barba. Le tiemblan las manos y tiene lágrimas en los ojos. Está convencido de que afeita a un cadáver. Trato de consolarlo:

—Ten valor, viejo; si pude soportar el interrogatorio del Palacio Petschek, creo que podré soportar tu afeitada.

Pero no tiene fuerzas, y ambos debemos descansar, él y yo.

Dos días después conocí a otros dos prisioneros. Los comisarios del Palacio Petschek son impacientes. Me han mandado buscar, y como el enfermero escribe todos los días en mi notificación: "intransportable", han dado orden de llevarme a pesar de ello. Dos detenidos con uniforme de la prisión, que hacen el servicio en los corredores, se detienen frente a mi celda, llevando una camilla. El Padre me mete con dificultad en la ropa, los camaradas me ponen en la parihuela y me llevan. Uno de ellos es el camarada Skorepa, que más tarde será el atento padre de nuestros compañeros del corredor. El segundo es...[1] Se inclina hacia mí en el momento en que resbalo por la superficie oblicua de la camilla mientras me bajan por la escalera y me dice:

—Manténte firme allá —y agrega más despacio—..., pase lo que pase.

Esta vez no nos detenemos en las oficinas de la prisión. Me llevan más lejos, por un largo corredor, hacia la salida. El corredor está lleno de

[1] Ilegible en el original.

gente (es jueves, y las familias vienen a retirar la ropa de los prisioneros), y todos se fijan en nuestro triste cortejo. Veo compasión en sus ojos, y esto no me gusta; levanto, pues, la mano y cierro el puño. Puede ser que lo vean y comprendan que los saludo, pero puede que mi gesto sea vago; no puedo hacer más, me siento aún demasiado débil. En el patio de la prisión de Pankrác ponen la camilla en el camión; dos SS al lado del conductor, otros dos parados a mi lado, las manos apoyadas en la cartuchera del revólver.

Partimos. No, el camino no es precisamente maravilloso; un pozo, dos pozos, y antes de los cien metros pierdo el conocimiento. Fue una graciosa carrera por las calles de Praga; un camión de cinco toneladas, con capacidad para treinta prisioneros, gastando nafta por uno solo, y dos SS delante y dos detrás, con las manos sobre las armas, vigilando con sus ojos de fiera a un cadáver, con miedo de que se les escape. Al otro día se repitió la comedia.

Pero esta vez me mantuve fuerte hasta el Palacio Petschek.

El interrogatorio no fue largo. El comisario Friedrick tocó mi cuerpo con cierta indolencia y me devolvieron sin conocimiento.

Y ahora llegan los días en que ya no dudo de que estoy vivo. El dolor, hermano íntimo de la vida, me lo prueba muy claramente; hasta la prisión de Pankrác sabe ya que por un descuido cualquiera he quedado vivo y me llegan los primeros saludos: por medio de los espesos muros en que repercuten los mensajes y por las miradas de los que están de servicio en los corredores para la distribución de la sopa.

Sólo mi mujer no ha sabido nada de mí. Estaba sola en una celda del piso bajo, tres o cuatro celdas más allá de la mía, viviendo entre la angus-

tia y la desesperación hasta el momento en que su vecina, durante el "paseo" de la mañana, le susurró que en cuanto a mí, todo estaba terminado, que según decían había muerto a causa de las heridas ocasionadas durante el interrogatorio. Después de oír eso erró por el patio, todo giraba a su alrededor; ni siquiera sintió que la guardiana la consolaba a cachetadas, obligándola a volver a la fila, que representa el orden de la prisión.

¿Qué han visto, pues, sus grandes y bondadosos ojos, fijos sin lágrimas en los blancos muros de su celda? Y al día siguiente otra versión. Aquello no era cierto. No me habían golpeado hasta matarme, pero yo, no pudiendo soportar el dolor de las heridas, me había ahorcado en mi celda. Y durante todo ese tiempo yo "hormigueaba" en mi pobre camastro y cada mañana y cada noche me volvía de costado con gran trabajo para poder cantarle a mi Gusta sus canciones preferidas.

¿Cómo ha sido posible que no las oyera cuando yo he puesto tanto fervor? Ahora ya lo sabe, ya me escucha, aunque esté más lejos que antes. Y ahora hasta los guardianes saben y se han acostumbrado a que la celda 267 cante. No gritan ya desde el otro lado de la puerta para imponer silencio.

La celda 267 canta. Yo he cantado durante toda mi vida y no sé por qué tendré que dejar de hacerlo ahora, justamente al final, en el momento en que vivo de manera más intensa. ¿Y el Padre, Pesek? ¡Oh! Es un caso excepcional. Canta con el corazón; no tiene oído ni memoria musical, ni voz, pero adora el canto con tan bello y abnegado amor y siente tal placer al cantar, que casi no me doy cuenta de si cambia de tono o si insiste en cantar *do* cuando el oído reclama precisamente un *la*. Y así cantamos cuando nos sentimos tristes; cantamos cuando el día es alegre; acompañamos

con nuestro canto al camarada que se va y con quien quizá nunca nos volvamos a encontrar; cantando recibimos las buenas noticias del frente oriental, y también cantamos por placer, como cantan los hombres desde siempre y como seguirán cantando mientras existan.

No hay vida sin canto, como no hay vida sin sol. Y aquí nosotros necesitamos doblemente el canto, porque el sol no llega hasta nosotros. La número 267 es una celda que mira al norte; sólo durante los meses de verano, y por contados minutos, el sol, antes de ponerse, dibuja sobre la pared que da al oriente la sombra de los barrotes de la ventana; durante esos instantes, el Padre se mantiene de pie, apoyado en la litera, siguiendo con los ojos esta fugitiva visita del sol... Y ésa es la mirada más triste que tú puedas ver aquí.

¡El sol, con qué esplendor brilla! El redondo hechicero, cuántos milagros pinta ante los ojos de los hombres. Y tan pocas personas viven al sol. Pero pronto va a resplandecer y los hombres vivirán bajo sus rayos. Es hermoso saberlo. Pero tú desearías saber algo infinitamente menos importante. ¿Brillará también para nosotros?

Nuestra celda mira al norte. Sólo algunas veces, en verano, cuando el día es verdaderamente hermoso, vemos ponerse el sol. Padre, ¡cómo desearía ver siquiera una vez más la salida del sol!

CAPITULO IV

NUMERO 400

La resurrección es algo muy especial, tan especial, que es imposible describirla. El mundo resulta encantador cuando el día es hermoso y tú has dormido bien. Pero en este caso es como si el día fuera aún más bello y como si tú hubieras dormido mejor que nunca. Crees estar familiarizado con el cuadro de la vida, pero es como si aquel que dirige la iluminación encendiera a la vez todos los proyectores y de golpe te presentara la escena a plena luz. Te parece ver bien, pero es como si miraras con gemelos que estuvieran combinados a un microscopio. Una resurrección se parece a la primavera, es como la primavera, que te descubre encantos inesperados en los paisajes más conocidos.

Y eso aun cuando sabes que sólo durará un momento. Y hasta cuando lo que te rodea es tan rico y agradable como la celda de la prisión de Pankrác.

Sin embargo, un día, finalmente, vendrán a buscarte. Un día te llevarán para el interrogatorio, aun sin camilla, y aunque te parezca imposible, caminarás. Hay un descanso en el pasillo, otro descanso en la escalera, y tú te arrastrarás más en cuatro que en dos patas; abajo ya hay otros detenidos que se encargarán de ti y te transportarán hasta el coche celular. Y después tú estás allí sentado: diez, doce personas, en la sombría celda ro-

dante; caras desconocidas que te sonríen y a las que sonríes; alguien te susurra algo y no sabes quién es, aprietas una mano y no sabes a quién pertenece, y finalmente el coche pasa con un barquinazo el gran pórtico del Palacio Petschek y los camaradas te bajan. Entras a una espaciosa sala de paredes desnudas: cinco bancos en fila, y sentados en ellos los hombres en posición de firmes, las manos sobre las rodillas y la mirada fija en la desnuda pared del frente. Esto, muchacho, es un pedazo de tu nuevo mundo, al que llaman el "cine"...

Intermezzo de mayo de 1943

Hoy es 1.º de Mayo de 1943. Precisamente estoy de servicio y durante ese tiempo puedo escribir. ¡Qué felicidad ser una vez más, aunque sólo sea por unos instantes, un periodista comunista, e informar sobre el desfile de las fuerzas de combate de un mundo nuevo!

No esperes oírme hablar de banderas flotando al viento. Nada de eso. Ni siquiera puedo describirte alguno de esos hechos heroicos que se escuchan con tanto placer. Hoy todo es mucho más simple; ni el oleaje rápido e impetuoso de millares de camaradas que yo veía otros años irrumpir por las calles de Praga, ni el majestuoso mar de millones de otros camaradas que inundaban la Plaza Roja de Moscú. Aquí no puedes ver ni millones ni centenares. Aquí sólo se ven algunos camaradas, hombres y mujeres, y a pesar de ello sabes que esto no es menos importante, porque es la revista de una fuerza sometida en este momento a una prueba de fuego, y que no se transforma en ceniza, sino en acero. Es como una revista en las trincheras durante la batalla. Y en las trincheras se lleva el uniforme de campaña.

Describo todo esto muy detalladamente; quién sabe si tú, que me leerás sin haber vivido con nosotros, podrás comprenderme. Trata de comprender, sin embargo; créeme, hay en esto una fuerza.

El saludo matinal de la celda vecina, que toca dos compases de Beethoven, suena hoy más ceremoniosamente, más elocuente, y el muro lo transmite con más claridad.

Nos vestimos lo mejor que podemos; lo mismo ocurre en todas las celdas. Recibimos el desayuno con todos los honores. Frente a las puertas abiertas de las celdas pasa el servicio con el pan, el café negro y el agua. El camarada Skorepa nos da tres pedazos de pan en lugar de dos; es su saludo del 1.º de Mayo, el saludo activo de un alma llena de atenciones. Y bajo los panes tus dedos aprietan otros dedos. Está prohibido hablar —hasta vigilan tus miradas—; pero ¿acaso los mudos no se expresan claramente con sus dedos?

En el patio, bajo la ventana de nuestra celda, las mujeres entran rápidamente para el "paseo" de media hora. Me subo a la mesa y miro hacia abajo a través de las rejas. Quizá lleguen a verme. Me han visto y levantan la mano para saludarme. Repito el gesto; abajo en el patio hay hoy otra animación, muy distinta a la habitual, más alegre que otras veces. La guardiana no ve nada o no quiere ver. Y también esto forma parte de nuestro desfile de Mayo de este año.

Ahora nos toca a nosotros la media hora. Soy el instructor. Amigos, es 1.º de Mayo; no vamos, pues, a comenzar como los demás días, aunque eso asombre a los guardianes. Primer ejercicio: un, dos, un, dos, el golpe de martillo; y el segundo ejercicio: segar.

¡El martillo y la hoz! Con un poco de fantasía los camaradas comprenderán quizá. ¡El martillo y la hoz! Miro a mi alrededor, sonríen y repiten los

ejercicios con fervor. Han comprendido. Amigos, ésta es nuestra manifestación del 1.º de Mayo y esta pantomima es nuestra promesa del 1.º de Mayo, a la que, aun marchando a la muerte, nos mantendremos fieles.

De vuelta en la celda. Son las nueve. En este mismo momento el reloj del Kremlin marca las diez y en la Plaza Roja el desfile empieza. Padre, estamos contigo. En este momento se canta *La Internacional*; que resuene también desde nuestra celda a través del mundo entero. Cantamos. Uno tras otro se suceden los cantos revolucionarios, pero no queremos sentirnos solos, no estamos solos, estamos junto a los que ahora, en libertad, cantan a pleno pulmón, pero luchando también como nosotros.

Vosotros, camaradas prisioneros
en las celdas hostiles y frías,
estáis con nosotros, estáis con nosotros
aunque no estéis en nuestras filas...

Sí, estamos con ustedes.

También nosotros, los prisioneros de la celda 267, hemos visto con la imaginación el filme solemne del desfile de 1943. ¿Realmente esto es todo? ¿Y el servicio de corredores del sector femenino que esta tarde se pasea por el patio silbando la canción de los guerrilleros y otras canciones soviéticas, para dar valor a los hombres que están en las celdas?

¿Y este hombre con uniforme de policía checo que me trajo papel y lápiz, y que en este momento vigila el pasillo para que ningún indeseable pueda sorprenderme? ¿Y aquel otro que en definitiva ha dado el impulso a esas carillas y que ocultándolas cuidadosamente las saca fuera para que puedan reaparecer a la luz cuando sea oportuno? Juegan su cabeza llevando esas hojas, la arriesgan para establecer el contacto entre el hoy entre rejas y el mañana libre. Luchan con abnegación, sin miedo, cada uno en su puesto, cada uno según su campo de acción y con todos los medios de que disponen. Y son a la vez sencillos y anónimos, y tan desprovistos de patetismo que no podrías siquiera adivinar la lucha de vida o muerte que sostienen al lado de nuestros amigos y en la que tanto pueden caer como vencer.

Dos veces, veinte veces, tú has visto a los ejércitos de la Revolución marchar en las manifestaciones del 1.º de Mayo. Eso era glorioso; pero es en la lucha donde pueden apreciarse la fuerza de este ejército y su invencibilidad; la muerte es más sencilla de lo que tú creías, y el heroísmo no tiene vanagloria. Pero el combate es aún más cruel de lo que podrías suponer, y para perseverar y llegar a vencer, para eso hace falta una fuerza inconmensurable. La notas todos los días en la acción, pero casi nunca llegas a percibirla por completo. Todo parece tan evidente, tan natural.

Hoy has tenido de nuevo la revelación de esa fuerza.

En la revista del 1.º de Mayo de 1943

El 1.º de Mayo de 1943 he interrumpido por un momento la continuidad de este relato, y está bien que haya sido así. Uno recuerda los días solemnes algo más que los otros, y quizá la alegría que domina esos días podría deformar los recuerdos menos notables.

Y el "cine" del Palacio Petschek no tiene verdaderamente nada de alegre. Es la antecámara de una sala de torturas, de donde te llegan los gemidos y los gritos de terror de los otros; y donde no sabes lo que te espera. Ves partir personas sanas

y llenas de vida y luego de dos o tres horas de interrogatorio las ves volver mutiladas, aniquiladas. Oyes una voz sonora que se despide para ir al interrogatorio y a la hora una voz rota, ahogada por el dolor y la fiebre, te anuncia su vuelta. Y algo aun peor: aquí ves también algunos que parten con una mirada clara, sincera y que cuando vuelven no pueden mirarte a la cara. Posiblemente un segundo de debilidad, en algún momento, allí arriba, en el escritorio del que interroga; quizá sólo un instante de hesitación, sólo un relámpago de miedo, o de deseo de salvar la propia vida; y hoy mismo, o mañana, llegarán nuevos prisioneros que volverán a vivir todos estos horrores, nuevas víctimas que algún camarada de lucha ha entregado al enemigo.

El espectáculo de la gente de conciencia sucia es más terrible que el espectáculo de los torturados físicamente. Y si tienes los ojos agrandados por la muerte que marcha a tu lado, si tus sentidos están afinados por la resurrección, distingues, sin necesidad de oír ni una palabra, al que ha vacilado, al que quizá ya haya traicionado o al que piensa justamente en ese momento, en un pequeño rinconcito de su alma, que no estaría tan terriblemente mal aliviarse un poco "entregando", al menos, al más insignificante de sus compañeros de lucha. ¡Oh! ¡Flojos miserables! ¡Como si fuera vida la que se paga con la de un camarada!

Quizá no se me había ocurrido pensar en esto cuando mi primera estada en el "cine", pero luego la idea me asaltó con frecuencia y reapareció más claramente esta misma mañana en un ambiente algo distinto; en un ambiente que era aquí la mejor fuente de información, en el cuarto número 400.

No permanecí mucho tiempo sentado en el "cine". Tal vez una hora u hora y media. Después pronunciaron mi nombre a mi espalda y dos "tiras"

de civil que hablaban checo se encargaron de mí. Me llevaron en un ascensor hasta depositarme en el cuarto piso, conduciéndome luego a un gran cuarto en la puerta del cual estaba escrito el número:

"400"

Sentado ahí, vigilado por ellos, al principio solo y bien al fondo, en una silla aislada junto a la pared, miraba a mi alrededor con la extraña impresión de haber vivido antes la misma escena. ¿He vivido aquí ya otra vez? No, nunca. Pero de todos modos conozco esto, he visto antes este cuarto, lo he visto también en sueños, en una febril y cruel pesadilla que lo deformaba terriblemente, que lo hacía aparecer asqueroso, pero que a pesar de eso puedo reconocer. Ahora encuentro el cuarto agradable, claro, lleno de la luz del día, y por las grandes ventanas de finas rejas se distinguen la iglesia de Tynl, las verdes colinas de Letná y el castillo de Hradcany. En mi sueño la pieza era triste, sin ventanas, mal iluminada por una luz amarillenta, en la cual los hombres se movían como sombras. Sí, recuerdo, la pieza estaba llena de gente. Ahora está vacía y sus seis bancos apretados son una pradera de anémonas y de ranúnculos. En el sueño estaba llena de hombres sentados en esos bancos unos junto a otros, con sus rostros pálidos y ensangrentados. Y allí, muy cerca de la puerta, estaba parado un hombre de ojos dolorosos, con el traje azul de trabajo hecho jirones; un hombre que ansiaba beber, beber, y que por fin se desplomó en el suelo, lentamente, como un telón que cae.

Sí, fue así; pero hoy sé bien que aquello no era un sueño, que esa pesadilla cruel y afiebrada era la realidad. Fue la noche que me arrestaron, cuando mi primer interrogatorio. Me trajeron aquí quizá tres veces, quizá diez, qué sé yo, cada vez

que han querido descansar o volver a empezar. Yo estaba descalzo, y recuerdo que las baldosas frías del piso refrescaban agradablemente las desolladas plantas de mis pies.

Los bancos estaban entonces ocupados por obreros de Junkers; era la cosecha nocturna de la Gestapo, y el hombre que estaba parado cerca de la puerta, vestido con los jirones de su ropa de trabajo, era el camarada Barton, de la célula de empresa Junkers, la causa indirecta de mi arresto. Lo digo para que nadie pueda ser acusado de mi suerte. Mi detención no se debió a la traición ni a la cobardía de ninguno de mis camaradas, sólo a un poco de imprudencia y descuido. El camarada Barton buscaba un contacto entre su célula y la dirección del Partido. Su amigo, el camarada Jelinek, descuidando un poco las reglas de la conspiración, en lugar de hablarme del asunto primeramente a mí, a fin de que se arreglara sin su intervención, se comprometió a buscar él mismo ese contacto. Primera falta. La segunda, más grave, fue que el camarada Barton confió en un provocador de nombre Dvorák. El camarada Barton hasta le confió el nombre de Jelinek y de esta manera la Gestapo comenzó a interesarse en la familia Jelinek. No fue, pues, a causa de la tarea principal que ellos cumplieron a la perfección durante dos años, sino como consecuencia de una pequeñísima falta a sus deberes de conspiradores. Y que los del Palacio Petschek decidieran arrestar a Jelinek precisamente la noche en que nos habíamos citado, y que fueran allí tantos a la vez, fue simplemente una casualidad. No fue un plan preconcebido. Los Jelinek debían ser arrestados recién al día siguiente; la Gestapo fue allí casi por distraerse, como quien sale a tomar un poco de aire, después del arresto exitoso de la célula de Junkers. Nuestra sorpresa a la llegada de la policía no fue menor que la de ellos al encontrarnos. Ni

siquiera sabían, al prenderme, quién era yo. Quizá no lo hubieran sabido nunca si junto conmigo...

Pero no llegué a reflexionar sobre esto en el 400, sino después de un buen rato. Aquel día ya no estaba solo; esa vez los bancos estaban ya ocupados y empezaban a transcurrir horas llenas de sorpresas. Sorpresas extrañas que no comprendía y otras nefastas que comprendí demasiado bien.

Sin embargo, mi primera sorpresa no correspondió a ninguna de esas dos categorías, fue algo gentil, ínfimo y sin importancia para nadie, pero que jamás podré olvidar. El agente de la Gestapo que me vigila —lo reconozco, es el mismo que me dio vuelta los bolsillos el día de mi arresto— me ha arrojado la mitad de un cigarrillo encendido. El primer cigarrillo después de tres semanas, el primer cigarrillo para un hombre que vuelve a la vida. ¿Debo tomarlo? No debe pensar que podrá comprarme. Pero él sigue al cigarrillo con una mirada sin malicia; no, este hombre no trata de comprarme. Ni siquiera he podido acabar de fumarlo; los recién nacidos no son grandes fumadores.

Segunda sorpresa. Con paso de ganso entran en el cuarto cuatro personas que saludan en checo a los agentes vestidos de civil —y a mí—, se sientan tras las mesas, colocan sus papeles ante ellos, encienden sus cigarrillos con toda libertad, como si fueran empleados; pero yo los conozco, sin embargo; por lo menos conozco a tres; pero ¿será posible que estén al servicio de la Gestapo? ¿Lo estarán? ¿Estos también? Sin embargo, uno de ellos es Terrintl, o Renek, como lo llamaban, antiguo secretario del Partido y de los sindicatos, de un natural rústico pero fiel. No, no es posible. Y Anette Viková, siempre tan valiente, tan hermosa, a pesar de sus cabellos ya blancos, militante firme y tenaz. No, no es posible. Vasek Rezek, albañil de una mina del norte, más tarde secretario regional del Partido; ¡como si no lo conociera! ¡En cuántos

combates hemos estado juntos en el norte! ¿Es posible que éste se haya doblegado bajo el puño de ellos? ¡No, es imposible! Pero ¿qué hacen aquí, entonces?

Aún no encuentro respuesta a estas preguntas, cuando ya se acumulan otras. Traen a Mirek, a los esposos Jelinek y al matrimonio Fried. Sí, sé lo que esto significa. Desgraciadamente, fueron arrestados junto conmigo. Pero ¿por qué Paúl Kropácek, historiador de arte, está también aquí? Secundaba a Mirek en su trabajo entre los intelectuales, y estaba al corriente de todo lo que se hacía, exactamente como Mirek y yo. ¿Y por qué ese joven alto, con la cara hinchada por los golpes, me ha hecho entender que no nos conocemos? Yo no lo conozco; realmente, ¿quién es él? ¿Stych? ¿El doctor Stych? ¿Zdenek? ¡Pero, por Dios, esto significa el grupo de los médicos! ¿Quién podría conocerlos, fuera de Mirek y yo? ¿Y por qué durante el interrogatorio me han hecho tantas preguntas sobre los intelectuales checos? ¿Cómo han p o d i d o relacionar mi trabajo con el que se hace entre los intelectuales? ¿Quién podría saberlo fuera de Mirek y yo?

La respuesta no era difícil, pero era gravísima, era cruel: Mirek ha traicionado, ha hablado. En el primer momento yo podía esperar que él no hubiera dicho todo, al menos. Pero luego trajeron a otro grupo de prisioneros y he reconocido a Vlad Vancura, al profesor Tele y su hijo, a Bedrich, Vaclavek, desconocido bajo su disfraz, a Bozena Pulpanová, Jindrich Elbl, el escultor Dvorák, todos los que forman o que iban a formar parte del Comité Nacional Revolucionario de Intelectuales Checos: todos están aquí. Sobre el trabajo entre los intelectuales Mirek ha dicho todo.

Mis primeros días en el Palacio Petschek no fueron fáciles, pero éste fue el golpe más duro que recibí. Esperaba la muerte, pero no la traición. Aun juzgando con indulgencia, aun teniendo en

cuenta todas las circunstancias y aun recordando todo lo que Mirek no ha dicho, no he podido encontrar otra palabra: ha traicionado. No ha sido el aflojamiento de un minuto, ni una debilidad, ni la caída de un hombre torturado hasta la muerte que busca un respiro en medio de su fiebre, nada hay que pueda excusarlo. Ahora comprendo por qué conocían mi nombre desde la primera noche. He comprendido por qué Anicka Jirascová, en casa de quien tuvimos varias entrevistas con Mirek, está aquí. Ahora comprendo por qué Kropácek y el doctor Stych también están.

Casi todos los días he tenido que ir al número 400, y cada día he conocido nuevos detalles. Era triste y descorazonador. Antes fue un hombre recto, que no había mezquinado su cuerpo a las balas en el frente de España, y que resistió la cruel experiencia del campo de concentración en Francia. Ahora tiembla bajo la vara de un agente de la Gestapo y traiciona para proteger su piel. ¡Qué superficial debía ser su valor para ceder bajo algunos golpes! ¡Tan superficial como sus convicciones! Era fuerte en su grupo, rodeado de camaradas que pensaban como él, era fuerte porque pensaba como ellos. Ahora, aislado, solo, hostigado por los enemigos, ha perdido completamente su fuerza. Lo ha perdido todo porque ha comenzado a pensar en sí mismo. Para salvar su piel ha sacrificado todo, ha traicionado.

El no se dijo que era mejor morir que descifrar los papeles encontrados en su casa. Los ha descifrado. Ha dado nombres. Ha dado la dirección de un refugio. Condujo a los agentes de la Gestapo a la cita con Stych. Los mandó a casa de los Dvorák; a la cita con Kropácek; ha entregado a Anicka; y hasta entregó a Lida, muchacha valerosa y decidida, que lo amaba. Bastaron algunos golpes para que dijera la mitad de todo esto, y cuando creyó que yo había

muerto y que no tendría que justificarse ante nadie, dijo el resto.

Con su conducta no me ha hecho personalmente ningún daño; yo estaba ya en las manos de la Gestapo, ¿qué habría podido agregar a mis males? Al contrario. Su declaración era algo concreto, en ella podían basarse para futuras averiguaciones; era algo que semejaba el comienzo de una cadena cuyos eslabones siguientes estaban en mis manos, y que ellos querían recorrer hasta el fin; y es sólo gracias a eso que he sobrevivido tras el estado de sitio, y conmigo gran parte de nuestro grupo. Pero si hubiera cumplido con su deber, ningún grupo habría tenido nada que ver con nuestro caso. El y yo estaríamos muertos desde hace tiempo, pero caídos nosotros los demás vivirían y trabajarían.

Un cobarde pierde mucho más que la vida. El ha perdido. Es un desertor del glorioso ejército, y merece hasta el desprecio del más ruin de sus enemigos. Y aunque salvara la vida, eso no sería ya vivir; porque se ha excluido de la colectividad. Más tarde trató de enmendar en lo posible su acción, pero sin poder ganar nunca la confianza de los camaradas. Lo que es más terrible en la prisión que en ninguna otra parte.

Los prisioneros y la soledad: estas dos palabras parecen inseparables. Pero es un gran error. El prisionero no está solo. La prisión es una gran colectividad, de la que ni la más severa incomunicación puede separarlo si él mismo no se ha excluido. La fraternidad de los oprimidos está aquí sometida a una presión que la condensa, la robustece y la hace también más sensible. Atraviesa los muros, que viven, que hablan o transmiten los mensajes. Abarca las celdas de un mismo corredor, que están unidas por idénticas preocupaciones, por guardianes comunes, por las comunes medias horas de aire puro, cuando basta una palabra o un gesto para transmitir un mensaje o salvar vidas humanas.

Liga toda la prisión por las partidas en común al interrogatorio y las comunes permanencias en el "cine", sentados durante horas, y por el regreso en común. Es una fraternidad de pocas palabras y grandes servicios, puesto que un simple apretón de manos o un cigarrillo pasado a hurtadillas abre la jaula en que te han arrojado y te libra de la soledad que debiera quebrantarte. Las celdas tienen manos, tú sientes que te sostienen para que no caigas cuando llegas tras las torturas del interrogatorio; de esas celdas recibes el alimento cuando los otros te quieren matar de hambre. Las celdas tienen ojos: te miran cuando partes para la ejecución, y tú sabes que debes ir con la frente alta porque eres su hermano y no debes debilitarlos ni siquiera ante un paso vacilante. Es una fraternidad sangrienta e irresistible. Sin su ayuda no podrías soportar siquiera la décima parte de lo que soportas.

Ni tú ni nadie.

En esta narración, si llego a continuarla, puesto que no conocemos ni el día ni la hora del fin, reaparecerá a menudo el número 400, que intitula este capítulo. Conocí esa sala, y mis primeras horas pasadas allí y mis primeras reflexiones no fueron alegres. Pero no es del lugar de lo que deseo hablarles, sino de la comunidad, y esa comunidad era alegre y combativa.

El 400 nació en 1940, en el momento en que aumentaba la actividad de la sección anticomunista de la policía. Era un anexo del depósito del "cine", la sala de espera de quienes serían interrogados, elegida para los comunistas, para evitar tener que conducirlos desde el piso bajo hasta el cuarto para cada pregunta, y con el fin de que estuvieran en todo momento a disposición de los empleados de la G e s t a p o encargados del "interrogatorio". Era, pues, para facilitarles el trabajo; por lo menos ésa había sido su intención.

Pero pongan juntos dos prisioneros, sobre to-

do comunistas, y en cinco minutos está formada la comunidad, que transformará todos los planes. Desde el año 1940 ya sólo se llamaba a ese lugar "la central comunista". Sufrió muchos cambios, y por sus bancos pasaron millares de hombres y mujeres. Pero algo no ha cambiado: el alma de la comunidad, decidida a la lucha y segura de la victoria.

El 400 era una trinchera avanzada, cercada por el enemigo y bombardeada con tiro concentrado, pero resuelta a no rendirse jamás. Encima flotaba la bandera roja, y en su seno se manifestaba la determinación de todo el pueblo luchando por la liberación.

Abajo, en el "cine", los guardias SS pasaban arrastrando las pesadas botas, acompañando con sus vociferaciones el menor movimiento de tu ojo. Aquí, en el 400, la vigilancia se cumplía con inspectores y agentes de policía que habían entrado al servicio de la Gestapo como intérpretes, sea voluntariamente, sea por orden de sus superiores, y que ahora cumplían su deber como mercenarios de la Gestapo o como checos. O como algo entre las dos cosas. Ahora ya no nos forzaban a permanecer en posición de firmes, sentados con las manos sobre las rodillas y la mirada fija; podíamos sentarnos más libremente, pasear la mirada alrededor, hacer un gesto con la mano y hasta algo más, según el caso; dependía del guardia que hubiera en determinado momento.

El 400 era el sitio en que podía conocerse más profundamente a esa criatura que llamamos hombre.

Aquí, la proximidad de la muerte muestra al desnudo a todo el mundo, tanto a los que el brazalete rojo señala como detenidos comunistas o a los sospechosos de mantener relaciones con ellos, como a aquellos otros que los vigilan y que en algún

lado, en otro cuarto, participan de los interrogatorios.

Allí, durante el interrogatorio, cada palabra puede servir de protección o de arma. Pero en el 400 es imposible ocultarse tras las palabras. Aquí no se pesa lo que has dicho, sino lo que está en el fondo de ti. Allí, en lo más profundo de tu ser, sólo ha quedado lo esencial; todo lo secundario que ennoblece, afea o embellece el fondo de tu carácter, ha caído, como arrancado de un tirón por el ciclón que precede a la muerte. No ha quedado más que el simple sujeto y su atributo; el fiel resiste, el traidor traiciona, el burgués desespera, el héroe pelea. En cada ser hay fuerza y nobleza, audacia y miedo, firmeza e indecisión, suciedad y limpieza. Aquí sólo ha podido quedar una u otra cosa. Esto o aquello. Y si alguien trató de navegar entre dos aguas, ha sido advertido más rápido que un bailarín que, con el platillo en la mano y la pluma amarilla en el sombrero, apareciese durante una ceremonia fúnebre.

Se ha encontrado alguna de estas personas entre los detenidos, y también entre los inspectores y los agentes. Durante el interrogatorio prendían una vela al buen dios del Reich, y en el 400 prendían otra al diablo bolchevique. Frente al comisario alemán, te ha roto los dientes, para arrancarte a fuerza de golpes el nombre de tu enlace, y en el 400 te ha ofrecido amistosamente pan para calmar tu hambre. Durante el procedimiento ha saqueado por completo tu departamento, para después darte a escondidas, en el 400, la mitad de un cigarrillo de su botín, como demostración de sus buenos sentimientos. Otros, y éstos sólo son una variante de la misma especie, no han hecho jamás daño a nadie por propia iniciativa, pero tampoco han ayudado nunca a nadie. Jamás han pensado más que en sí mismos. Su sensibilidad es un excelente barómetro político. ¿Se muestran muy reservados y secamente

oficiales? Puedes estar seguro de una cosa: los alemanes avanzan hacia Stalingrado. ¿Son amables y entablan conversaciones con los detenidos? La situación es favorable. Seguramente los alemanes han sido rechazados en Stalingrado. ¿Comienzan a hablar de su antiguo origen checo y de cómo se han visto obligados a entrar al servicio de la Gestapo? Excelente. Con seguridad que el Ejército Rojo avanza ya sobre Rostov. Y aun otros de la misma especie que guardan sus manos en los bolsillos cuando ven que te ahogas, pero que te dan complacientemente la mano cuando estás por salir del apuro por tus propios medios. Esta especie de gente ha sentido la cohesión del 400 y ha intentado aproximársele porque ha apreciado su fuerza, pero jamás formó parte de él. Había también otra especie de seres que no tenían ni idea de la existencia de esa comunión; yo los llamaría asesinos, pero los asesinos pertenecen, a pesar de todo, al género humano. Me refiero a las fieras de idioma checo, que con el garrote y el hierro en la mano torturaban a los detenidos checos, a tal punto que varios comisarios alemanes terminaban por no poder soportar el espectáculo. No han tenido ni la excusa hipócrita de la lucha por su pueblo o por el Reich. Han torturado y asesinado por voluptuosidad; han roto los dientes y perforado los tímpanos, han saltado los ojos, despedazado los órganos sexuales, abierto la cabeza y golpeado hasta la muerte a los torturados, empujados por una crueldad sin otro móvil que la crueldad misma. Los viste todos los días, estabas obligado a soportar a diario su presencia, que impregnaba la atmósfera de sangre y estortores de agonía; sólo te ha sostenido tu profunda fe, la certidumbre de que, aunque asesinen a todos los testigos de sus crímenes, no podrán escapar a la justicia.

Al lado de ellos, en la misma mesa, iguales al parecer, y con la misma jerarquía, se sentaban hombres que merecían una H mayúscula. Hombres que aplicaron el reglamento de la prisión a favor de los prisioneros, que ayudaron a formar la comunidad del 400 y que le pertenecían con todo su corazón y con toda su audacia. Su generosidad es tanto más meritoria por cuanto antes, prestando servicios en la policía checa, habían trabajado contra los comunistas. Pero al verlos luchar contra la ocupación, reconocieron su fuerza y la importancia del comunismo para el pueblo, y desde ese momento han ayudado fielmente a cada uno de aquellos a quienes veían permanecer fieles hasta en los bancos de la prisión. Son muchos los militantes de afuera que vacilarían si conocieran los horrores que les esperan en caso de caer en las manos de la Gestapo. Pero éstos han tenido esos horrores bajo sus ojos todos los días, a todas las horas.

Cada día, a cada hora, corrían el riesgo de que los pusieran junto a los otros detenidos para someterlos a sufrimientos peores. Y, sin embargo, no han vacilado. Ayudaron a salvar la vida de millares y aliviaron la suerte de aquellos cuya vida era imposible salvar. Sin su ayuda el 400 no hubiera podido ser jamás lo que fue y lo que miles y miles de comunistas conocieron: un lugar claro en la casa oscura y tétrica, la trinchera a espaldas del enemigo, el centro de la lucha por la libertad en la misma guarida de los ocupantes.

CAPITULO V

LAS FIGURAS Y LOS FIGURINES

Sólo os pido una cosa: si sobrevivís a esta época, no olvidéis. No olvidéis a los buenos ni a los malvados. Reunid con paciencia los testimonios de quienes cayeron por ellos y por vosotros. Un buen día, el hoy será el pasado, y se hablará de una gran época y de los héroes anónimos que han hecho historia. Quisiera que todos supiesen que no hay héroes anónimos. Eran seres con nombres, con rostros, con deseos y esperanzas, y el dolor del último entre los últimos no fue menor al del primero, cuyo nombre se venerará. Desearía que todos ellos os sean próximos, como seres que hubierais conocido, como miembros de vuestra familia, como vosotros mismos.

Se ha exterminado a familias enteras de héroes. Venerad, al menos, a uno de ellos como si fuese un hijo o una hija, y sentíos orgullosos de él como de un gran hombre que vivió para el porvenir. Cada uno de los que han servido fielmente al futuro y cayeron para que éste fuera hermoso, es una figura esculpida en la piedra. Y cada uno de los que con el polvo del pasado quisieron construir una barrera contra la inundación de la revolución, no es más que un figurín de madera podrida, aunque tenga los brazos cargados de galones dorados. Pero también es necesario observar a los figurines vivientes en su infamia e imbecilidad, en su crueldad y ridiculez,

porque es material que nos alecciona para el futuro.

Lo que yo puedo continuar contando sólo es ese material, la declaración de los testigos. Es incompleto y sin perspectivas, como he podido verlo desde mi pequeño sector, pero hay aquí rasgos de un real parecido con la vida, los rasgos de las figuras pequeñas y grandes y de los figurines.

Los Jelinek

José y María. El, electricista; ella, sirvienta. ¿Su hogar? Muebles modernos, lisos y sencillos, una pequeña biblioteca, una estatuilla, algunos cuadros en las paredes y una limpieza increíble. Tú dirías que el alma entera de ella está encerrada en ese pequeño mundo y que no se preocupa por ninguna otra cosa. Y, sin embargo, trabajaba desde mucho tiempo atrás en el Partido Comunista, y tejía a su manera sueños de justicia. Ambos han trabajado tranquilamente, con abnegación, y no se esquivaron cuando la ocupación los obligó a cargar con pesadas responsabilidades. Después de tres años la policía penetró en su casa, y ambos, con las manos en alto, se pararon uno al lado del otro.

El 19 de mayo de 1943

Esta noche ellos se llevan a mi Gusta a Polonia "para trabajar". A las galeras, para morir de tifus. Me quedan algunas semanas, quizás dos o tres meses de vida. Parece que mi expediente ha pasado al tribunal. Ahora habrá tal vez unas cuatro semanas de acusaciones contra mí en la prisión de Pankrác, y luego aún dos o tres meses hasta el fin. Este reportaje no será terminado. Trataré de continuarlo si aún tengo oportunidad en estos días. Hoy no me es posible. Hoy tengo la cabeza y el

corazón llenos de Gustina, de esta criatura tan noble y tan profundamente fervorosa, de esta compañera extraordinaria y abnegada de mi vida azarosa y jamás apacible.

Todas las noches canto para ella una canción que le gustaba: se habla allí de hierba verde azulada, de una estepa llena de leyendas gloriosas, de luchas de guerrilleros, de una mujer cosaca que pelea junto a los hombres para reconquistar la libertad; refiere su valor y cómo durante una batalla *jej podnatsjas zemli neprislos* (no pudo levantarse más).

Vot moj druzok bojevoj! (¡Ah, mi compañero de lucha!) ¡Cuánta fuerza hay oculta en esa grácil criatura de rasgos firmes, de grandes ojos infantiles henchidos de tanta ternura! La lucha, las continuas separaciones, han hecho de nosotros eternos amantes, que no una, sino cien veces, viven los momentos fervientes de las primeras caricias, de los primeros conocimientos. Y, sin embargo, nuestro corazón late siempre al unísono, no somos más que uno en las horas de dicha o de angustia, de excitación o de pena.

Durante años hemos trabajado juntos y nos hemos ayudado mutuamente como sólo un camarada sabe ayudar a otro; durante años ella ha sido mi primer lector y mi primer crítico, y a menudo me costaba escribir cuando no sentía detrás de mí su dulce mirada; durante años hemos militado uno al lado del otro en las luchas frecuentes, y durante años hemos vagado tomados de la mano por los sitios que amábamos. Hemos conocido muchas dificultades y vivido grandes alegrías porque éramos ricos con la riqueza de los pobres. La riqueza que se lleva dentro.

¿Gusta? Les diré cómo es Gusta:

Fue durante el estado de sitio, hacia la mitad de junio del año pasado. Me vio por primera vez a las seis semanas de nuestro arresto, luego de esos

días llenos de sufrimientos, cuando sola en su celda pensaba en las noticias que le anunciaban mi muerte. La llamaron para ablandarme.

—Hágalo entrar en razón —le decía el jefe de la dirección durante el careo—. Háblele, que sea razonable. Si no piensa en sí mismo, que por lo menos piense en usted. Tienen una hora para reflexionar. Si a pesar de todo no cede, ambos serán fusilados esta misma noche.

Ella me acarició con una mirada y respondió simplemente:

—Señor comisario: eso no es una amenaza para mí, es mi último deseo. Si lo ejecutan a él, ejecútenme a mí también.

¡Así es Gusta! ¡Amor y firmeza!

Pueden quitarnos la vida, ¿no es cierto, Gusta?

Pero nuestro honor y nuestro amor, no. No pueden.

¿Podéis imaginar, amigos míos, cómo viviríamos si nos volviéramos a encontrar después de todos estos sufrimientos? ¿Si nos encontráramos de nuevo en la vida libre y bella, la de la libertad y la de creación? ¿Cùando se cumpla lo que tanto hemos deseado, lo que tantos esfuerzos nos cuesta y por lo que ahora vamos a morir?

Pero aun muertos viviremos en un rinconcito de vuestra gran dicha, porque para esa dicha hemos dado nuestra vida. Y eso nos alegra aunque sentimos tristeza al despedirnos de vosotros.

Nos nos han permitido darnos el adiós, ni besarnos, ni estrecharnos la mano.

Sólo la organización de la prisión, que comunica también a la Plaza Carlos con Pankrás,[1] nos da a ambos noticias de nuestra suerte.

Tú lo sabes, Gusta, y yo también lo sé: no nos volveremos a ver. Pero asimismo oigo que me gritas de lejos: "¡Adiós, querido mío!".

[1]Dos prisiones diferentes.

¡Adiós, mi Gusta!

. . . . . .

Mi testamento.

Yo no poseía más que mi biblioteca. La Gestapo la destruyó.

He escrito muchos artículos culturales y políticos, reportajes, estudios literarios, teatrales y de crítica. Muchos de estos t r a b a j o s referíanse a un día dado, morían con él; dejadlos en paz. Pero algunos otros pertenecen a la vida. Yo c o n f i a b a en que Gusta podría reunirlos. Quedan pocas esperanzas. Ruego, pues, al honesto camarada Lada Stoll hacer una selección y publicar cinco libros:

1. Artículos políticos y polémicos.

2. Una selección de reportajes sobre temas nuestros.

3. Una selección de reportajes sobre la URSS.

4 y 5. Artículos sobre literatura y teatro.

Encontrará la mayor parte de esos trabajos en *Tvorbe, Rude Pravo* y otros en *Kmeni, Prameni,* otros en *Prolet-Kultu, Dobe Socialistovi, Avantgarde,* etc.; también en diarios comunistas en poder de antifascistas e intelectuales progresistas.

En casa del editor Girgal (al que admiro por la audacia demostrada al publicar mi libro *Bozéna Nemcová*), los manuscritos del estudio sobre Julius Zeyer. En algún rincón de la casa que hace tiempo habitaron los Jelinek, los Visisil y los Suchánek (hoy muertos casi todos), están escondidas una parte de mi trabajo sobre Sabina y las notas sobre Jan Neruda.

Había empezado una novela sobre nuestra generación. Dos capítulos están en casa de mis padres; el resto, destruido, sin duda. He visto los manuscritos de algunos cuentos en el expediente de la Gestapo.

Al crítico literario que va a nacer lego mi amor por Jan Neruda. Es nuestro mejor poeta, el

que vio por encima de nosotros en el porvenir. Pero aún no tenemos ningún crítico capaz de comprenderlo y de apreciarlo. Hay que destacar el Neruda proletario. Se le ha pegado a los faldones una etiqueta del idílico Malá Strana (antiguo barrio de la pequeña burguesía), sin darse cuenta de que justamente este antiguo barrio idílico de Malá Strana lo consideraba un granuja; que nació en los límites de Smichov, en un medio obrero, y que para ir al cementerio de Malá Strana para sus *Flores del Cementerio* estaba obligado a pasar frente a las usinas de Ringhofer. Sin eso no comprenderán a Neruda, desde *Flores del Cementerio* hasta el folletín del 1.º de Mayo de 1890. Todos —hasta un hombre clarividente como Salda— han visto en el trabajo periodístico de Neruda un cierto freno a su labor poética. Esto no tiene sentido, puesto que el Neruda periodista ha sido capaz de escribir obras tan magníficas como *Baladas y Romances* o las *Canciones del Viernes*, y la mayor parte de *Motivos Simples*.

El trabajo periodístico agota a menudo a su hombre; quizá lo dispersa un poco, pero lo une al lector, le enseña a crear hasta en poesía, sobre todo cuando se trata de un periodista tan honesto. Sin los diarios, viviendo de un día para el otro, es posible que Neruda hubiera escrito muchos volúmenes de poemas. Pero ninguno podría sobrevivir a su siglo como sobrevivirán todas sus obras.

También el libro de Sabina quizá podría ser terminado por alguien. Lo merecería.

A mis padres, por su amor y su sencilla nobleza, hubiera deseado asegurarles con mi trabajo, hecho también para ellos, un otoño asoleado. Que no se sientan tristes por el hecho de no tenerme consigo. "El obrero es mortal, el trabajo sigue viviendo"; en el calor y la luz que los rodearán, yo estaré siempre junto a ellos.

Ruego a mis hermanas Liba y Verka hagan olvidar, con sus cantos, a mi padre y a mi madre que hay un vacío en nuestra familia. Ellas han tragado bastantes lágrimas cuando venían a vernos en las horas de visita del Palacio Petschek. Pero la alegría vive en ellas, y por eso las quiero, y por eso nos queríamos todos. Son sembradoras de alegría; que jamás dejen de serlo.

A los camaradas que sobrevivan a esta última batalla les estrecho fuertemente la mano. Por Gusta y por mí. Nosotros hemos cumplido con nuestro deber.

Y lo repito una vez más: hemos vivido por la alegría, por la alegría hemos ido al combate y por la alegría morimos. Que la tristeza no sea unida nunca a nuestros nombres.

19-5-43. *J. F.*

22 DE MAYO DE 1943

Concluido y firmado. En el juzgado de instrucción, mi asunto está listo desde ayer. Esto marcha aun más rápidamente de lo que suponía. Parece que en este caso hay alguna razón que los apura. Lida Plachá y Mirek son acusados conmigo; a él de nada le valió el haber hablado.

En el juzgado de instrucción todo era correcto y frío hasta helar los huesos. En la Gestapo había algo de vida, algo terrible, pero vida de todos modos. Había pasión, la pasión de los combatientes, de los cazadores de fieras por un lado, y por el otro la de los simples bandidos. Muchos de los de ese sector tenían una especie de convicción. En el juzgado de instrucción sólo había burocracia: grandes insignias con la cruz gamada proclamando convicciones que interiormente les faltaban. Son los escudos tras los que se esconden los empleadillos decididos a sobrevivir de un modo u otro a los tiempos difíciles. No son buenos ni malos con los

acusados. No sonríen, no gruñen. Se limitan a papelear. No tienen sangre; sólo una sopa aguada.

Ellos han terminado de escribir, está firmado, y han encerrado todo en párrafos. Hay seis veces crimen de alta traición, varios complots contra el Reich, la preparación de un levantamiento armado, y no sé qué más aún. Una sola de esas acusaciones habría sido suficiente.

Durante trece meses he luchado aquí por la vida de los otros y por mi propia vida. Luché con audacia y con astucia. Los nazis han incluido en su programa una "astucia nórdica". Creo haberme desenvuelto bien también en eso. Si fui vencido, es por la sencilla razón de que además ellos tenían un hacha en la mano.

Esta lucha está terminada. Empieza ahora el período de espera. Dos, tres semanas para la preparación de la acusación; luego el viaje al Reich, la espera de la sesión del tribunal, la condena, y, por fin, cien días de espera hasta la ejecución. Es una perspectiva. Quizá cuatro o cinco meses más. Durante ese tiempo, muchas cosas pueden cambiar. No puedo saberlo desde aquí. Pero el desarrollo más rápido de los sucesos exteriores también puede acelerar nuestro fin. Y así todo se equilibra.

Es una carrera de la esperanza con la guerra. La carrera de la muerte con la muerte. ¿Qué vendrá primero: la muerte del fascismo o mi propia muerte? ¿Esta me incumbe a mí solamente? Oh, no. Lo mismo preguntan millares y millares de prisioneros, millones y millones de soldados, decenas de millones de hombres y de mujeres en Europa y en el mundo entero. Unos tienen más esperanzas, otros menos, pero eso no tiene importancia. Los horrores con que el régimen capitalista en descomposición ha inundado al mundo amenazan a todos al máximo. Centenares de miles de hombres, ¡y qué hombres!, van a caer aún antes que los sobrevivientes puedan decir: "Sobreviví al fascismo".

Ahora sólo los meses decidirán esto, y pronto serán los días. Pero ésos serán justamente los más crueles. Yo he pensado siempre en lo triste que resulta ser el último soldado herido en el corazón por la última bala y en el último segundo. Pero alguno tiene que ser ese último. Si supiera que puedo ser yo, querría serlo aún ahora.

. . . . . .

El poco tiempo que me resta estar en la prisión de Pankrác ya no me permite dar a este reportaje la forma que debería tener. Debo ser más conciso. Mi reportaje será más bien el testimonio de los hombres que de toda una época. Creo que es más importante.

Comencé estos retratos con el matrimonio Jelinek, gente sencilla, que en época normal no hubieras tomado por héroes. En el momento de ser arrestados estaban uno al lado del otro, con las manos en alto, pálido él, y ella con dos manchas rojas de tísica en los pómulos. Los ojos de ella se espantaron un poco cuando vio a la Gestapo transformar el orden ejemplar de su casa en un cuadro de desolación y desorden. Luego volvió dulcemente la cabeza hacia su marido, preguntándole:

—José, ¿qué sucederá ahora?

El solía economizar sus palabras; le costaba encontrarlas, y hablar lo inquietaba. En ese momento respondió tranquilamente y sin esfuerzo:

—Vamos a morir, Marieta.

Ella no gritó, no vaciló tampoco. Sólo tuvo un hermoso gesto: bajó la mano y la tendió a su marido frente a los caños de las pistolas, que seguían apuntándoles. Ese gesto le valió a ella, y también a su marido, el primer golpe en la cara. Se enjugó el rostro, y mirando a los intrusos con cierto asombro y casi cómicamente:

—Muchachos tan buenos mozos —dijo, y acentuando las palabras—: ¡tan buenos mozos... y tan brutos!

Los apreció en su justo valor. Algunas horas después la sacaron de una oficina de un comisario, quien realizó el "interrogatorio" azotándola casi hasta hacerle perder el conocimiento. Pero, pese al castigo, no consiguieron arrancarle ni una palabra. Ni en ese momento ni después.

Nada sé de lo que ocurrió con ellos durante el tiempo que pasé tendido en mi celda imposibilitado de ser interrogado. Sólo sé que durante todo ese tiempo no dijeron nunca nada. Me esperaban. ¡Cuántas veces aún José fue maniatado y cuántas golpeado, golpeado y golpeado! Pero nada ha dicho antes de que yo pudiera decirle, o al menos indicarle con la mirada, lo que podía decir o cómo declarar para desorientar su investigación.

Ella era sentimental hasta las lágrimas. Así la había conocido antes del arresto. No obstante, durante toda su estada en la Gestapo no vi nunca una lágrima en sus ojos. Adoraba su casa. Pero cuando los camaradas de afuera, por darle una satisfacción, le hicieron decir que sabían quién les había robado los muebles y que los vigilaban, respondió:

—¡Al diablo con los muebles! Que no pierdan su tiempo en eso. Deben ocuparse de cosas más importantes y también deben trabajar en lugar nuestro. Ante todo hay que poner en orden lo más importante; que si sobrevivo a esto, yo misma sabré cómo poner orden en mi casa.

Un día se los llevaron a ambos, cada uno por su lado. En vano he tratado de averiguar algo de ellos. Porque en la Gestapo las gentes desaparecen sin dejar rastros, sembradas en miles de cementerios diferentes. ¡Ah, qué cosecha saldrá de esta siembra terrible!

El último mensaje de ella fue:

—Patrón, diga a los de afuera que no me lloren y que no se dejen aterrorizar por esto. He hecho lo que me ordenaba mi deber de obrera, y por eso voy a morir.

Era "solamente una sirvienta". No tenía ninguna erudición clásica, y por eso no pudo saber que eso ya había sido dicho antes:

Peregrino, anuncia a los lacedemonios que aquí yacemos muertos, como las leyes nos lo han ordenado.

Los Vysusilovi

Vivían en la misma casa, puerta con puerta con los Jelinek. Ellos también se llamaban José y María. Una pequeña familia de empleados subalternos, algo más viejos que sus vecinos. Cuando fue movilizado durante la Primera Guerra Mundial, era un muchachón del barrio Nusle. Algunas semanas después lo traían a su casa con una rodilla fracturada, que no se curó nunca. Se conocieron en un hospital de Brno, donde ella era enfermera. Ella le llevaba ocho años, había hecho un mal casamiento, y ahora el larguirucho "empleado subalterno" de los ferrocarriles y esa "pequeña señora" Vysusil se hallaban complicados en algo prohibido.

El fue arrestado poco tiempo después que yo, y me causó terror verlo aquí la primera vez. ¡Todo corría peligro si él hablaba! Pero no habló. Fue traído por algunos manifiestos que había hecho leer a un amigo, y todo quedó en esa cuestión de los panfletos.

Pasados algunos meses, cuando por la indisciplina de Pokorny y de la mujer Pixová se supo que Honza Cerny vivía en casa de la hermana de la señora Vysusil, durante dos días "interrogaron" a su manera a José para arrancarle los rastros del último "mohicano" de nuestro Comité Central. Al tercer día llegó al cuarto 400 y se sentó con precaución, pues en carne viva es endiablado sentarse; le dirigí una mirada ansiosa, interrogándolo, y para

darle valor. Me respondió alegremente, con soltura arrabalera:

—Cuando la cabeza no quiere, ni la boca ni el culo hablan.

Conocí bien a esta pequeña familia, sé hasta qué punto se querían, de qué manera se extrañaban cuando tenían que estar separados uno del otro aunque fuera sólo por uno o dos días. Ahora pasaban los meses. ¡Qué triste le parecería la vida en ese hogar acogedor, en lo alto del barrio Michle, a una mujer sola, en la edad en que la soledad es tres veces más difícil de soportar que la muerte! ¡Cuántos sueños habrá forjado pensando en ayudar a su marido y recomenzar el pobre idilio en que se llamaban, un poco ridículamente, por lo demás, papacito y mamacita! Y ella ha encontrado de nuevo un solo camino: continuar en su trabajo, por ella misma y por él.

La víspera de Año Nuevo, sentada sola frente al retrato de él, esperó que sonara la medianoche, y entonces bebió a la salud de José, por su regreso, porque él pudiera alcanzar el día de la liberación.

Un mes más tarde también ella fue arrestada. Muchos, en su caso, hubieran temblado. Porque ella era agente de enlace de las relaciones con el exterior.

No ha dicho una sola palabra.

No torturaron su cuerpo porque tenía poca salud, y se les hubiera muerto entre las manos. La torturaron de una manera peor: atacando su imaginación.

Algún tiempo antes de ser arrestada enviaron a su marido a "trabajar" a Polonia. Y le repetían a ella:

—Allí la vida es dura hasta para la gente más sana, y su marido es inválido. No lo podrá soportar. Morirá en cualquier parte y no lo volverá a ver. ¿Dónde irá a buscar usted a alguien para reemplazarlo a su edad? Sea razonable, díganos lo que sabe y se lo devolveremos.

"¡Va a morir allá, en cualquier parte! . . . ¡Mi José! ¡Mi pobre desdichado! ¡Y quién sabe de qué muerte! Han matado a mi hermana, están por matar a mi marido, y quedaré completamente sola, sí, a mi edad. . . Sola, abandonada hasta la muerte. . . Y yo podría salvarlo, ellos me lo devolverían. . . , sí, pero ¿a qué precio? Ya no sería yo, ni él mi papacito. . ."

Y no dijo ni una palabra.

Desapareció en uno de los transportes anónimos de la Gestapo. Poco después se supo que José había muerto en Polonia.

Lida

La primera vez que fui a casa de los Baxá era de noche. Sólo estaban en la casa Josefina y una criatura delgada, de ojos vivos y chispeantes, que se llamaba Lida. Era aún una niña; contemplaba mi barba con curiosidad, contenta de que conmigo hubiera entrado en la casa un elemento nuevo e interesante con el que se podría charlar algunas veces.

Nos hicimos amigos rápidamente. Con asombro supe que esta niña tenía casi diecinueve años, que era media hermana de Josefina, que su apellido era Plachá (tímida), aunque tenía poco de su nombre; que era actriz aficionada y adoraba el teatro.

Me convertí en su confidente. Con esto reconozco que ya me trataban como a un señor de edad;[1] me confesó sus sueños y sus penas juveniles, y recurrió a mi arbitraje en los casos de litigio con

[1]En esa época, cuando vivió escondido en casa de los Baxá, Fucik se dejaba la barba, para transformarse luego en el respetable "Profesor Horak". (N. del T.)

su hermana o su cuñado. Porque era atropellada, como suelen serlo las muchachas, y mimada como hija menor.

Cuando salí de la casa por primera vez, después de seis meses, para pasear un poco, ella me acompañó. Un señor de edad, cojo, se hacía notar menos paseando con su hija que si paseara solo. Era más fácil que miraran tras ella que tras él. Por esa razón me acompañó también en mi segundo paseo. Fue a una entrevista clandestina, y también a mi primer alojamiento clandestino; y así, como lo dice ahora la acusación, sucedieron naturalmente las cosas: llegó a ser mi agente de enlace.

Lo hizo con gusto. No se ocupaba demasiado de lo que eso significaba, ni para qué servía. Era algo nuevo, interesante, algo que no hace todo el mundo, y con cierto sabor de aventura. Eso le bastaba.

Mientras sólo se trató de p e q u e ñ o s asuntos, preferí no decirle más. En caso de arresto su inocencia la hubiera protegido mejor que la conciencia de su "culpabilidad".

Pero Lida se familiarizó con su trabajo. Pronto supo hacer algo más que ir hasta lo de Jelinek con un mensaje cualquiera. Ahora debía saber de qué se trataba. Empecé, pues. Era una clase, una clase dada con toda regularidad. Y Lida aprendía con gusto y rápidamente. A primera vista parecía la misma muchacha alegre, inconsecuente, hasta un poco traviesa, pero en lo profundo de su ser se insinuaba un cambio. Pensaba. Crecía.

Durante una acción conoció a Mirek. Este había hecho ya un trabajo importante, y lo sabía contar bien. Supo imponerse a ella. Sin duda ella no captó al principio el fondo de su carácter, pero tampoco lo conocí yo. Lo importante fue que por su trabajo, por su aparente convicción, le fue más agradable que todos los otros jóvenes.

Este sentimiento germinó con rapidez en ella, y las raíces se arraigaron profundamente.

Al comienzo del año 1942 empezó a hablar de manera encubierta de su afiliación al Partido. Nunca la había visto tan turbada. Jamás había tomado nada tan en serio. Dudé todavía y continué su instrucción. Y seguía examinándola.

En febrero de 1942 su adhesión al Partido era aceptada directamente por el Comité Central. De vuelta a la casa, en una noche glacial, ella, que charlaba siempre, se mantuvo callada. Por fin, casi al llegar, se paró de golpe, y despacito, tan despacito que se podía oír quebrar cada cristal de nieve, me dijo:

—Sé que este día es el más importante de mi vida. Desde ahora ya no me pertenezco. Prometo no faltar a mi deber, pase lo que pase.

Han pasado muchas cosas. Ella no ha fallado.

Continuó conservando el enlace con la dirección. Se le encomendaron las tareas más peligrosas. Restablecer contactos perdidos y salvar otros amenazados. Si el dique de seguridad "ardía", iba Lida deslizándose como una anguila. Hacía todo eso con su manera de siempre y con una inconsciencia sonriente, bajo la cual su sentido de la responsabilidad estaba ya sólidamente afirmado.

Fue arrestada un mes después de nosotros. Mirek atrajo la atención sobre ella con sus charlas, y fue fácil probar que había ayudado a su hermana y a su cuñado a huir y pasar a la ilegalidad. Meneando la cabeza, representó perfectamente el papel de una muchacha inconsciente, que no tiene ninguna noción de haber hecho algo prohibido que puede acarrearle graves consecuencias.

Sabía mucho, pero no dijo nada. A su alrededor todo había cambiado: las tareas y los métodos de trabajo. Pero para ella el deber de un miembro del Partido no podía cambiar: el deber de no que-

darse de brazos cruzados cualquiera fuese el sector de lucha. Dirigió cuanto se le encomendó con abnegación, rapidez y precisión. Cuando era necesario salir de una situación embrollada para salvar a alguien, Lida cargaba con la "culpabilidad" del otro. En la prisión de Pankrác ella fue la "responsable" de nuestro corredor, y decenas de personas que no la conocen le deben el no haber sido arrestadas. Un mensaje encontrado casi un año después puso fin a su "carrera".

Ahora va con nosotros al Reich. Es la única de nuestro gran grupo que tiene la esperanza fundada de recobrar la libertad. Es joven. Si nosotros ya no estamos, no dejéis que se pierda. Aún tiene mucho que aprender. Enseñadle, no la dejéis estancarse. Y dirigidla. No permitáis que se envanezca o se contente con lo que ya ha hecho. Fue probada en los momentos más difíciles, pasó por el fuego y demostró gran temple.

Mi comisario

Este no pertenece a las figuras, pero es un figurín interesante, con un poco más de envergadura que los otros.

Retrocedamos unos diez años al Café Flora, de Vinohrady. Al hacer sonar las monedas sobre la mesa o al grito de: "Mozo, la cuenta", tenías inmediatamente a tu lado a un tipo alto y moreno, que andaba entre las sillas tan silenciosa y rápidamente como una lombriz acuática. Tenía los movimientos suaves y ligeros, y los ojos penetrantes de la fiera que ve todo. No era necesario expresar los deseos; él mismo señalaba al mozo: "¡Tercera mesa, una crema blanca, grande!... La ventana de la izquierda, masas y el diario *Lidové Noviny*".

Para la clientela era un buen *maître d'hôtel*, y para los demás empleados, un buen colega.

En esa época yo aún no lo conocía bien; lo conocí verdaderamente mucho más tarde, y cuando, en casa de los Jelinek, y teniendo en la mano una pistola en lugar del habitual lápiz, me señaló, diciendo:

—Este es el que más me interesa.

La verdad es que nos interesamos mutuamente. Tenía una inteligencia natural y una ventaja sobre los otros: el "olfato" para adivinar a la gente. Si hubiera pertenecido a la policía del crimen, esto le habría valido muchos éxitos, pues los ladronzuelos o asesinos desclasados y aislados, que no tienen otra preocupación que salvar el pellejo, no hubieran vacilado en confesarse ante él. Pero a las garras de la policía política llegan muy pocos de esos tipos "sálvate como puedas" y la astucia policíaca no se mide solamente con la de la pieza capturada, sino con otra fuerza muchísimo mayor: con la convicción y la prudencia de la comunidad a que pertenece. Y contra eso de nada valen ni la astucia ni los golpes.

En "mi comisario" no podríais encontrar convicciones propias y firmes. Ni en él ni en los otros. Y si por casualidad alguno tuviera una convicción, iría unida a la estupidez, no a la inteligencia ni al conocimiento de las ideas ni de las personas.

Si a pesar de eso ellos consiguen éxitos a veces, en realidad es porque la batalla dura desde hace mucho, y en un espacio muy limitado, en condiciones incomparablemente más difíciles que una situación ilegal cualquiera. Los bolcheviques rusos decían que un buen militante es aquel que se mantiene dos años en la ilegalidad, y eso que si el suelo ardía bajo sus pies en Moscú podían

huir a Petrogrado, y de Petrogrado a Odessa, o perderse entre los millones de habitantes de esas grandes ciudades, donde nadie los conocía. Pero aquí solamente tenemos a Praga; Praga, donde la mitad de la gente os conoce, y donde puede concentrarse toda una jauría de provocadores. Y asimismo nos hemos sostenido durante años, y hasta hoy camaradas que están viviendo su quinto año de ilegalidad sin que la Gestapo los haya descubierto. Y esto es así porque aprendimos mucho, pero también porque, si bien el enemigo es poderoso y cruel, lo único que sabe es destruir.

En la sección II A I son tres los que tienen la reputación de implacables destructores del comunismo, y llevan la cinta negra-blanca-roja por el valor demostrado en la guerra contra el enemigo interior: Friedrich, Zander y "mi comisario", Joseph Böhm. Poco les importa el nacionalsocialismo de Hitler; no pelean por una idea política, pelean por sí mismos. Cada uno a su manera.

Zander —un hombrecillo mezquino, con la bilis siempre revuelta— es quizá el que más sabe sobre los métodos policiales, pero sabe más de operaciones financieras. Fue trasladado a Berlín por unos meses, pero insistió en volver a Praga. El servicio en la capital del Reich era para él una degradación y una pérdida financiera: un empleado colonial en Africa o en Praga es un señor más poderoso y tiene mejores ocasiones de poner dinero en las cajas de seguridad de los Bancos. Es activo, le gusta interrogar durante las horas de la comida, para demostrar su celo, y tiene buena necesidad de hacerlo para que no se advierta que fuera de su actividad oficial pone más celo aún. Desgraciado del que caiga en sus manos y más desgraciado todavía si tiene en su casa acciones o libreta de ahorro. Debe morir lo más pronto posible, pues las libretas de ahorro y las acciones

son la pasión de Zander. Está considerado como el empleado más capaz... en esa especialidad. En eso se diferencia de su ayuda de campo e intérprete checo, Smola, un *gentleman*: no pide la vida si recibe la bolsa.

Friedrich, un tipo alto, flaco y moreno, tiene ojos malignos y sonrisa perversa. Llegó a Checoslovaquia por primera vez el año 1937, como espía de la Gestapo, para ayudar a ejecutar a camaradas alemanes emigrados. Porque su pasión son los muertos. El no conoce inocente. Quien pasa el umbral de su oficina es culpable. Le gusta anunciar a las mujeres que sus maridos han muerto en el campo de concentración o han sido ejecutados. Se complace en mostrar a los detenidos siete pequeñas urnas que saca del cajón de su escritorio:

—Estos siete fueron muertos con mis propias manos, tú serás el octavo.

(Ahora ya son ocho, porque mató a Jan Ziska.) Le gusta hojear antiguos expedientes y donde encuentra muertos dice con satisfacción: "¡Arreglado, arreglado!" Y se complace en torturar, especialmente a las mujeres. Su afición al lujo no es más que un motor auxiliar de su actividad policíaca. Un departamento *chic* o una tienda simplemente, aceleran tu fin; nada más.

Su ayuda de campo checo, Nergr, tiene media cabeza menos de estatura que él. Aparte de eso, no se diferencia en nada.

Böhm —"mi comisario"— no tiene pasión por el dinero ni por los muertos, aunque en ese sentido su prontuario no sea menos abultado que el de los anteriores. Es un aventurero a quien consume el deseo de "ser alguien". También él trabajaba para la Gestapo desde hacía tiempo. Era mozo de hotel en el salón "napoleónico" y estuvo presente en las conferencias privadas de Beran.

Lo que el mismo Beran[1] no dijo a Hitler, se lo dijo Böhm. ¡Pero qué es eso comparado al placer de la caza del hombre, de saberse dueño de su vida y de su muerte, de tener en las manos la suerte de familias enteras!

Para dejarlo satisfecho no siempre era necesario que las cosas terminaran tan lúgubremente. Pero si no le era posible destacarse de otra manera, se podía esperar lo peor. Porque ¿de qué valen la belleza y la vida comparadas con la gloria de un Eróstrato?[2]

El solo organizó una red de provocadores que posiblemente fuera la más amplia de todas. Un cazador con una gran jauría de perros de caza. Y cazaba. Muchas veces por el solo placer de cazar. A menudo los interrogatorios lo aburrían. Su obra maestra era el arresto. Y luego le gustaba contemplar a la gente que esperaba su decisión. Una vez arrestó a doscientos conductores de tranvía en Praga y a los choferes y guardas de autobús y trolebús, a los que cazó en sus propios coches, deteniendo el tráfico y sembrando el pánico en los transportes. Se sintió dichosísimo. Luego puso en libertad a ciento cincuenta, satisfecho de pensar que en ciento cincuenta familias se hablaría de él como de un hombre bueno.

En general le tocaron asuntos comunes, de esos que se arrastran durante largo tiempo. Yo, a quien él atrapó por casualidad, era una excepción. "Eres mi caso más importante", me decía a menudo, sinceramente; y se enorgullecía de que yo

[1]El Laval checo, uno de los dirigentes agrarios reaccionarios, que después fue presidente del Consejo de Ministros del Protectorado checo.

[2]Pastor de Efeso, que para hacerse célebre incendió el Templo de Diana, en Efeso, considerada una de las siete maravillas del mundo. (N. del T.)

estuviera clasificado entre los casos más importantes. Es posible que también esto haya prolongado mi vida.

Ambos nos mentíamos mutuamente sin interrupción, con cuidado y precisión. Yo me daba cuenta siempre, él sólo algunas veces. Y cuando las mentiras eran demasiado evidentes, pasábamos a otra cosa como por un convenio tácito. Creo que su insistencia se debía, más que al deseo de saber la verdad, a la preocupación de no estropear su "gran caso".

No consideraba el garrote y los hierros como los únicos recursos del interrogatorio. Prefería hablaros confidencialmente, o insistir o amenazar, según el caso y la apreciación de "su" hombre. No me torturó nunca, salvo quizá la primera noche; pero cuando eso le convenía, me prestaba a los otros con ese objeto.

Decididamente era más interesante y complicado que todos los demás, su imaginación era más rica y sabía utilizarla. Fuimos juntos a Branik[1] a una cita inventada. Estábamos allí sentados en un cafetín y mirábamos pasar a la gente.

—Te hemos detenido y mira, ¿qué ha cambiado por eso? La gente camina como antes, ríe o tiene las mismas preocupaciones de antes, el mundo sigue marchando como si jamás hubieras existido. Seguramente habrá algunos de tus lectores entre los que pasan, ¿crees que por tu causa tendrán una arruga más?

Otra vez, después de un interrogatorio que duró un día, me metió en un auto y me condujo, atravesando la Praga nocturna, hasta Hradcany, subiendo por la calle Neruda:[2]

[1]Arrabal praguense.

[2]El viejo barrio del castillo situado en las alturas de la ciudad.

—Bien sé que amas a **Praga**. Mírala bien. ¿Es que verdaderamente no quieres volver a ella? ¡Es tan hermosa! Y seguirá siéndolo cuando tú ya no existas.

Representaba bien el rol del Tentador. En esa noche de verano se respiraba ya la proximidad del otoño y Praga aparecía azulada y húmeda como la uva madura, embriagadora como el vino; yo hubiera deseado seguir mirando hasta el fin del mundo, pero lo interrumpí:

—Y será más hermosa aún cuando ustedes ya no existan.

Rió brevemente, no con malignidad, sino más bien con tristeza, y me dijo:

—Eres cínico.

Más tarde recordó muchas veces esa noche:

—Cuando ya no existamos nosotros... ¿Entonces, aún no crees en nuestra victoria?

Me lo preguntó porque él mismo ya no creía en ella. Y escuchó atentamente cuando le hablé de la fuerza e invencibilidad de la URSS. Fue, por otra parte, uno de mis últimos interrogatorios.

LOS TIRADORES — INTERMEZZO

En la puerta de la celda situada frente a la mía cuelga un par de tiradores. Unos tiradores comunes. Esa prenda nunca me gustó. Pero ahora los miro con placer cada vez que alguien abre la puerta de la celda. Son un rayo de esperanza.

Cuando te arrestan, te pegan, a veces hasta matarte; pero antes te quitan cuidadosamente la corbata y el cinturón o los tiradores para evitar que te ahorques (a pesar de que uno puede ahorcarse perfectamente con una sábana). Estos peligrosos instrumentos se guardan en las oficinas hasta el momento en que alguna Parca anónima de la

Gestapo decide que tú seas enviado a otra parte, a trabajar en algún campo de concentración o a la ejecución. Entonces esas prendas te son devueltas muy ceremoniosamente, pero no tienes el derecho de llevarlas a tu celda; debes colgarlas afuera, en la puerta o en el marco de ésta, y allí cuelgan hasta el día en que te vayas, como el signo visible del viaje involuntario de alguno de los habitantes de esa celda. Los tiradores de enfrente aparecieron justamente el día en que supe la suerte operada a Gusta. Ese camarada irá a trabajar también y en el mismo convoy que ella. Aún no ha partido ese convoy. Ha sido demorado porque parece que el lugar previsto para el trabajo fue destruido por los bombardeos (otra hermosa perspectiva). Nadie sabe cuándo saldrá el convoy. Quizá esta misma noche, quizá mañana o dentro de una semana o dos. Los tiradores de enfrente siguen colgados, y cuando los veo, yo sé que Gusta aún está en Praga. Los miro, pues, con alegría, con amor, como a alguien que la estuviera ayudando. Ella gana un día, dos, tres..., quién sabe, quizá ese día pueda salvarla.

En este estado vivimos todos aquí. Hoy hace un mes, hace un año, siempre esperando el mañana en que está fija nuestra esperanza. Tu suerte está echada, te fusilarán pasado mañana. ¡Ah!, pero ¿quién sabe lo que puede pasar mañana? Sólo esperar hasta mañana. Mañana todo puede cambiar, ¡todo es tan inestable! Y pasa el mañana, caen millares de hombres; para esos millares ya no puede haber mañana, pero los vivos continúan viviendo con la esperanza inmutable. Mañana, quién sabe lo que puede ocurrir mañana.

Esa es la fuente de donde provienen los relatos más fantásticos. Cada semana hay un dato color de rosa sobre la terminación de la guerra, que se transmite al oído y que la gente recibe con

la boca abierta; cada semana la prisión de Pankrác susurra una novedad sensacional, bien agradable de creer. Esperanzas falsas que no fortifican, que más bien debilitan los caracteres; el optimismo no debe ser alimentado por la mentira sino por la verdad, por la visión clara de la victoria indudable. Lo esencial es tener la seguridad interior de que este día puede ser el decisivo, que cada uno de los que se ganan puede ser aquel que te transportará por encima de la frontera que separa la vida que no quieres abandonar de la muerte que te amenaza.

La vida humana tiene muy pocos días. Y sin embargo aquí deseas que pasen pronto, más pronto, lo más pronto posible. El tiempo que pasa, el tiempo imperceptible, que te desangra constantemente, aquí es amigo tuyo.

Es curioso. Mañana se vuelve ayer. Pasado mañana se vuelve hoy. Ha pasado otro día.

Los tiradores de la puerta de enfrente cuelgan aún.

CAPITULO VI

EL ESTADO DE SITIO DE 1942

Mayo 27 de 1942.

Fue justamente hace un año.

Del interrogatorio me habían bajado al "cine". Era el viaje diario al cuarto 400: a mediodía, abajo, para la comida traída desde Pankrác; por la tarde, vuelta al cuarto piso. Pero ese día no volvimos a subir.

Estás sentado y comes. Los bancos, colmados de prisioneros, que mueven sus cucharas y mastican. Esto parece casi humano. Pero si en ese momento se volvieran esqueletos todos los que mañana estarán muertos, el tintineo de las cucharas en las escudillas de barro sería ahogado por el crujir de los huesos y el seco rechinar de las mandíbulas. Pero nadie tenía aún la menor sospecha de lo que iba a pasar. Todos alimentaban sus cuerpos para sostenerse aún algunas semanas, meses, años.

Casi se hubiera podido decir: un buen momento. Y de pronto un temporal. Y de nuevo el silencio. Sólo por los rostros de los guardianes se podía adivinar quizá que algo ocurría. Sobre todo al rato, cuando debimos ponernos en fila para marchar a Pankrác. ¡A mediodía! Era algo extraordinario. Un mediodía sin interrogatorio, cuando ya estás cansado de las mismas preguntas para las

que no tienes respuestas, es como un regalo de los dioses. Esto te parece. Pero es otra cosa.

En el corredor nos topamos con el general Elisá. Está excitadísimo. Aunque me encuentra entre el grupo de guardianes, me susurra:

—Estado de sitio.

Los prisioneros sólo tienen fracciones de segundos para las comunicaciones más importantes. A mi muda pregunta, ya no alcanza a responder.

Los guardianes de Pankrác se asombran de nuestra vuelta anticipada. El que me conduce a la celda me inspira más confianza. Aún no sé quién es, pero le digo lo que he oído. Sacude la cabeza. No sabe nada. Quizá he oído mal. Es posible. Me tranquilizo.

Pero viene esa misma noche, y mirando dentro de la celda, me dice:

—Tenía razón. Atentaron contra Heydrich. Gravemente herido. Estado de sitio en Praga.

Otro día nos alinean abajo, en el corredor por el que se va a los interrogatorios. Está entre nosotros el camarada Víctor Synek, el último miembro vivo del Comité Central del Partido, arrestado en febrero de 1941. Un alto carcelero de la prisión, con uniforme SS, agita ante sus ojos un papel blanco, en el que puedes leer en grandes letras: *Entlassungsbefehl.*[1]

Brutalmente, y con risa burlona:

—¡Ya lo ves, judío, te ha valido la pena esperar! La orden de ponerte en libertad... ¡Fik!...

Y señala con el dedo el sitio de la garganta donde se separará la cabeza de Víctor. Otto Synek fue el primer ejecutado durante el estado de sitio de 1941. Su hermano Víctor es la primera víctima del estado de sitio en 1942. Lo llevan a Mauthausen.

[1]Orden de libertad.

Para abatir la caza, como ellos dicen, noblemente.

El viaje desde Pankrác al Palacio Petschek, y el regreso, son ahora un martirio para miles y miles de prisioneros. Los SS que vigilan en los coches toman su "revancha por Heydrich". Antes de que el coche celular haya recorrido un kilómetro, la sangre corre de las bocas y cabezas de los diez prisioneros, heridas abiertas por las culatas de los revólveres. Mi presencia eventual en el coche resulta ventajosa para los otros, porque mi barba tupida atrae la atención de los SS y los incita a bromas ingeniosas. Prenderse a mi barba para aguantar los sacudones del coche se convierte en uno de sus placeres favoritos. Para mí, es una buena preparación para los interrogatorios adaptados al clima actual, y que concluyen con esta frase invariable:

—Si mañana no eres más razonable, serás fusilado.

Esa amenaza ya no tiene nada de horrible. Cada noche oyes el llamado de los nombres en el corredor de abajo: cincuenta, ciento, doscientos hombres que van en los camiones, maniatados, como bestias al matadero, y a los que se transporta a Kobylis para las ejecuciones sumarias. ¿Su culpa? Ninguna culpa especial. Los han detenido. No están complicados en ningún asunto de importancia. No se los necesita como testigos, y es por eso que los matan. Un poema satírico que un camarada ha leído a otros nueve fue causa de su arresto, dos meses antes del atentado. Ahora se los ejecuta por aprobar el atentado. Una mujer fue arrestada hace seis meses bajo sospecha de distribuir volantes ilegales. Ella lo niega. Arrestan entonces a sus hermanas y hermanos, a los maridos de sus hermanas y a las mujeres de sus hermanos, y se los ejecuta a todos, porque la consigna de este estado de sitio es la exterminación de familias enteras. Un

empleado de Correos, detenido por error, espera abajo, junto al muro, que lo pongan en libertad. Oye su nombre, y responde al llamado. Se lo coloca en la fila de condenados a muerte, lo llevan, lo fusilan, y sólo dos días después se constata que sólo se trata de una confusión y que era otro del mismo nombre el que debió ser ejecutado. Se fusila entonces al otro, y todo queda en orden. ¿Verificar cuidadosamente la identidad de aquellos a quienes se piensa quitar la vida? ... ¿A quién se le ocurriría perder su tiempo en eso? ¿Acaso no es superfluo cuando se trata de quitarle la vida a la nación entera?

En las últimas horas de la noche vuelvo del interrogatorio. Abajo, junto al muro, está parado, con una valijita a los pies, Vlad Vancura.[1] Bien sé lo que eso significa. El también. Nos apretamos la mano. Vuelvo a mirarlo otra vez desde lo alto del corredor. Ahí está, con la cabeza ligeramente inclinada y con la mirada perdida, perdida a lo lejos, a través de su vida entera. Una media hora después gritan su nombre...

Algunos días más tarde, en el mismo sitio, junto a la pared: Milos Krásny, un valiente soldado de la revolución, detenido en octubre del año pasado, y a quien ni la tortura ni las astucias pudieron doblegar. Medio apartado del muro, explica tranquilamente algo a uno de los guardianes que están a su espalda; me ve, sonríe, sacude la cabeza en señal de despedida y continúa:

—Todo esto no os servirá para nada. Muchos de los nuestros caerán aún, pero vosotros seréis los vencidos...

Otra vez también, a mediodía. Estamos en la

[1]Uno de los mejores escritores checos, fusilados por los alemanes.

planta baja del Palacio Petschek y esperamos la comida. Traen a Elisá, lleva diarios bajo el brazo, y los señala sonriendo: acaba de leer allí sus vinculaciones con los ejecutores del atentado.

—¡Chismes! —dice brevemente, y se pone a comer.

Por la noche, cuando retorna con nosotros a Pankrác, vuelve a hablar de lo mismo, sonriendo. Una hora más tarde es llevado a Kobylis.

El número de muertos aumenta. Ya no se los cuenta por decenas ni por centenas, sino por millares. El olor a sangre fresca excita a las fieras. Ahora "actúan" durante la alta noche, "actúan" hasta los domingos; todos llevan uniforme SS; ésta es su fiesta, su Sabbat: asesinar. Envían a la muerte a obreros, maestros, campesinos, escritores, funcionarios; matan hombres, mujeres y niños; exterminan familias, incendian y desuelan las aldeas. La muerte a bala limpia recorre el país como una peste y no elige sus víctimas. Y el hombre, ¿qué hace en medio de este terror? Vive.

Parece increíble. Vive, come, duerme, ama, trabaja y hasta piensa en mil cosas que no tienen relación con la muerte. Seguramente soporta sobre su nuca un peso terrible, pero lo lleva sin doblar la cabeza, sin caer.

A mediados del estado de sitio el comisario me llevó a Branik. El aire del hermoso mes de junio estaba perfumado por los tilos y las tardías flores de las acacias. Era un domingo por la noche. En la parada terminal de los tranvías la calle resultaba estrecha para contener la presurosa corriente de los que volvían de sus excursiones. Venían ruidosos, alegres, beatíficamente cansados; saturados por el sol, por el agua, por los abrazos de sus compañeras; lo único que tú no has visto en sus caras es la muerte, la muerte siempre acechante y también suspensa sobre sus cabezas. Hormigueaban

impacientes y graciosos como conejos. ¡Como conejos! Extiende la mano y elige uno de ellos según tu gusto; los otros se refugian en un rincón, pero un instante después ya vuelven a hormiguear, con sus preocupaciones, sus alegrías y toda su ansia de vivir. Yo había sido trasplantado de golpe desde el mundo tapiado de la prisión a esta corriente impetuosa, y al principio su dulce beatitud me supo ásperamente, sin razón. Sin razón.

Porque lo que he visto ahí es la vida, la vida que era la mía y que es la de todos, la vida sometida a una presión terrible, pero indestructible, cercenada en uno y creciendo en cientos; la vida, más fuerte que la muerte. ¿Y eso debe ser áspero? ¿Acaso nosotros, los presos, que vivimos directamente bajo este terror, somos de otra pasta?

Algunas veces iba yo a los interrogatorios en coches policiales en los que los guardianes se conducían con moderación. Por la ventanilla observaba la calle, las vidrieras de los comercios, los quioscos de flores, la muchedumbre de hombres, las mujeres. "Si puedo contar nueve pares de piernas lindas no seré ejecutado hoy", me dije una vez. Y conté, miré, comparé; examinando minuciosamente sus líneas, reconocía que eran bellas o las rechazaba con apasionado interés, no como si mi vida dependiera de ese examen, sino más bien como si la vida no estuviera en juego para nada.

Generalmente yo volvía tarde a la celda. El Padre Pesek ya estaba inquieto: "¿Volverá?" Me abrazaba, y yo le contaba brevemente las novedades y quién más había caído en Kobylis; en seguida comíamos con feroz apetito las repugnantes legumbres secas, cantábamos alegres canciones o jugábamos furiosos a ese estúpido juego de dados, que nos apasionaba. Y eso era justamente por la noche, cuando a cada momento podía abrirse la

puerta de la celda y sonar el mensaje de muerte para uno de los dos:

—¡Tú, o tú, desciende! Con todo, ¡ligero!

Pero durante esos días no nos llamaron. Sobrevivimos a esa época de terror. Hoy nos acordamos de esto con asombro, sobreponiéndonos a nuestro propio sentimiento. ¡Qué extrañamente construido está el hombre, que puede soportar hasta lo insoportable!

Evidentemente, no es posible que momentos semejantes no dejen en nosotros rastros profundos. Es posible que queden en el cerebro, como un rollo de filme oculto que comenzara a desenrollarse, conduciéndonos a la locura algún día, en la vida real, si es que alcanzamos a vivirla. Y quizá también los veremos como a un gran cementerio, verde jardín, donde se han sembrado semillas muy queridas.

Semillas muy queridas, que germinarán.

CAPITULO VII

FIGURAS Y FIGURINES

PANKRÁC

La prisión tiene dos vidas. Una encerrada por completo en las celdas, totalmente aislada del mundo entero, y sin embargo ligada a él por los lazos más íntimos cuando se trata de presos políticos. La otra, frente a las celdas, en los largos corredores, en la hipócrita penumbra, es el mundo íntegramente recogido en sí mismo, el mundo en uniforme, un mundo de muchos figurines y pocas figuras.

Voy a hablar de este mundo.

Tiene su zoología y también su historia; si no la tuviese, yo no podría conocer esta zoología tan profundamente. Conocería sólo los bastidores que tenemos enfrente, sólo su fachada, en apariencia entera y sólida, con su peso de hierro sobre la población de la celda. Eso era así todavía hace un año, menos de un año. Ahora la fachada está llena de fisuras, a través de las cuales se advierten rostros, pobres, graciosos, inquietos, ridículos, pero siempre correspondiendo a criaturas humanas. La situación penosa del régimen también somete a presión a cada miembro de ese mundo gris y le exprime hacia afuera, hacia la luz, todo lo que en él hay de humano. A veces hay muy poco, a veces algo más. Y es esa cantidad la que los diferencia

entre sí y forma los tipos. Evidentemente, tú encuentras también entre ellos muchos hombres completos, pero éstos no han esperado. Son los que no necesitan sufrir su propia angustia para ayudar a otros angustiados.

La prisión es una institución sin alegría. Pero este mundo de los corredores frente a la celda es más triste que el mundo de las mismas. En la celda vive la amistad, ¡y qué amistad! Como la que se estrecha en el frente, entre grandes peligros, cuando mi vida puede estar hoy entre tus manos y mañana la tuya entre las mías. Pero este régimen de la amistad no existe en absoluto entre los guardianes alemanes. No puede existir. Viven en una atmósfera de sospecha. Cada uno persigue y denuncia al otro, cada uno está siempre alerta ante el otro, al que oficialmente llama "camarada"; y los mejores de entre ellos, que no pueden ni quieren vivir sin amigos, más bien los buscan en las celdas.

Sus nombres no tienen importancia. Entre nosotros los designábamos con los apodos que les habíamos puesto o por los que les dieran nuestros predecesores, y que luego les quedaron pegados como herencia. Algunos tenían tantos sobrenombres como celdas había en el corredor; eran tipos intermedios, ni carne ni pescado. Aquí uno había dado algo más de comida, y allá, al lado, le había pegado en la cara a un hombre. Eran sólo segundos de contacto con los prisioneros, pero que penetraban profundamente en la memoria de la celda y daban de cada uno una idea particular y un apodo particular. Pero de cuando en cuando todas las celdas estaban de acuerdo en la elección del sobrenombre. Era el caso de aquellos de más definido carácter. Para lo bueno o para lo malo.

¡Mira este tipo! ¡Contempla estos figurines!

¡Y no han sido reunidos al descuido! Son una parte del ejército político del nazismo, sus hombres elegidos. Los soportes del régimen. Los pilares de su sociedad...

"Un samaritano"

Un gordo grandote, con una vocecita de tenor: "SS-Reservista" Rheuss, portero del colegio de Colonia, sobre el Rin. Como todos los porteros de escuelas alemanas, ha seguido cursos de primeros auxilios, y reemplaza a veces al enfermero de la prisión. Es el primero con quien entré en contacto aquí; me arrastró hasta la celda, me acostó sobre el colchón y curó mis heridas poniéndome las primeras compresas. Quizá me ayudó realmente a salvar la vida. ¿Qué es lo que se manifestó aquí? ¿El hombre? ¿O el enfermero de urgencia? No lo sé, pero con seguridad fue el nazismo lo que se manifestó en él cuando rompió los dientes a los judíos detenidos y les obligó a tragar cucharadas enteras de sal o de arena como medicamento universal contra todas las enfermedades.

"El molinero"

Un hombrecito, cochero charlatán de la cervecería Fabián, de Budejovice. Entra a la celda con una amplia sonrisa y trae la comida sin molestar nunca a nadie; pero tú no podrías creerlo: se queda horas enteras escuchando detrás de la puerta, oyendo lo que se habla en las celdas, para poder correr luego hacia su superior con cada pequeña y ridícula nueva que pesca.

Koklar

También obrero de una cerveceria de Budejovice. Hay aquí varios de esos obreros alemanes de los Sudetes. "No importa lo que hace o piensa individualmente un obrero —escribió una vez Marx—, pero sí importa lo que los obreros como clase deben hacer para cumplir su misión histórica."

Estos no saben absolutamente nada del papel de su clase. Arrancados de ella, colocados contra ella, cuelgan de sus ideas en el aire, y es muy posible que también terminen colgados en el verdadero sentido de la palabra.

Este se ha pasado al nazismo para tener una vida más fácil. La práctica le ha demostrado que el asunto es más complicado de lo que creía. Desde entonces ha perdido su sonrisa. Ha apostado todo por la victoria del nazismo, y está comprobando que apostó a un caballo muerto. No puede controlar sus nervios. Durante la noche, solo, con zapatillas de fieltro, camina por los corredores de la prisión, donde deja, sin darse cuenta, rastros de sus confusas ideas escritas en el polvo de las ventanas.

"Todo está como la mierda", escribió "poéticamente" una vez pensando en el suicidio.

Durante el día incomoda a los prisioneros y a los guardianes gritando con su voz aguda y sofocada para no tener tanto miedo.

Rossler

Alto, flaco, con voz de bajo, uno de los pocos que aquí tienen ganas de reír. Obrero textil de la región de Jablonec. Viene a la celda y discute durante horas enteras.

—¿Cómo he llegado a esto? Yo no he trabajado con regularidad ni diez años; y tener que sostener toda una familia ganando veinte coronas por semana..., ¿qué vida es ésa, dime? Y después ellos vienen y te dicen: "Ven con nosotros, te daremos trabajo"; voy y me lo dan, a mí y a todos los otros. Podemos comer, podemos tener un techo, podemos vivir. ¿Socialismo? Y bien, no; no es precisamente eso. Yo imaginaba eso de otro modo. Pero es mejor que antes.

"¿No es cierto? ¿La guerra? No he deseado la guerra, no he querido que otros mueran. Solamente he querido poder vivir yo.

"¿Que yo ayudo a esto lo quiera o no? Y entonces, ¿qué debo hacer ahora? ¿Aquí he hecho mal a alguien? Si me fuera vendría otro que quizá fuese peor. ¿Ayudaría a alguien yéndome? Cuando termine la guerra volveré a la usina...

"¿Quién crees que ganará la guerra? ¿Nosotros no? ¿Ustedes? ¿Y qué será de nosotros, entonces?

"¿El fin? Lástima. Yo creía otra cosa. —Y sale de la celda con un largo paso indolente.

Media hora después vuelve con una pregunta:

—¿Cómo es, en realidad, la Unión Soviética?

"Eso"

Una mañana esperábamos abajo, de pie en el corredor principal de Pankrác, que nos llevaran al Palacio Petschek para los interrogatorios. Habitualmente nos quedábamos de cara a la pared, para no mirar lo que ocurría a espaldas nuestras. Pero ese día resonaba detrás una voz desconocida para mí:

—¡No quiero ver nada ni escuchar nada! Ustedes no me conocen, ¡van a aprender a conocerme!

Me reí. En esta escuela de doma esa cita del pobre cretino del teniente Dub, de *Schweik,*[1] era realmente oportuna. Y nadie había tenido aún el valor de decir aquí esa broma en voz alta. Pero un vivo golpe de mi vecino, más fogueado, me advirtió que no era el caso de reír, que tal vez yo me equivocaba y eso no era una broma. Y no lo era.

"Eso", que hablaba así detrás de nosotros, era un hombrecito con uniforme SS que visiblemente no tenía ninguna idea de Schweik. "Eso" hablaba como el teniente Dub porque intelectualmente estaba a su altura. "Eso" respondía al nombre de Withan, y como Withan había sido sargento jefe en el Ejército checoslovaco. "Eso" tenía razón. Llegamos a conocerlo perfectamente, y jamás fue para nosotros más que el neutro "Eso". Porque, a decir verdad, nuestra inventiva se sentía débil al tratar de dar un apodo adecuado a esa rica mezcla de cretinismo, imbecilidad, arribismo y maldad, que era uno de los sostenes principales del régimen de Pankrác.

"Eso" no llega ni a las rodillas del cerdo, dice el dicho popular para designar a ese tipo de pequeño arribista vanidoso a fin de herirlo en el lugar más sensible. ¡Qué pequeñez intelectual debe tener un hombre para sufrir por su pequeñez corporal! Y Withan sufre por ella, y se venga en todo lo que es más grande física e intelectualmente, es decir, en todo.

No con golpes. No tiene suficiente audacia para ello. Pero sí con la denuncia. Muchos prisioneros perdieron la vida por esa razón, pues no es lo mismo salir de Pankrác para el campo de concentración con una u otra nota, en el supuesto caso de que se salga.

Es infinitamente ridículo. Vaga con mucha

[1]Uno de los personajes de la célebre novela satírica checa de la Primera Guerra Mundial: *Las aventuras del buen soldado Schweik,* de Jaroslav Hasek.

dignidad por los corredores, solo, soñando con su gran importancia. Cada vez que se cruza con un hombre siente necesidad de treparse en cualquier parte. Si interroga, se sienta en la balaustrada de la escalera, y se queda hasta una hora en esa incómoda posición, porque así sobrepasa al otro en una cabeza. Si vigila el arreglo de la barba, se sube a una escalerita o se pasea sobre un banco, repitiendo sus ingeniosas sentencias:

—¡No quiero ver nada, ni escuchar nada! Ustedes no me conocen...

Durante la media hora de gimnasia de la mañana se pasea sobre el césped, que lo eleva diez centímetros sobre lo que lo rodea. Entra a la celda con la dignidad de una majestad real para subirse de inmediato a una silla, a fin de observar y revisar desde la altura.

Es infinitamente ridículo, pero —como todos los imbéciles que ocupan puestos con poder sobre la vida de la gente— es también infinitamente peligroso. En el fondo de su imbecilidad se esconde un talento: hacer de una mosca un elefante. No entiende de otra cosa que de su tarea de perro guardián, y por esta razón la más mínima desviación del orden prescrito le parece algo grande, que corresponde a la importancia de su misión. Inventa y fabrica delitos y crímenes contra el reglamento de la prisión para poder dormir tranquilo sintiéndose alguien.

¿Y quién trata de saber aquí cuánto hay de verdad en sus denuncias?

SMETONZ

Un porte marcial con ojos inexpresivos y cara de cretino, viviente caricatura de los esbirros nazis de Georges Grosz. Ordeñaba vacas en la frontera

lituana, pero, aunque parezca asombroso, el ganado no dejó en él ningún rasgo de su nobleza. Para sus superiores personifica las virtudes alemanas; es cortante, enérgico, duro, incorruptible (uno de los pocos que no piden de nuestros alimentos a los responsables de los corredores), pero...

Un sabio alemán cualquiera, yo no sé quién, calculó la inteligencia de los seres por el número de palabras que son capaces de formar. Y me parece que llegó a comprobar que la criatura que menos inteligencia tiene es el gato doméstico, que sólo sabe formar ciento veintiocho palabras. Un genio comparado con Smetonz, de quien en Pankrác nunca se escucharon más de cuatro palabras: *"Pas bloss auf, mensch"*.[1]

Dos o tres veces por semana transmitía la guardia, dos o tres veces por semana se esforzaba desesperadamente para no equivocarse, pero siempre lo hacía mal. Lo he visto cuando el director le reprochó que las ventanas no estuvieran abiertas. Por un momento la montaña de carne se balanceó con embarazo de un pie al otro, sobre las cortas piernas; la cabeza, estúpidamente inclinada, se bajó aún más; las comisuras de la boca cayeron por el esfuerzo enorme de repetir lo que acababa de oír... Y de golpe toda esta materia empezó a ulular como una sirena, sembrando la alarma en todo el corredor; nadie comprendía de qué se trataba, las ventanas continuaban cerradas, solamente sangraban las narices de los dos prisioneros más próximos a Smetonz. Por fin había encontrado la solución. La solución de siempre. Pegar, pegar a todos los que caían entre sus manos, pegar hasta matar, eso era lo único que él comprendía, sólo eso. Una vez, entrando a una de las celdas comunes, pegó a uno de los prisioneros, un hombre enfermo, que cayó presa de una crisis. Siguiendo el ritmo de la crisis, los otros prisioneros tuvieron que hacer genuflexiones hasta que el enfermo quedó completamente agotado, y Smetonz, las manos en los costados y sonriendo como un estúpido, contemplaba satisfecho el cuadro, creyendo haber resuelto muy satisfactoriamente una situación complicada.

[1] ¡En guardia, hombre!

Un salvaje, que de todo lo que se le había enseñado sólo había retenido una cosa: que podía pegar.

Y sin embargo algo se rompió en esta criatura. Hace de eso más o menos un mes. Estaban sentados él y K. solos en la oficina de la cárcel, y K. le explicaba la situación. Pasó un largo rato, muy largo, antes que Smetonz comprendiera algo. Se levantó, abrió la puerta, observando con prudencia el corredor; por doquiera el silencio, la noche; la prisión dormía. Cerró la puerta, echándole llave prudentemente, y con lentitud se desplomó en una silla:

—Entonces, ¿tú piensas...?

Tomóse la cabeza entre las manos. Una carga terrible había caído sobre el alma tan pequeña de ese gran cuerpo.

Durante un largo rato quedóse así, abrumado. Por fin levantó la cabeza y dijo con desesperación:

—Tienes razón. Ya no podemos ganar...

Desde hace un mes en la prisión de Pankrác ya no se escucha el grito de guerra de Smetonz, y los nuevos prisioneros ignoran cómo pega su puño.

El director de la prisión

Más bien pequeño, siempre elegante, tanto de civil como con su uniforme de *Untersturmführer*, amante del lujo, satisfecho de sí mismo, aficionado

a los perros de caza y a las mujeres (éste es un aspecto que no nos toca).

El otro aspecto, el conocido en Pankrác: brutal, grosero, sin cultura, un típico advenedizo nazi, dispuesto a sacrificar a todo el mundo para conservar su posición; se llama Soppa, si para algo interesa su nombre. Originario de Polonia, hizo su aprendizaje de herrero, pero este honroso oficio no dejó rastros en él. Ya hace mucho que entró al servicio de Hitler y, buen alcahuete, progresó hasta alcanzar el puesto actual. Lo defiende por todos los medios; es cruel y desconsiderado con todo el mundo, con los prisioneros como con los empleados, con los niños como con los viejos. La amistad no existe entre los empleados del nazismo en Pankrác, pero no hay otro como Soppa sin siquiera la sombra de una amistad. Al único que aquí aprecia un poco, y al que habla más a menudo, es al enfermero de la prisión, el *Polizeimeister* Weisner. Pero parece que esa amistad no es recíproca.

Sólo se preocupa por él mismo. Con su propio esfuerzo ha conseguido el puesto de director, y por ello será fiel al régimen nazi hasta el último momento. Es quizá el único que no piensa de una u otra manera en salvarse. Sabe que para él no hay salvación. La caída del nazismo será su propia caída, el fin de su vida suntuosa, de su departamento de lujo, el fin de su elegancia (es tan poco escrupuloso, que viste los trajes de los checos ejecutados).

Es el fin. Sí.

El enfermero de la prisión

El *Polizeimeister* Weisner es en el ambiente de Pankrác un figurín especial. A veces te parece que no pertenece del todo a Pankrác, y otro día no puedes imaginarte a Pankrác sin él. Si no está

en la enfermería, se arrastra por los corredores con su paso corto y balanceado, hablando para su capote, y observa, observa siempre. Como alguien de fuera que hubiese entrado por un momento y quisiera llevar de aquí la mayor cantidad posible de impresiones. Pero sabe meter la llave en la cerradura y abrir la puerta rápidamente y sin ruido, como el más diestro de los guardianes. Tiene modales secos, lo que le permite decir cosas importantes con disimulo y a la vez sin comprometerse: tú no puedes tomarle la palabra. Se acerca a la gente, pero no permite que nadie se le acerque a él. No lleva cuentos, no denuncia, a pesar de ver mucho. Entra en una celda llena de humo. Respira profundo por la nariz:

—Eh —chasquea la lengua—; está completamente prohibido —chasquea de nuevo— fumar en las celdas.

Pero no presenta la queja. Siempre tiene las facciones crispadas, doloridas, como si lo atormentara una gran pena. Visiblemente no quiere tener nada de común con el régimen a que sirve y cuyas víctimas cuida a diario. No cree en ese régimen, no cree que pueda mantenerse, ni lo ha creído antes. Por esta razón ha dejado a su familia en Bratislava, sin llevarla a Praga, por más que sean bien pocos los empleados del Reich que pierden la ocasión de devorar las entrañas del país ocupado. Pero él no desea tener nada de común con el pueblo que lucha contra ese régimen; tampoco se une a él.

A mí me cuidó con todo esmero. Generalmente lo hace así e insiste en oponerse al traslado a los interrogatorios de los prisioneros que han sido demasiado torturados. Quizá es para tranquilizar su conciencia. Pero, por el contrario, no presta su ayuda en los casos en que verdaderamente se lo necesita. Quizá por miedo.

Es el tipo del pobre diablo. Está solo entre el miedo al régimen que lo gobierna y a lo que vendra después. Busca cómo y por dónde escapar. No lo encuentra. No es una rata. Es solamente una lauchita caida en la trampa.

Sin esperanza.

"La Llama"

Es más que un figurín. Pero no llega a ser una figura. Es el intermedio entre los dos. Para ser una figura le falta una condición.

En realidad hay dos de este género, buena gente, sencilla, sensibles, pasivos al principio, asombrados luego del espanto en que han caído y deseando irse; sin independencia, y por esta razón en busca siempre de apoyo, conducidos al bien, más que por bondad inteligente, por instinto; te ayudan porque esperan que tú los ayudes. Y es justo hacerlo, ahora, y también después.

Estos dos —únicos entre todos los funcionarios alemanes de Pankrác— también han estado en el frente.

Hanauer, obrero sastre de Znojmo, volvió después de una pequeña temporada en el frente oriental, con una herida que no se apresuró a curar. "La guerra no es para los hombres —filosofa, un poco a la manera de Schweik—, no tengo nada que hacer allí."

Höfer, alegre zapatero de Bata, hizo la campaña de Francia y se escapó del servicio militar, a pesar de la promesa de ascenso. *"Ech scheise!"* (¡qué mierda!), se dijo un día haciendo un gesto negligente con la mano; continúa haciéndolo frente a todos los pequeños fastidios diarios, de los que siempre tiene bastantes.

Se parecen uno al otro por su suerte y por sus

disposiciones naturales, pero Höfer es más valiente, más formado, más completo. "La Llama" es el sobrenombre que casi todas las celdas han acordado ponerle.

El día que le toca servicio es día de tranquilidad para la celda. Si rezonga, guiña el ojo para hacerte comprender que esto no va por ti sino que lo hace para que abajo el superior se convenza de la aplicación rigurosa del reglamento.

Por lo demás, es un esfuerzo vano, pues ya no convence a nadie y no pasa una semana sin que tenga servicio complementario como castigo.

"Ech scheise!", dice moviendo negligentemente una mano, y continúa su juego. Más que un guardián, es un aprendiz zapatero, con toda su ligereza. Se lo puede pillar jugando en la celda con los muchachos de la prisión, al juego de arrojar la moneda contra el muro, y lo hace con pasión. Otras veces hace salir a los prisioneros de la celda al corredor para una "requisa". La requisa dura un buen rato, y si eres curioso y espías lo que pasa en la celda, lo verás sentado frente a la mesa con la cabeza entre las manos. Duerme, duerme voluptuosamente, con toda calma, y está a salvo de cualquier sorpresa, porque los prisioneros en el corredor montan guardia y anuncian el peligro. Por lo menos durante el servicio puede dormir, ya que las horas destinadas al sueño se las roba una joven a la que adora.

¿La victoria o la derrota del nazismo? *"Ech scheise!"* ¿Es posible que dure este circo?

No se considera integrante de ese circo. Por esa sola razón ya sería interesante. Pero hay algo más que eso. No quiere pertenecerle. Y no le pertenece.

¿Tienes necesidad de mandar un mensaje escrito al otro sector de la prisión? "La Llama" se arreglará. ¿Tienes que decir algo a los de fuera? "La

Llama" se encargará. ¿Necesitas ponerte de acuerdo con alguien hablándole personalmente para persuadirlo, y a través de su intervención personal salvar a otros? "La Llama" lo trae a la celda y vigila con la alegría del pilluelo que ha jugado una buena pasada a alguien. Muy a menudo debes recomendarle prudencia. Viviendo entre el peligro, apenas lo advierte. No llega a percibir íntegramente el alcance de su valiosa actitud. Lo consolaría hacer aun más. Pero eso le impide adelantar.

Aún no llega a ser una figura, pero es el estado transitorio para serlo.

KOLIN

Era una noche durante el estado de sitio. El guardián con uniforme SS que me hacía entrar en la celda, hizo como que revisaba mis bolsillos.

—¿Qué le pasa? —me preguntó despacito.

—No sé. Me han dicho que seré fusilado mañana.

—¿Y eso lo ha asustado?

—Lo descontaba.

Mecánicamente, con un ademán fugitivo, rozó el revés de mi saco.

—Es posible que lo hagan. Si no mañana, quizá más tarde y quizá nunca. Pero en estos tiempos... es mejor estar preparado...

Y se calló nuevamente.

—Si usted quisiera de todos modos...

—¿Quiere dejar un encargo para alguien? ¿O escribir? No para ahora, ¿comprende?, sino para el futuro; cómo llegó aquí, si alguien lo traicionó, qué conducta observaron éste o aquél..., para que lo que usted sabe no desaparezca junto con usted.

¿Si quería escribir? ¡Como si hubiera adivinado mi más ferviente deseo!

Al rato me trajo un papel y un lápiz. Los he ocultado cuidadosamente para que ninguna revisión pudiera encontrarlos.

Y no los toqué jamás.

Era demasiado hermoso, no podía tener confianza. Demasiado hermoso: aquí, en la casa de las sombras, poco después de mi arresto, encontrar —vistiendo el uniforme de aquellos que para ti sólo tienen golpes y gritos— un hombre, un amigo que te tiende la mano para que no perezcas sin dejar rastros, para que puedas dejar un mensaje a los hombres del futuro, para que al menos puedas hablar un instante a los que sobrevivirán y verán la liberación... ¡Y justamente ahora! En los corredores llaman a los que van a ser ejecutados; la sangre embriaga a los brutos que gritan como bestias y el espanto aprieta la garganta de los que no pueden gritar. ¡Justamente ahora, en semejante momento, es increíble, no puede ser! Acaso sea una trampa. ¡Qué fuerte deberá ser un hombre para tenderte espontáneamente la mano en una situación semejante! ¡Qué fuerte y qué audaz!

Ha pasado un mes, más o menos. Ha terminado el estado de sitio, los gritos son más débiles y los momentos crueles casi son recuerdos. Es otra vez durante una noche, al volver del interrogatorio; de nuevo el mismo guardián frente a mi celda.

—Según parece, usted se ha escapado. ¿Por qué? —Y mirándome con ojo escrutador—: ¿Todo estaba en orden?

Comprendí bien la pregunta. Me emocionó profundamente. Y más que ninguna otra cosa me persuadió de su honradez. Esa pregunta sólo podía hacerla un hombre con derecho a hacerla. Desde ese momento tuve confianza en él. Era uno de los nuestros.

A primera vista: un personaje enigmático. Recorría los pasillos solo, tranquilo, reservado, alerta, observando todo. Nunca se lo oyó gritar. Nunca tampoco golpeó a nadie.

—Por favor —le decían los camaradas de la celda vecina—, cachetéeme cuando Smetonz mire hacia aquí, es necesario que lo vea en servicio activo alguna vez.

Sacudía negativamente la cabeza.

—No es necesario.

Nunca se le escuchó hablar sino en checo. Todo en él te indicaba que era diferente a los demás y uno no se explicaba por qué, aunque ellos lo advertían, nunca pudieron atraparlo.

Está siempre donde hace falta, lleva la calma donde reina confusión, da valor a los deprimidos, anuda los hilos arrancados que amenazan a otras personas de afuera. No se pierde en detalles. Trabaja sistemáticamente y en gran escala. Y no de ahora. Desde el principio. Ha entrado al servicio del nazismo con esa tarea.

Adolf Kolinsky, guardián checo de Moravia, un hombre checo de antigua familia checa, se declara alemán para poder vigilar a los prisioneros checos en Hradec Králové y después en Pankrác. ¡Qué indignación entre los que lo conocen! Pero cuatro años después, al pasar lista, el director alemán de la prisión, poniéndole el puño frente a la nariz, furioso —por cierto que un poco tarde—, lo amenaza diciéndole:

—¡Yo voy a expulsarte del cuerpo tu "chequismo"!

Se equivocaba. No era solo "chequismo". Hubiera sido necesario expulsarle también al hombre que había en él. Un hombre que consciente y voluntariamente elige un determinado puesto para luchar y ayudar a que otros luchen. Y a quien el peligro constante sólo ha endurecido.

El nuestro

Si durante la mañana del 11 de febrero de 1943 nos hubieran llevado chocolate para el desayuno en reemplazo del café, mezcla de quién sabe qué cosas, ni siquiera habríamos prestado atención a ese milagro. Porque esa mañana apareció un instante en nuestra puerta el uniforme de un policía checo. Sólo un instante. Unos pasos, un pantalón negro metido en botas altas, una mano saliendo de una manga azul oscuro que se acerca a la cerradura, empuja la puerta y la aparición desaparece. Todo fue tan rápido, que un cuarto de hora después ya estábamos por no creerlo.

¡Un policía checo en Pankrác! ¡Qué conclusiones para el futuro podíamos extraer de eso!

Dos horas más tarde las sacábamos ya. La puerta de la celda se abrió de nuevo y una gorra policial checa se inclinó hacia adentro, y la boca plegada en una sonrisa, ante nuestro asombro anunció:

—*Freistunde!*[1]

Ya no podíamos equivocarnos. Entre los uniformes gris verdoso de los guardianes SS, aparecían en los corredores muchas manchas oscuras que nos parecían luminosas: los policías checos.

¿Qué puede significar eso para nosotros? ¿Cómo serán? Como quiera que sean, el simple hecho de su presencia habla claro. ¡Qué próximo a su fin debe estar este régimen para que en su organismo más sensible, en el único sostén de que dispone, el aparato de opresión se vea obligado a incluir a estos hombres del pueblo al que oprimen! ¡Qué terrible falta de material humano debe sufrir, cuando debilita hasta su última esperanza, con tal de disponer de algunos hombres!

---

[1] Hora de recreo.

¿Cuánto tiempo pretende mantenerse todavía?

Es indudable que estos hombres habrán sido elegidos cuidadosamente; quizá serán peores que los guardianes alemanes, a quienes la rutina y la poca esperanza en la victoria han desmoralizado mucho; pero este hecho, el hecho de que estén aquí, es el signo infalible del fin.

Esto fue lo que nosotros pensamos.

Pero era aun mejor de lo que nos permitimos pensar en el primer momento. Porque el régimen ya no podía elegir, no sabía ya a quién echar mano.

El 11 de febrero habíamos visto por primera vez los uniformes checos.

Al segundo día empezamos a conocerlos.

Llegó uno, miró dentro de la celda, quedándose confuso en el umbral, y luego, con la caprichosa energía con que de pronto un chivo se lanza con las cuatro patas a la vez, dijo con repentina audacia:

—¡Bien! ¿Cómo están, señores?

Respondimos con una sonrisa. También rió él y luego se mostró de nuevo embarazado:

—No se enojen con nosotros. Hubiéramos preferido seguir cuidando las calles en lugar de venir a vigilarlos aquí. Pero nos han obligado. Quién sabe si no será para bien...

Se alegró cuando le contamos lo que pensábamos de eso y cómo los considerábamos. Así nos hicimos amigos desde el primer momento. Era Vitek, muchacho sencillo, de corazón de oro, el primero que aquella mañana apareciera por un segundo en la puerta de la celda.

El otro era Tuma, verdadero tipo del antiguo guardián de prisión checo. Un poco grosero, gritón, pero bueno en el fondo, como aquellos que llamábamos "abuelo" en las prisiones de la Primera República. No se dio cuenta del carácter

excepcional de su posición; por el contrario, en seguida se sintió como en su casa, siempre haciendo bromas pesadas, manteniendo tan bien el orden, que era el primero en alterarlo, y aquí introducía pan en una celda, allá cigarrillos, en otra parte se embarcaba en divertidas charlas sobre cualquier asunto (salvo sobre la situación política). Hacía todo esto con absoluta naturalidad, era su concepción particular del papel de guardián, por lo tanto no se ocultaba. La primera represión que recibiera por su conducta no le cambió, pero lo hizo más prudente. Y continuó siendo el guardián "abuelo".

Tú no hubieras osado pedirle algo importante. Pero a su lado se respiraba bien.

El tercero andaba en torno a las celdas con aire sombrío, taciturno, sin interesarse en nada. No respondió a nuestras prudentes tentativas de establecer contacto.

—No hemos llegado a nada con éste —declaró el Padre cuando lo hubo observado durante una semana—. Es el que menos vale de entre ellos.

—O el más inteligente —le respondí, más bien por espíritu de contradicción; porque tener dos opiniones distintas en asuntos de poca monta viene a ser la sal de la vida en la celda.

Después de quince días, me pareció que ese taciturno guiñaba el ojo algo más vivamente. Le devolví esa leve guiñada, que en la prisión tiene miles de significados. Y nada más. Tal vez me había equivocado.

Al mes, todo se aclaró. Fue súbitamente, como cuando la mariposa sale de su crisálida. La rugosa crisálida se rompió y apareció una criatura viviente. No era una mariposa. Era un hombre.

.....

—Construyes pequeños monumentos —repetía

el Padre al oír algunas de mis pinturas de caracteres.

Es que yo quería que no fuesen olvidados los camaradas que con tanto valor y fidelidad han luchado, aquí y fuera de aquí, y que cayeron. Pero también querría que tampoco se olvidase a quienes viven y nos han ayudado, no menos fiel y valientemente en las condiciones más difíciles. Para que de los sombríos corredores de las prisiones salgan a plena luz personalidades como las de Kolinsky y de ese policía checo. No para su gloria, sino para que sirvan de ejemplo a otros. Porque el deber humano no termina con esta lucha, y ser hombre continuará exigiendo de cada uno un corazón valeroso en tanto los hombres no sean realmente hombres.

En realidad, la historia del policía Jaroslav Hora es breve. Pero es la historia de un hombre completo.

La región de Radnice. Un rincón perdido del país. Una región bella, triste y pobre. El padre es vidriero. La vida, dura. Cansancio cuando se tiene trabajo, y miseria cuando no lo hay, que aquí es lo habitual. Eso, o te dobla las rodillas o te hace erguir y soñar con una vida mejor, en la que crees y por la que luchas. El padre eligió lo segundo. Y se hizo comunista.

El joven Jarda pedalea entre los ciclistas de la manifestación del 1.º de Mayo con una cinta roja enlazada en la rueda. El no la olvida. La lleva consigo, quizá sin darse cuenta, en lo más íntimo de sí mismo, durante su aprendizaje de tornero en las fábricas Skoda, donde empieza a trabajar.

La crisis, la desocupación, la guerra, la perspectiva de un empleo, el servicio policial. No sé muy bien qué lugar ocupa en ese momento la cinta roja, que lleva muy hondo. Quizá está por

ahí hecha una pelota dejada de lado, tal vez medio olvidada, pero no perdida. Un día se lo designa para el servicio de Pankrác. No viene aquí, como Kolinsky, por su voluntad y con una tarea determinada, elegida por él mismo. Pero cuando por primera vez mira adentro de la celda, adquiere la conciencia de esa tarea. La cinta roja se despliega.

Estudia su campo de acción. Mide sus fuerzas, su rostro se turba cuando piensa intensamente por dónde y cómo comenzar para hacerlo mejor. No es un político profesional. Es un sencillo hijo del pueblo, pero tiene el ejemplo de su padre. Cuenta, pues, con un núcleo firme, alrededor del cual se acumulan sus decisiones. Ya ha tomado la suya. De la crisálida rugosa sale un hombre.

Y un hombre interiormente hermoso, puro como pocos, sensible, tímido y sin embargo viril. Se arriesga todo cuanto aquí es preciso. Hacen falta pequeñas y grandes cosas. El hará unas y otras. Las grandes y las pequeñas. Trabaja sin agitarse, despacio, prudentemente, pero sin miedo. Todo está claro para él, lo siente como un imperativo categórico. Así debe hacerse; entonces, ¿a qué hablar?

Y, a decir verdad, eso es todo. Esta es la historia completa de un personaje que hoy tiene en su haber muchas vidas salvadas. Vidas de gente que siguen trabajando en libertad porque en Pankrác un hombre ha cumplido con su deber humano. No lo conocen, ni él a ellos, como él ignora a Kolinsky. Lo que más querría yo es que aquellos pudieran reconocerlo después. Estos dos han encontrado aquí, con rapidez, el camino que lleva uno al otro. Y ello ha multiplicado sus posibilidades.

Recuérdalos como ejemplo... Como el ejemplo de un hombre que tiene la cabeza en su verdadero lugar. Y ante todo, su corazón.

Papá Skorepa

Cuando por casualidad tú ves a los tres juntos, contemplas la imagen viviente de la fraternidad: el uniforme gris verde del SS guardián Kolinsky; el uniforme oscuro del policía checo Hora; y claro, pero triste, el uniforme de los prisioneros del servicio, en los corredores: papá Skorepa. Pero sólo se los puede ver juntos raras veces, muy raras veces. Justamente, porque los tres se corresponden.

El reglamento de la prisión permite utilizar para el trabajo en los corredores, la limpieza y la distribución de la comida, "sólo a prisioneros especialmente seguros, disciplinados y estrictamente aislados de los demás". Es lo que dice el reglamento. Letra muerta, bien muerta. Porque ese tipo de hombres de servicio no existen ni han existido nunca. Y menos aún en las prisiones de la Gestapo. Los responsables de los corredores de aquí son, por el contrario, antenas avanzadas por la comunidad de las celdas y destinadas a tomar contacto con el mundo para poder vivir y entenderse. ¡Cuántos de entre ellos han pagado con su vida un mensaje hablado o escrito que se les descubriera encima! Pero la ley de la comunidad de la prisión exige de quienes los reemplazan que continúen en el peligroso trabajo. Anda y hazlo con audacia, o con miedo, nada evitarás con eso. Con tu miedo sólo puedes destruir mucho y hasta puedes perderlo todo, como en todo trabajo ilegal.

Y éste es un trabajo ilegal de enorme importancia: directamente entre las manos de quienes quieren exterminarte, bajo los ojos de los guardianes, en el lugar prescrito por ellos, en los momentos elegidos por ellos y en las condiciones que ellos establecen. Todo lo que aprendiste afuera de poco sirve aquí. Pero no por eso se te exige menos.

Afuera hay maestros del trabajo ilegal. Entre los responsables de corredores también los hay. Papá Skorepa es un maestro de ésos. Humilde, modesto, tranquilo a primera vista, es rápido como un pez. Los guardianes no cesan de elogiarlo: ¡qué laborioso!, ¡qué seguro!, ¡cómo cumple con su deber sin dejarse arrastrar a nada prohibido! ¡Encargados de corredores, sigan su ejemplo!

Sí, por cierto, ¡sigan su ejemplo, responsables de corredores! Es el modelo de responsable con que sueña el prisionero. La más segura y más sensible antena de la comunidad de la prisión.

Conoce a todos los recluidos en las celdas, cada noticia recibida desde el comienzo, por qué razón están aquí, cómo son sus compañeros de celda, cómo se conducen él y los otros. Estudia los "casos" y trata de penetrar sus secretos. Eso es importante si desea dar un consejo o transmitir un mensaje. Conoce al enemigo. Examina cuidadosamente a cada guardián, estudiando sus costumbres, su lado fuerte y sus debilidades; descubre en qué sentido hay que cuidarse de él o utilizarlo, cómo halagarlo y cómo engañarlo. Muchos de los rasgos típicos utilizados por mí me fueron suministrados por papá Skorepa. Los conoce a todos. Los podría pintar uno a uno y siempre bien. Es muy importante si se desea tener libertad de movimientos en los corredores y la posibilidad de hacer un trabajo eficaz y seguro.

Ante todo, conoce su deber. Es un comunista que sabe que no hay lugar en que pueda dejar de serlo, donde pueda abandonar las manos sobre las rodillas y "dejar de actuar". Y hasta diré que aquí, en el sitio más peligroso y bajo la presión más dura, ha encontrado su verdadero lugar. Aquí se ha agrandado.

Es flexible. Cada día y cada hora presenta una situación diferente y exige un método dife-

rente. El lo encuentra con rapidez y sagacidad. Sólo tiene segundos a su disposición. Golpea suavemente la puerta de la celda, escucha el mensaje preparado y lo transmite con claridad y brevemente en la otra punta del corredor, antes que el hombre que toma la nueva guardia suba la escalera del primer piso. Es prudente y tiene presencia de ánimo. Centenares de mensajes escritos han pasado por sus manos sin que le encontraran uno solo, y sin que ni siquiera sospecharan de él.

Sabe bien dónde te aprieta el zapato, dónde hay que sostener la moral, dónde debe dar un dato preciso sobre la situación de afuera; sabe en qué momento sus ojos —ojos de verdadero padre— deben devolver el ánimo al hombre acosado por la desesperación, o bien cuándo un pan o unas cucharadas de sopa suplementarias pueden hacer olvidar que se tiene hambre. El lo sabe, lo comprende gracias a sus sentidos afinados, a su sólida experiencia, y obra de acuerdo a ello.

Es un combatiente fuerte y valiente. Es un hombre puro. Es papá Skorepa. Querría que al leer esto, vosotros vierais no a él solo, sino al tipo perfecto del *Hausarbeiter*,[1] que ha sabido cambiar el trabajo exigido por los opresores en trabajo a favor de los oprimidos. Papá Skorepa es uno, pero el tipo al que pertenece abarca muchas especies de personajes diferentes, desde el punto de vista humano, aunque no por eso de menos méritos. En Pankrác o en el Palacio Petschek quise retener sus figuras, pero desgraciadamente no me quedan sino algunas horas, que apenas alcanzan para "una canción, en la que se cuenta tan brevemente lo que fue tan largo de vivir".

[1]Un trabajador a domicilio —en el *argot* de la prisión—, el que hace los trabajos de limpieza y ordenación en las celdas y en los corredores.

Diré al menos algunos nombres, algunos ejemplos que especialmente no deben olvidarse, y estoy muy lejos de darlos todos:

"Renek" —Josef Teringl—, seguro, abnegado, apasionado, a quien está unida una parte de la historia del Palacio Petschek y de nuestra resistencia allí, y su compañero inseparable, un buen hombre en todo sentido, Pepik Bervida.

El doctor Milos Nedved, un muchacho noble y hermoso, que pagó con su vida en Osvecum su ayuda a los camaradas prisioneros.

Arnost Lorenz, a quien, por no haber querido traicionar, le asesinaron su mujer, y que después de un año fue solo a la ejecución para salvar a sus compañeros, los *Hausarbeiters* del 400, y toda su organización entera.

Magnífica e inalterablemente llena de espíritu, Vasek Rezek; reservada y profundamente abnegada, Anika Vikova, ejecutada durante el estado de sitio; enérgico ...., siempre alegre, diestro, inventando siempre nuevos arbitrios: el "bibliotecario" Springer, el joven y encantador Bilek...

Sólo ejemplos, sólo ejemplos. Figuras más grandes o más pequeñas. Pero siempre figuras. Nunca figurines.

[1]En blanco en el manuscrito.

CAPITULO VIII

FRAGMENTO DE HISTORIA

9 de junio de 1943.

Un cinturón cuelga ante mi celda. Mi propio cinturón. El signo de la partida. Esta noche me llevarán al Reich, al tribunal, etc...

De la pequeña tajada de mi vida, el tiempo, hambriento, arranca los últimos bocados. Cuatrocientos once días han pasado en Pankrác con rapidez incomprensible. ¿Cuántos me quedarán aún? ¿Y dónde? ¿Y cómo?

Apenas podré escribir durante esos días. Por lo tanto, he aquí el último testimonio. Un fragmento vivo de historia, del que indudablemente yo soy el último testigo vivo.

En febrero de 1941, el Comité Central del Partido Comunista de Checoslovaquia fue detenido en pleno, así como el Comité Suplente preparado para tan aciago momento. Aún no se ha esclarecido con precisión cómo fue posible que un golpe tan formidable cayera sobre el Partido. Quizá los comisarios de la Gestapo digan algo sobre eso cuando sean interrogados. Hice todo lo posible por descifrar el enigma mientras desempeñaba el puesto de *Hañsarbeiter* en el Palacio Petschek, pero en vano. Seguramente habrá habido alguna provocación, pero también una gran dosis de imprudencia. Dos años de trabajo exitoso en la ilegalidad habían adormecido un poco la vigilancia de

los camaradas. La organización ilegal se extendía, continuamente ingresaban nuevos camaradas, aun algunos que hubieran debido dejarse de lado, reservándolos para otra ocasión; el aparato del Partido se ampliaba, complicándose, hasta que llegó a ser incontrolable. Evidentemente el golpe contra el Comité Central estaba listo desde tiempo antes, y cayó cuando estuvo pronto el ataque contra la URSS.

Al principio yo ignoraba la amplitud de los arrestos. Esperé mi enlace normal, sin conseguirlo. Un mes después comprendí que no podía seguir inactivo. Entonces busqué por mi cuenta la ligazón, y los otros también la buscaron. El primero que encontré fue Honza Vyskocil, responsable de la región de Bohemia Central. Tenía la iniciativa, y ya había preparado el material necesario para imprimir *Rude Pravo*,[1] para que el Partido no quedara sin su órgano central. Escribí entonces el artículo de presentación, y estuvimos de acuerdo en que el material de que disponíamos, y que yo no conocía, se publicara como boletín del 1.º de Mayo y no como *Rude Pravo*, porque este diario aparecía ya por otro lado, en una especie de edición provisoria.

Empezaban las actividades de los guerrilleros. Un golpe muy duro había herido al Partido, pero sin matarlo. Centenares de nuevos camaradas se hacían cargo de los puestos y de las tareas abandonadas, ocupando el lugar de los dirigentes caídos; hombres nuevos y resueltos llegaban, y no permitían que la base de la organización fuera atacada por el desbande y cayeran en la pasividad. Sólo el Comité Central no había podido reconstruirse, y en el trabajo de los afiliados se ocultaba al mismo tiempo un peligro: que en el momento

[1]Organo central del Partido Comunista de Checoslovaquia.

más importante —el esperado ataque contra la URSS— no se tuviera una línea de conducta única.

En el *Rude Pravo* publicado "a la manera de los guerrilleros", que yo tenía ante mis ojos, reconocí una experimentada mano política. En nuestra hoja del 1.º de Mayo, desgraciadamente no muy lograda, los otros notaron, desde su lado, que aquí se hacía oír una voz con la que se podía contar. Y entonces nos buscamos. Eran búsquedas en la selva. Escuchábamos una voz y la seguíamos, y en ese momento se hacía oír del lado opuesto. La cruel pérdida sufrida había enseñado al Partido entero a ser más prudente, más vigilante. Los dos hombres del aparato central del Partido, que querían encontrarse, tenían que hacer la luz atravesando miles de obstáculos; sondeos y reconocimientos mutuos, sondeos y reconocimientos de otros que igualmente estaban encargados de establecer el contacto. La tarea se complicaba más aún porque yo ignoraba quién estaba del otro lado, como él mismo no sabía a quién buscaba.

Por fin encontramos nuestro común denominador. Un magnífico muchacho, el doctor Milos Nedved, que se convirtió en nuestro primer agente de enlace. En este hecho intervino en parte el azar. A mediados del mes de junio de 1941 caí enfermo, y envié a Lida a buscarlo a su casa para que me cuidara. Vino inmediatamente a casa de los Baxá, y ahí nos pusimos de acuerdo. También él estaba encargado de encontrar a "ese otro", pero no tenía ninguna idea de que fuera yo, tanto más cuanto que todos los del otro lado estaban convencidos de que yo había sido arrestado, y probablemente muerto.

El 22 de junio de 1941, Hitler inició su agresión a la URSS. Esa misma noche, siempre con Honza Vyskocil, publicamos un folletito explicando el sentido que para nosotros tenía ese aconte-

cimiento. El 30 de junio pude reunirme con aquel a quien tanto había buscado. Vino a un lugar señalado por mí, porque ya sabía a quién iba a encontrar. Yo aún no. Era una noche de verano, el aire perfumado de las acacias entraba por las ventanas abiertas. Una noche favorable para citas de amor. A causa de la defensa pasiva oscurecimos las ventanas. Se encendieron las luces y nos abrazamos. Era Honza Zika.

Por lo tanto, el Comité Central no había sido íntegramente arrestado en febrero de 1941. Uno solo de sus miembros había podido salvarse, Zika. Yo lo conocía ya desde hacía tiempo, y lo quería. Pero puedo decir que recién lo conocí verdaderamente entonces, trabajando juntos. Grueso, sonriente, un poco campesino; firme y enemigo de compromisos, militante valiente y decidido. En cuanto a sí mismo, sólo le importaba lo que era su deber. Y para cumplirlo se abstenía de todo. Amaba a la gente, y la gente lo amaba. Pero no compraba esa afección cerrando los ojos.

Nos pusimos de acuerdo en algunos minutos, y pocos días después conocí al tercer miembro del nuevo Comité Ejecutivo. Era Honza Cerny, que desde el mes de mayo estaba en relación con Zika. Alto, elegante, bien relacionado, ex combatiente en España. Había vuelto de allí durante la guerra, atravesando toda la Alemania nazi, con un balazo en el pulmón. Conservaba maneras un poco militares, tenía gran iniciativa y mucha experiencia ilegal.

Meses de lucha sin descanso nos unieron en una magnífica camaradería. Nos complementábamos por nuestro carácter y nuestros conocimientos. Zika, el organizador objetivo, preciso hasta el extremo, que no se deja desorientar, sondea y cala cada información, penetrando a fondo, analizando y examinando cada proposición, y que, amablemente

pero con firmeza, controla la ejecución de cada decisión. Cerny, dirigente del sabotaje y de la lucha armada, calculando todo en términos militares, con inventiva, un hombre de carácter, entusiasta, infatigable y afortunado en su búsqueda de nueva formas y gentes nuevas. Y yo, un *Agip prop*[1] periodista, contando un poco con mi olfato, un poco fantástico, pero con un sentido crítico para equilibrar.

La distribución de los cargos era más bien una distribución de responsabilidades que de trabajo. Porque cada uno de nosotros estaba obligado a ocuparse de todo, y separadamente en todos los lugares en que fuera necesario. No era fácil trabajar. La herida inferida al Partido en febrero estaba aún abierta, y jamás llegó a cicatrizarse por completo. Todos los contactos estaban rotos, en algunas partes sectores enteros habían caído y otros estaban ocupados; organizaciones enteras, fábricas enteras, hasta regiones enteras permanecieron aisladas durante meses antes que los contactos fueran restablecidos, y teníamos que esforzarnos para que al menos recibieran el órgano central, para seguir sus directivas.

No se encontraban alojamientos —los antiguos no se podían utilizar, por poco seguros—; al principio faltaba dinero, el obtenerlo se había vuelto muy difícil, había que recomenzar tantas cosas... Y todo ello cuando el Partido no tenía ya tiempo de reconstruirse y prepararse. Era en el momento del ataque contra la URSS cuando el Partido debía intervenir directamente en la lucha, organizar el frente interior contra los ocupantes, dirigir la guerrilla contra ellos; y eso no sólo con sus propias fuerzas, sino con la fuerza de todo el pueblo. Durante los años de preparativos, 1939-

[1]Encargado de propaganda y agitación.

1941, el Partido no sólo era totalmente ilegal ante la policía alemana, sino también ante el pueblo. Ahora, ensangrentado, debía intensificar y perfeccionar su ilegalidad frente a los ocupantes, pero al mismo tiempo dejar de ser ilegal para el pueblo. Tenía que establecer lazos con la gente sin partido, dirigirse a toda la nación y entenderse con todos aquellos que estaban decididos a luchar por la libertad, y por medio de ellos llegar hasta aquellos que vacilaban aún.

A principios de septiembre de 1941 nos podíamos decir no que habíamos restablecido la organización, tan gravemente herida —¡ah!, aún estábamos lejos de ello—, pero sí que teníamos de nuevo un núcleo firmemente organizado, que ya podía realizar bien tareas corrientes. Por lo demás, la intervención del Partido se notó en seguida. Los sabotajes y las huelgas en las usinas se multiplicaron; a fines de septiembre enviaron a Heydrich contra nosotros.[1]

El primer estado de sitio no rompió la resistencia activa, que ya se intensificaba. Pero la demoró y trajo nuevos reveses al Partido. La región de Praga y las organizaciones juveniles fueron especialmente golpeadas, y numerosos militantes, de gran valor para el Partido, cayeron: Jan Krejcí, Stancl, Milos Krásny y muchos otros.

Después de cada prueba, sin embargo, se pudo apreciar nuevamente hasta qué punto el Partido es indestructible. Un militante caía; si uno no bastaba para reemplazarlo, dos o tres aparecían en su lugar. Entramos en el nuevo año con una organización bien armada, que aun no abarcando todo, ni siquiera acercándose a aquella de febrero de

[1]Segundo "protector" de los checos, muerto a consecuencia de un atentado.

1941, al menos era capaz de cumplir las tareas del Partido en los combates decisivos. Nos repartimos el trabajo entre todos. Pero el mérito principal corresponde a Honza Zika.

De cuanto se hizo por la prensa se podrá encontrar bastante documentación en los sótanos y graneros, en los archivos ocultos de los camaradas, y por lo tanto no hay para qué hablar.

Nuestros diarios eran muy difundidos, y leídos no sólo en el Partido, sino también en otros sectores; salían en grandes tirajes y con muchas técnicas ilegales distintas (de un mimeógrafo), absolutamente independientes y completamente separados unos de otros, y también en impresos. La publicación se hacía con rapidez y regularidad cuando la situación lo requería. Por ejemplo: los lectores han tenido entre sus manos el 24 de febrero por la noche la orden del Mariscal Stalin al Ejército, del 23 de febrero de 1942. Los impresores trabajaban a la perfección; excelentes resultados se obtuvieron de la técnica empleada, especialmente por el grupo "Fuchs-Lorenz", que publicaba el boletín informativo *El Mundo contra Hitler*. Yo mismo he hecho todos los demás, para economizar otros cuadros. Previniendo que yo cayera, estaba preparado mi sucesor. El retomó el trabajo cuando fui arrestado y continúa haciéndolo.

Hemos organizado el aparato del Partido de la manera más sencilla posible, para que cada tarea se cumpla con el menor número de gente. Hemos suprimido las largas cadenas de enlace, que —como quedó demostrado en febrero de 1941— en lugar de proteger hicieron peligrar el aparato del Partido. Era más peligroso para cada uno de nosotros, pero mucho más seguro para el Partido. Un golpe tal como el de febrero ya no podía alcanzarlo.

Por esta razón el Comité Central, completado con un nuevo miembro, ha podido continuar tranquilamente su trabajo cuando me arrestaron. Ni mi caloborador más cercano supo nada por adelantado sobre mi futuro sucesor.

Honza Zika fue arrestado el 27 de mayo de 1942, por la noche. Fue también una desgraciada casualidad. Era la noche siguiente del atentado a Heydrich, cuando toda la maquinaria de los ocupantes estaba en pie para efectuar razzias en toda Praga. Penetraron en casa de Stresovice, donde se ocultaba Zika en ese momento. Sus papeles estaban en regla y posiblemente hubiera pasado desapercibido. Pero temió poner en peligro a la buena familia que lo alojaba y trató de escaparse por una ventana del segundo piso. Cayó, hiriéndose mortalmente en la columna vertebral; fue transportado a la enfermería de la prisión. Ellos no sabían en absoluto quién había caído entre sus manos. Sólo después de dieciocho días, comparando fotografías, conocieron su identidad y lo transportaron moribundo al Palacio Petschek para interrogarlo. Ahí nos vimos por última vez, cuando me llamaron para el careo. Nos estrechamos las manos; él me sonrió con su sonrisa amplia y buena y me dijo:

—¡Salud, Julius!

Fue todo lo que ellos le oyeron decir. Después de algunos golpes en la cara, se desmayó. Horas después había muerto.

El 29 de mayo supe de su arresto. Las antenas trabajaban bien. Gracias a ellas pude ponerme en parte de acuerdo con él para trazar mi posterior línea de conducta. En lo fundamental esta línea también fue aprobada por Honza Cerny. Fue también nuestra última decisión.

Honza Cerny fue detenido durante el verano

de 1942. Eso no se debió al azar sino a una grave indisciplina de Jan Pokorny, que estaba en relación con él. La conducta de Pokorny no fue la que correspondía a un dirigente. Luego de algunas horas de interrogatorio —un poco duro, es cierto, ¿podía él esperar otra cosa?— fue presa de pánico y dio la dirección de la casa en que se había reunido con Honza Cerny. De allí la huella conducía hasta Honza, quien algunos días después era detenido por la Gestapo.

Nos carearon inmediatamente después de traerlo.

—¿Lo conoces?

—No lo conozco.

La respuesta concordaba. Rehusó absolutamente declarar. Su vieja herida le ahorró largas torturas. Perdió muy pronto el conocimiento. Antes de ser llevado a otro interrogatorio fue minuciosamente informado y obró en consecuencia.

No supieron nada de su boca. Lo tuvieron mucho tiempo preso, esperaron mucho, pensando que algún nuevo testigo lo obligaría a confesar. Nada sacaron con la espera. La prisión no lo cambió. Ardiente, alegre, valeroso, continuó mostrando a los demás la perspectiva de la vida cuando para sí sólo tenía la de la muerte.

Lo llevaron súbitamente de Pankrác a fines de abril de 1945, no sé adónde. Aquí, siempre es de mal augurio el desaparecer en forma repentina. Puedo equivocarme, no obstante, pero no creo que nos volvamos a ver.

Siempre habíamos contado con la muerte. Lo sabíamos: una vez en manos de la Gestapo, es el fin. Pensando en eso, hemos hecho aquí lo que hemos hecho.

. . . . . .

También mi rol se aproxima a su fin. Yo ya no escribo ese fin. Desde luego, no lo conozco. He dejado de ser un rol. Es la vida.

Y en la vida no hay espectadores.

Se levanta el telón.

Hombres, yo os amé. ¡Velad!

9-6-1943.

INDICE

Prólogo 5

Introducción 19

Escrito en la prisión de la Gestapo, en Pankrác, durante la primavera de 1943 21

CAPITULO I
Veinticuatro horas 23

CAPITULO II
La agonía 31

CAPITULO III
Celda 267 41

CAPITULO IV
Número 400 51

CAPITULO V
Las figuras y los figurines 69

CAPITULO VI
El estado de sitio de 1942 93

CAPITULO VII
Figuras y figurines 101

CAPITULO VIII
Fragmento de historia 127

Otras ediciones de Editora Quimantú

COLECCION "CAMINO ABIERTO"

Esta colección tiene por finalidad entregar a nuestro pueblo obras de análisis o de divulgación de los problemas socio-políticos más acuciantes, tanto de Chile como de cualquier otro país del mundo, en donde se luche por la construcción de sociedades más humanas y más justas.

SERIE ANALISIS

PRIMEROS TITULOS:....

1. "El Leninismo y la Victoria Popular", Carlos Cerda.
2. "Chile: Medicina y Socialismo", Dr. Alfonso González D.
3. "Génesis Histórica del Proceso Político Chileno", Enzo Faletto, Hugo Zemelman y Eduardo Ruiz.
4. "Obras Selectas de Luis Emilio Recabarren", Julio César Jobet, Jorge Barría y Luis Vitale.
5. "La Nueva Cara del Fascismo", Dick Parker.
6. "Africa: Pasado y Presente", Eduardo Ortiz.
7. "Seis Opúsculos de Interpretación Marxista", Néstor Porcell.
8. "Revolución, Congreso y Constitución. El Caso Tohá", Joan E. Garcés.
9. "Del Avión Rojo a la República Socialista", Carlos Charlín.

SERIE PENSAMIENTO Y ACCION

1. "Retrato Auténtico de Lenin", H. Guilbeaux.
2. "Escritos de Jorge Dimitrov".

COLECCION "CLASICOS DEL PENSAMIENTO SOCIAL"

La importancia del marxismo-leninismo en el acontecer histórico, desde la aparición del "Manifiesto Comunista" en 1848, es de tal magnitud que ya nadie se atreve a ignorarlo, no sólo por su rigor científico, sino porque su aplicación práctica ha significado los cambios sociales de mayor trascendencia en la historia de la humanidad.

PRIMEROS TÍTULOS:

1. "Marx y Engels", D. Riazanov.
2. "Principios de Comunismo", F. Engels.
3. "Qué es Materialismo Dialéctico", O. Kuusinen.
4. "Programa de los Bolcheviques", N. Bujarin.
5. "Qué es Materialismo Histórico", O. Kuusinen.
6. "Biografía del Manifiesto Comunista", C. Marx y F. Engels.
7. "¿Qué hacer?", V. I. Lenin.
8. "El Estado y la Revolución", V. I. Lenin.
9. "La enfermedad infantil del 'Izquierdismo' en el Comunismo", V. I. Lenin.
10. "Historia de la Revolución Rusa", León Trotsky.
11. "Crítica del Programa de Gotha", C. Marx; "Crítica del Programa de Erfurt", F. Engels, y "Recuerdos Personales de Carlos Marx", P. Lafargue.
12. "La Comuna de París", C. Marx y V. I. Lenin.

COLECCION "NOSOTROS LOS CHILENOS"

Los personajes de esta Colección somos nosotros mismos, chilenos comunes y corrientes desplazándonos a lo largo y ancho de nuestro país, mostrando cómo somos, cómo vivimos, cómo trabajamos y cuáles han sido los sucesos más trascendentales que hemos protagonizado a lo largo de la historia.

PRIMEROS TÍTULOS:

1. QUIEN ES CHILE.
2. ASI TRABAJO YO (Tomo 1) (Camaroneros, maquinistas ferroviarios, chinchorreros, buzos, navegantes).
3. LA LUCHA POR LA TIERRA.
4. HISTORIA DEL CINE CHILENO.
5. ASI TRABAJO YO (Tomo 2) (Picasales de Valparaíso, trabajadores del cobre, de Sewell, organilleros y bombistas).
6. YO VI NACER Y MORIR LOS PUEBLOS SALITREROS.
7. ASI TRABAJO YO (Tomo 3) (El volantinero Guillermo Prado, los mineros del carbón, los camioneros interprovinciales).
8. LOS ARAUCANOS.
9. CHILOE, ARCHIPIELAGO MAGICO (Tomo 1).
10. CHILOE, ARCHIPIELAGO MAGICO (Tomo 2).
11. HISTORIA DE LAS POBLACIONES CALLAMPAS.
12. ASI TRABAJO YO (Tomo 4) (Ascensoristas de Valparaíso, los balleneros de Quintay, los minuteros).
13. PINTURA SOCIAL EN CHILE.
14. HISTORIA DE LA AVIACION CHILENA.
15. LOS TERREMOTOS CHILENOS. (Tomo 1.)
16. LOS TERREMOTOS CHILENOS. (Tomo 2.)
17. ASI TRABAJO YO (Tomo 5).

CUADERNOS DE EDUCACION POPULAR

Los CUADERNOS DE EDUCACIÓN POPULAR constituyen una serie de textos de estudio elementales, de los conceptos básicos del materialismo histórico. Su objetivo es entregar a los trabajadores chilenos las armas teóricas necesarias para transformar la sociedad en forma consciente y creadora.

La exposición teórica de cada tema sirve de punto de apoyo de ejemplos, análisis y consideraciones acerca de nuestra propia realidad.

Los seis primeros números de la serie constituyen un cursillo que analiza las contradicciones de la sociedad capitalista:

1. EXPLOTADOS Y EXPLOTADORES.
2. EXPLOTACION CAPITALISTA.
3. MONOPOLIOS Y MISERIA.
4. LUCHA DE CLASES. (Volúmenes I y II.)
5. IMPERIALISMO Y DEPENDENCIA.
6. CAPITALISMO Y SOCIALISMO.

Este libro se terminó de imprimir en los talleres de la EMPRESA EDITORA NACIONAL QUIMANTU LTDA., Bellavista 0153, el mes de junio de 1972.
Edición de 50.000 ejemplares.
1.º al 30.º millar.
Hecho en Chile - Printed in Chile.

Segunda Guerra Mundial. Ocupación militar de Checoslovaquia por las fuerzas nazis. En abril de 1942 es hecho prisionero Julius Fucik, periodista y novelista checo, miembro activo de la resistencia patriota. Permanece en la cárcel de Pankrác hasta agosto o septiembre de 1943. Es decapitado en Berlín el 8 de septiembre de ese año.

Durante su permanencia en prisión, escribe el presente reportaje gracias a los papeles que furtivamente le entrega un guardia de la prisión, y que con el mismo sigilo los va sacando y escondiendo, hasta que los recopilara y ordenara Gusta Fucikóvá, la mujer de Julius Fucik.

"Este es mi testamento para ustedes, padre, madre y hermanas; para ti, mi Gusta, y para ustedes, camaradas, para todos aquellos que he querido. Si creen que las lágrimas borrarán el triste torbellino de la pena, lloren un momento. Pero no se lamenten. He vivido por la alegría, y por la alegría muero, y sería un agravio poner sobre mi tumba el ángel de la tristeza." (Fragmento.)

COLECCION QUIMANTU PARA TODOS